

FERNANDO CAMPOS HARRIET

“**L**OS
Defensores
del **R**ey”

19



58

EDITORIAL ANDRES BELLO

Los
Defensores
del Rey



3.28
082
58
45322

OBRAS DEL AUTOR

LA VIDA HEROICA DE O'HIGGINS. Premio *Atenea*, 1947.

HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CHILE. Manual, 1951. Tratado, 1956. (Editorial Jurídica de Chile).

LOS DEFENSORES DEL REY. 1958.

FERNANDO CAMPOS HARRIET

”Los
Defensores
del Rey”

19



58

EDITORIAL ANDRES BELLO

(C) Fernando Campos Harriet, 1958.
Inscripción N° 20579. Editorial Andrés
Bello, Ahumada 131, 4° piso, Santia-
go de Chile. "Facúltase a la Editorial
Jurídica de Chile para usar indistin-
tamente su propia denominación o la
de Editorial Andrés Bello". (Art. 76
de la ley N° 12084).



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



Talleres Gráficos de Encuadernadora
Hispano-Suiza Ltda. Santa Isabel 0174
Santiago de Chile
Proyectó la edición *Mauricio Amster*

Visitaclón de Imp. y Bñl.

16 DIC 1958

Depósito legal

INTRODUCCION

I

LAS GUERRAS de la conquista chilena costaron a España más vidas que cualesquiera de sus campañas europeas o americanas. Aún no había secado su cauce el río humano que corrió desde la vieja España a Arauco, cuando tuvo que hacer frente, exhausta y desangrada, a la guerra de la independencia americana y enviar frescos refuerzos para defender a Chile, hijo lejano cuya vida le había sido tan cara de alumbrar y mantener.

Chile fue para España la provincia más remota y más altiva, el tajo abierto en su vena heroica, la sangría permanente de su sangre conquistadora y militar.

¡He perdido la flor de mis Guzmanes!, exclamó Felipe II en su Escorial pétreo, al saber los contratiempos de la guerra en Chile. Pero no todo fue a fondo perdido. A la vera de la guerra de Arauco, en la epopeya máxima de la conquista, que inmortalizó Ercilla, se inició la fecunda fusión de dos razas, a golpes y a muerte, como se funden dos metales, uno fino, otro basto, ambos duros y fuertes.

En el resto de América, España más bien despejó, taló para sembrar su sangre, su religión y su cultura. Pero el alma india, impenetrable y lejana, quedó intacta en muchas regiones vernáculas. Un alma india que habló en español. En Chile, España se desangró y germinó: Muerte y Resurrección. ¡Y la lengua madre de Castilla presidió, en el extremo Sur del mundo, la misteriosa transformación de las razas!

II

¿CUÁNTAS vidas costó a España la guerra de Arauco?

No contamos con una estadística precisa, pero examinando algunas cifras, podemos llegar a formular un cálculo aproximado.

Desde luego, sobresale la enorme diferencia entre la resistencia opuesta por los araucanos a los españoles, en Chile, y la que presentaron otras tribus americanas.

A través de todo el descubrimiento y la conquista se evidenció la envidiable superioridad de las armas hispanas. Sin excepción, bastó un pequeño ejército español, a veces 50 jinetes, para derribar a los más aguerridos ejércitos indios.

El magnífico Hernán Cortés invadió, con poco más de 600 soldados, el poderoso imperio azteca, libró numerosas y sangrientas batallas "en que jamás salió derrotado" y se posesionó de la opulenta capital, a seis meses y días de haber desembarcado en Veracruz.

Reforzado, algo más tarde, llegó a contar con más de 1.000 hombres, los

que bastaron para terminar la dominación de México. El costo de vidas españolas, en esta campaña, no alcanzó a 160.

Con menos gente aún fue invadido Perú, en el radiante mediodía del imperio Inca: Sus dominios se extendían al Norte hasta Ecuador; al Este, hasta las selvas amazónicas; al Sur, hasta el Norte Argentino y en Chile hasta el río Maule. Bastaron a Pizarro 170 soldados, 70 caballos, 3 arcabuces y 20 balistas para llegar hasta Cajamarca y poner en jaque el poderoso ejército que mandaba Atahualpa¹.

Tras estas invasiones siguieron las respectivas conquistas, que fueron relativamente breves y de carácter definitivo. Dominados los dos grandes imperios americanos, los españoles dieron por terminada la parte más brava de la empresa, sin imaginarse que en el extremo austral del mundo, en una región aislada, extendida entre las ciclópeas vértebras de los Andes y el mar Océano, los yermos desiertos del Norte, y al Sur los hielos eternos, el destino les reservara el encuentro con una raza que durante toda su dominación, defendió su libertad y les opuso guerra a muerte.

La lucha se trabó entre dos pueblos fuertes, a los cuales no intimidaba el morir ni los más grandes sacrificios.

Después de 270 años de lucha, los españoles, los mejores guerreros de su época, no habían abatido completamente a los araucanos. Por eso fue ésta la única tribu americana con la que España pactó treguas y tratados de paz reconociendo la independencia de los indios, deslindando fronteras, arreglando canje de prisioneros y estableciendo determinadas y recíprocas relaciones de convivencia. Fueron las célebres paces del Marqués de Baidés, don Francisco López de Zúñiga, Gobernador del Reyno, pactadas en Quillén, en 1641.

Casi innecesario aparece subrayar el valor militar del pueblo araucano, después de la épica descripción de Ercilla y las relaciones de todos los historiadores de la conquista. Pero ello sirve de base para medir mejor la magnitud de las cifras que, en costo de vidas y de dinero, significó esta empresa a España.

Mientras en el resto de la América India se mantenían exiguos ejércitos de apenas cientos de hombres, ya a principios del siglo XVI, a instancias de ese activo y enérgico Gobernador, gran capitán de los ejércitos de Flandes, que fue Alonso de Ribera, el Rey dispuso que en Chile existiera permanentemente uno no inferior a 1.500 soldados, sostenido por el Real Situado que enviaba el Perú. Para poder mantener este ejército, en 1606 la Majestad de Felipe II ordenó que el Situado se elevase a 212.000 ducados anuales.

En 1605 el Gobernador Alonso García Ramón inició sus operaciones contra Arauco, con un ejército superior a 1.200 soldados españoles y otro, aún mucho mayor, de indios auxiliares. Jamás se había visto nada semejante en algún teatro de guerra americano.

Casi no hubo Gobernador que no llegara a Chile con un respetable refuerzo de tropas, aparte de las remesas extraordinarias que España envió. A esto

debemos agregar los innumerables hijos de españoles que durante los tres siglos de la colonia nacieron en Chile y militaron en Arauco. Fueron muchas las decenas de miles de soldados que cayeron en el trágico tonel de las Danaides de la guerra chilena.

Barros Arana, el gran historiador del decimonono, de acuerdo con los cronistas españoles, deja constancia de que entre los soldados que acompañaron a don Pedro de Villagra, en 1563, iban ya muchos españoles nacidos en Chile².

Don Luis Thayer Ojeda, erudito y etnólogo, calcula las tropas españolas llegadas a Chile en menos de un siglo —desde 1540 a 1629—, es decir, entre los gobiernos de Pedro de Valdivia y de don Francisco Laso de la Vega, en 6.480 hombres³.

El Padre Diego de Rosales, célebre misionero, el más autorizado de los historiadores de esa época, calculaba que hasta fines del siglo XVII la guerra de Arauco costaba ya a España 42.000 soldados y más de 50 millones de duros⁴.

El General chileno Indalicio Tállez, en su obra "Una Raza Militar", al estudiar el costo de la guerra de Arauco calcula que, hasta principios del siglo XIX, en que la guerra terminó, las bajas sufridas por España, pasan de 50.000 hombres.

Y conste —agrega— que en estos cálculos no están comprendidos los heridos, prisioneros ni desaparecidos. "Qué contraste, —exclama el historiador citado— forman estos antecedentes con el ya conocido de que, para dominar completamente el gran imperio azteca, España no perdiera sino 160 hombres. ¡Si se computan las bajas sufridas en el resto de América, me parece muy difícil llegar a los 300 hombres! . . ."

. . . "Mientras los refuerzos militares españoles —dice Encina— como la leña que se arroja al fogón, vivificaban por un momento el poder militar y desaparecían consumidos por su propia llama, la resistencia mapuche semejaba a la de la caña flexible, que se inclina ante el huracán y se yergue de nuevo al amainar el vendaval"⁵.

III

¿DE DÓNDE provino toda esta sangre militar y conquistadora y de qué región de España vinieron los primeros defensores del Rey?

Es indudable que fueron los andaluces y los elementos meridionales los que dieron su mejor aporte. En los inicios del siglo XVIII en que predomina la inmigración vasco-navarra, ya la guerra estaba terminada.

Thayer Ojeda calcula en la siguiente forma los elementos étnicos de raza blanca que han intervenido en la población de Chile, hasta 1810, según el orden de importancia:

1º Andaluces, con el	20,5%
2º Castellanos viejos, con el	15,5%
3º Castellanos nuevos, con el	13,6%
4º Vascos, con el	11,6%
5º Extremeños, con el	8,9%
6º Leoneses, con el	8,2%
7º Navarros, con el	4,6%
8º Gallegos, con el	2,9%
9º Catalanes, con el	1,8%
10. Asturianos, con el	1,7%
11. Valencianos, con el	1,3%
12. Aragoneses, con el	1,1%
13. Canarios, con el	0,0%
14. Baleares, con el	0,4%
15. Portugueses, con el	0,9%
Americanos, con el	5,3%
Europeos, con el	1,1%

Total 100,0%⁶

La aristocracia militar de la conquista estuvo formada por las familias de los capitanes y soldados que hicieron la guerra de Arauco y fue de origen extremeño, andaluz, castellano, leonés y en menor escala, vascongado. Fue la aristocracia militar del Sur la más auténtica, si hemos de tomar esta palabra como selección de méritos. Estas viejas familias soportaron —diseminadas en sus terratenencias—, el rigor y la adversidad de la conquista, los asaltos de los indios, los incendios, las matanzas y los robos. Muchas procedían de antiguas stirpes hidalgas; otras de simples soldados venidos a la guerra de Arauco. Don Gustavo Opazo Maturana, que estudió su origen, dice de ellas: “Esta aristocracia de lanceros y arcabuceros, bruñida en la guerra de Arauco, dueña de grandes estancias, hundió su existencia en una patriarcal lenidad. Los fértiles valles de las provincias se cubrieron con sus descendientes, dedicados al trabajo agrícola, al calor de viejas tradiciones, en sus casonas de vieja prosapia castellana. Su existencia, víctima de las leyes de la evolución, decayó sumiéndose en una completa aniquilación, por pérdida del poder o supremacía en la capital del Reyno, para dar paso a otra que, vigorosa, se levantaba a su lado”. Fue la aristocracia castellano-vasca del siglo XVIII.

Es conveniente subrayar este hecho, por la enorme consecuencia que trajo a la revolución de la Independencia. La antigua nobleza militar del Sur va a guardar en su alma, como un tesoro milenario, la fidelidad a la causa del Rey. La nueva aristocracia santiaguina y provinciana, de raigambre vasconavarro y castellano viejo, llegada y formada casi en su totalidad en el siglo XVIII, dueña del poder y de la riqueza, reemplaza y supedita a la antigua

de la conquista, y, más culta, más vinculada con la Europa contemporánea, es la que va a hacer la revolución de la Independencia.

Las clases populares, en su mayoría campesinas, van a seguir la bandera de sus patrones, costándoles mucho desarraigarse de sus sentimientos la lealtad y sumisión al Rey. En los primeros ejércitos en la guerra de la Independencia, hay más campesinos chilenos en las filas realistas que en las patriotas. Es durante las campañas de la emancipación, cuando las crueldades de Marcó del Pont, el último de los gobernadores españoles y el absolutismo que el regreso de Fernando VII al trono español impuso en los dominios, con todas las persecuciones a los patriotas, prisiones, destierros, confiscaciones, cuando el campesino chileno, siente por primera vez la orfandad de su destino y en su inteligencia, aún nublada por el mestizaje, prende la llama de la libertad de la Patria y en su alma se cruzan y entrecrocán el nuevo sentimiento que se tiende al futuro como una flecha y el viejo instinto de lealtad al Rey².

IV

¡QUÉ DIFERENCIA hay entre los primeros, los esforzados conquistadores, y estos últimos defensores del Rey! La lealtad, la fidelidad, la nobleza y el valor, son, en general, comunes a unos y a otros. Pero ¡qué distinto el ideal, la justificación del sacrificio, la causa!

De acuerdo con las doctrinas políticas del antiguo régimen, el territorio y los habitantes constituían, en cierto modo, propiedad privada del soberano. Todos los documentos de la época hablan de "mis dominios", "mis súbditos". Las colonias fueron dominios que el soberano español poseía en América. Los criollos lo entendieron así. "Jurídicamente las colonias no son dependencias de España, sino dominios personales y directos del soberano, como también lo era la propia península".

Los Reyes de Castilla obtuvieron del Papa Alejandro VI, las bulas de 2 y 3 de mayo de 1493, las cuales aseguraron a la autoridad de aquéllos la jurisdicción de las tierras que Colón había descubierto y de las que descubriese "para la exaltación y dilatación de la fe católica".

Junto con fijar los límites del dominio de la Corona de España en tierras de América, esta bula señalaba el motivo que debía dirigir la conquista: es por eso que ésta se tiñe, además, de un carácter esencialmente místico.

Evangelizar al indio, salvar su alma por medio de la fe católica, es una de las finalidades de la conquista. Y propagar la raza, ampliar los territorios de la Corona de Castilla, proyectar hacia el futuro del mundo la fe, la civilización, la lengua de España . . .

Al defender al Rey, los conquistadores españoles defendían el futuro del Nuevo Mundo.

En cambio ahora, tres siglos y medio después, la confusión y el caos ideológico van a dividir a los hijos de los españoles. La fidelidad al Rey y la llama

de la libertad, heredada de la entraña española, luchan en su alma. Es la más rica herencia de España, el más fecundo germen el que ha brotado, como un mandato imperioso de la sangre en sazón de madurez, en sus propios hijos nacidos allende el mar.

¿Cuántos chilenos abrazaron la causa del Rey? ¿Y, cuántos españoles no terminaron acogiéndose a los pabellones de la República y le prestaron valiosos servicios?

Hoy, después de casi siglo y medio, podemos contemplar el panorama de esa lucha con serenidad, con justicia, con nobleza.

Los guerreros que España envía en sus expediciones militares para extinguir el incendio revolucionario son soldados que vienen a cumplir con su deber. Son militares, y el viejo honor español les manda obedecer, luchar, vencer. Toda deliberación es cosa prohibida.

Para ellos el Rey de España es el glorioso Rey de las conquistas mundiales de la España imperial. ¿Qué importa que la persona de Fernando VII no merezca consideración? El Rey es un símbolo de la España eterna, descubridora de mundos, madre de naciones.

Ahora ya no se va a combatir a indios que defienden, como héroes, su libertad. Se va a combatir a chilenos, hijos de españoles que, en la forzada orfandad de gobierno en que ha quedado España, quieren, ya en edad de emancipación, y con pleno derecho, su libertad.

Se lucha contra la misma sangre, la misma fe, la misma lengua. Más de algún realista, seguramente, lucha con la convicción de que, tarde o temprano, sera la suya una causa perdida.

Pero combaten como lo hicieron siempre los españoles: con valor y con nobleza; se defienden como leones; acorralados, aún quieren los últimos, con una obstinación de poseídos, guardar por las antiguas selvas de Arauco la bandera del Rey, entre indios y bandoleros.

En Chiloé, Quintanilla semeja un soldado de los tiempos antiguos. No se decide a arriar, en el extremo Sur del mundo, el estandarte real.

La lucha entre los bandos, así configurados, realza la victoria de los patriotas. Con un ejército formado a toda prisa, sin ninguna experiencia militar, sin recursos materiales ni económicos, empuñan la bandera de la Libertad y sólo el valor y la fe en su causa los sostiene en la empresa. Mucho más fácil y menos sangriento, pero también menos honroso, hubiera sido para los chilenos enfrentar un ejército escéptico y claudicante. Su lucha por la Libertad, frente a los defensores del Rey, fue una hazaña por la grandeza del sacrificio: Fue el alto precio de la Independencia.

Mucho hemos escrito sobre nuestros héroes nacionales. Detengámonos un instante en las filas realistas. Contemplemos un momento, al resplandor luminoso y turbulento de las luchas de la independencia, sobre el fondo ideológico y militar de la contienda, las figuras históricas de los últimos defensores del Rey.

Debemos advertir que este estudio no pretende, en ningún caso, ser un catálogo de los realistas en Chile, que fueron muchos, sobre todo en los comienzos de la lucha emancipadora. Así, en la alta sociedad chilena, fueron realistas gran parte de los títulos de Castilla y de los caballeros de las órdenes militares y de los oficiales de alta graduación en el ejército. Por la misma causa no hemos incluido a realistas connotados, como don Tomás de Figueroa, coronel nacido en Estepona, en 1746, que por su fidelidad al Rey promovió un motín que le costó la vida el 1º de abril de 1811, día fijado para efectuar las elecciones al primer Congreso Nacional. A la cabeza de una parte de la guarnición de Santiago ocupó la plaza, exigiendo la disolución de la Junta de Gobierno Nacional y el restablecimiento del régimen español. Podría considerarse al exaltado coronel Figueroa como un precursor. Pero aun no había lucha propiamente tal, por lo que el calificativo de "defensor", que es el que defiende, ampara o socorre, no puede aplicársele; menos a otros que, siendo partidarios de esa causa, no tomaron parte activa en su defensa.

No obstante su rigor histórico, no será el nuestro un ensayo minucioso y prolijo, ni un diccionario biográfico o "Curriculum Vitae" de los últimos defensores del Rey en Chile. Solamente estudiamos a algunos que se destacaron en sus días con caracteres indelebles y cuya memoria sobrevive al naufragio del tiempo.

No podemos, por la índole de nuestro estudio, dar de ellos completa y circunstanciada noticia. Apenas, concisos, sus principales datos biográficos. Y un instante en su lucha, una actitud, una hora en que, a la luz que emana del fondo magno de la lucha emancipadora, ellos se destacan con relieve de la zona de sombra.

¹GENERAL INDALICIO TÉLLEZ. *Una Raza Militar*, pág. 48, Stgo., 1944. Imprenta la Sudamericana. 231 págs.

²DIEGO BARROS ARANA, *Historia de Chile*, Tomo II, pág. 314.

³LUIS THAYER OJEDA, *Elementos Etnicos que han intervenido en la Población de Chile*, Santiago, 1919, pág. 56.

⁴DIEGO ROSALES, *Historia de Chile*, Cap. XVIII, pág. 109.

⁵ENCINA, *Historia de Chile*, Tomo II, pág. 185.

⁶LUIS THAYER OJEDA, *Elementos Etnicos que han intervenido en la población de Chile*, obra citada, pág. 94.

⁷Las causas de la emancipación las hemos analizado en nuestro estudio *Historia Constitucional de Chile*. Editorial Jurídica de Chile. Santiago, 1956. Segunda parte. Cap. I, págs. 96 a 108.

TABLA CRONOLOGICA

I

LA PATRIA VIEJA

1810 - 1814

Primera Junta de Gobierno Nacional: 18-IX-1810. La Integran realistas y patriotas moderados o exaltados. La preside don Mateo de Toro Zambrano, Conde de la Conquista. Primer Congreso Nacional. 4-VII-1811 a 2-XII-1811.—Reformado por don José Miguel Carrera, el Congreso pasa a ser asamblea exaltada: 4-IX-1811.—Junta Gubernativa de Chile. 13-IV-1813 a 7-III-1814.—La integran: Francisco Antonio Pérez, José Miguel Infante, Agustín de Eyzaguirre, patriotas decididos.

INVASIONES REALISTAS PARA COMBATIR LA REVOLUCIÓN

1. Pareja. 26 - III - 1813
2. Gainza. 31 - I - 1814
3. Osorio. 13 - VIII - 1814

Director Supremo de Chile, Francisco de Lastra, 14-III-1814.—Concierta con Gainza un pacto de tregua, Lircay, 3-V-1814, rechazado con energía por ambos bandos en lucha.—Junta de Gobierno (Revolucionaria), presidida por don José Miguel Carrera: 25-VII-1814 a 2-X-1814.—Victoria de Osorio sobre los ejércitos de la Patria: Desastre de Rancagua. 1º y 2 de octubre de 1814. Fin del Período de "La Patria Vieja".

II

LA RECONQUISTA

1814 - 1817

Gobierno de Osorio, el vencedor de Rancagua. 6-X-1814 a 26-XII-1815.—Gobierno de Marcó del Pont. 26-XII-1815 a 12-II-1817.—Organización del Ejército de Los Andes. Batalla de Chacabuco que pone fin a la dominación española de la Reconquista, 12-II-1817.

III

DURANTE LA REPUBLICA

1817 - 1826

Gobierno de O'Higgins. 16-II-1817 a 28-I-1823.—Los españoles, después de Chacabuco, se refugian en la provincia de Concepción. Nuevamente incursiona Osorio, con refuerzos traídos del Perú.—La batalla de Maipú, 5-IV-1818, con la derrota del ejército expedicionario, reduce a los españoles a Valdivia, al Sur del territorio continental. Se abre la campaña de la "Guerra a Muerte" con los últimos realistas y dispersos de las expediciones.—Gobierno de don Ramón Freire y Serrano: 1823. El 22-I-1826 las fuerzas armadas de Chile, dirigidas por el Director Supremo Freire obligan a capitular honrosamente al último de los gobernadores del Rey en América, don Antonio Quintanilla y Santiago, en la isla grande de Chiloé.

Durante la Patria Vieja

1810 - 1814

1. PAREJA

I

LA BAHÍA de San Vicente, en el atardecer del 26 de marzo de 1813, vio surcar por sus aguas violáceas una flotilla fantasmagórica, por el número de las naves y lo desusado del acontecimiento. Era una expedición realista que comandaba el brigadier don Antonio Pareja.

La caleta de San Vicente, en la paz de la tarde, arrebujó en sus sombras la flotilla que traía la guerra. La península de Tumbes, que la cierra al Oriente, se vuelve despreocupada a la caleta solitaria, mientras avizora, de frente, la gran bahía de Talcahuano.

Aquella tarde el otoño del mar, con sus vientos sostenidos, alargó innecesariamente los sonos de la retreta de la nave capitana. Soplaba el viento Puelche y por las cubiertas de barlovento, gruesos goterones de espuma rodaban arrojados por la fuerza de las olas, pintadas de sol crepuscular. Por las condiciones de la marejada y por la hora, Pareja postergó el desembarco para el amanecer siguiente.

Antes de entrar en combate quiso ofrecer la paz a cambio de la sumisión.

Para este efecto, envió a Concepción un mediador.

II

CARRERA había comprometido a Chile en la revolución. Día a día, un mayor número de personas de las clases cultas se habían plegado bajo sus banderas tremolantes. Chile tenía ya una constitución política, un periódico, una enseña.

Desde su limeño palacio virreynal, don Fernando de Abascal había tomado nota de las proporciones que iba tomando el movimiento sedicioso en Chile. A fines de 1812, juzgó oportuno enviar al brigadier Pareja, con el objeto esencial y urgente de aplastar la revolución chilena y restablecer el antiguo régimen español.

La revolución soplaba como un gran incendio sobre los dominios de Es-

paña. El viejo virrey pensaba que el imperio era como un rosario firmemente encadenado, en que cada provincia era una rica cuenta y las medallas el remate de oro. Rota la unidad en cualquier punto, se desprenderían las provincias libertadas.

“El virrey del Perú, Abascal —dice Mitre— acechaba la revolución de Chile desde sus comienzos, esperando el momento oportuno para atacarla de frente. Era en aquella época un anciano septuagenario, que unía la firmeza a la prudencia y, merced a estas cualidades, pudo mantener en quietud su virreynato en medio de las conmociones que, desde 1809 a 1811, estallaron casi simultáneamente en toda la América española. No se limitó a esto. Convirtió al Perú en centro activo de la reacción realista y acudió a sofocar las revoluciones allí donde aparecieron, domando la del alto Perú, haciendo la guerra a las de las provincias argentinas, enviando una expedición contra Quito, manteniendo bajo su obediencia a Chiloé y trayendo de nuevo a ella a Valdivia. Respecto del movimiento revolucionario de Chile, al principio se limitó a simples protestas y represalias parciales; cuando creyó llegado el momento, le dirigió su primera intimación, y desoída que fue, hizo secretamente sus aprestos para reconquistar por la fuerza de las armas el reino perdido”¹.

La designación del jefe fue acertada.

Antonio Pareja y Serrano, nacido en el año 1758, en la ciudad de Cabra, provincia española de Córdoba, había servido constantemente en el mar, ganando uno a uno sus grados en las campañas de Argel, Melilla, Ceuta y Orán, en el bloqueo de Gibraltar y ataques de las flotantes de 1779 a 1783 y, posteriormente, en Tolón y otras operaciones sobre la costa de Francia.

Comandante de la fragata “Perla”, asistió en febrero de 1797 al desgraciado combate de San Vicente. Pero su prestigio de marino y de jefe obstinado y resuelto databa del memorable desastre de Trafalgar en que, al mando del navío “Argonauta”, se había batido largas horas y se había retirado herido, con su buque hecho pedazos y con una gran disminución en el número de sus tripulantes. Ascendido a brigadier de la Real Armada el 9 de noviembre de 1805, Pareja se hallaba en Cádiz, en julio de 1808, contribuyendo a la rendición de la escuadra francesa. En febrero de 1809 se le confirió sucesivamente el mando de los navíos “Terrible” y “San Justo”, y a principios de 1810 mandó todas las fuerzas de la isla de León. El 26 de julio del mismo año fue nombrado Gobernador militar y político de la Concepción de Chile. Este cargo debía quedar vacante por el retiro de don Luis de Alava, pero la revolución, adelantándose a las resoluciones del consejo de regencia, impidió que Pareja entrara a ocuparlo y retuvo a éste en el Perú².

El brigadier había casado con doña Josefa Septien, en quien fue padre del célebre almirante José Manuel Pareja, nacido en Lima, el 8 de febrero de 1813, de destacada actuación en la guerra de Chile con España, en 1865, en que defendía la causa de la Reina y durante la cual se suicidó, frente a Valparaíso, el 29 de noviembre de aquel año.

Fueron padres del brigadier Antonio Pareja: don José Sebastián de Pareja y Serna Spínola, mayorazgo y doña Margarita Serrano de León y Parada, ambos de nobles familias de Córdoba.

III

PAREJA era un entusiasta español que, al decir de sus ayudantes, se electrizaba con sólo oír nombrar al Rey. Era humano, generoso y excelente sujeto, pero no tenía todas las condiciones necesarias para mandar un ejército, diferentes de las que se requieren para ser un buen marino³.

El virrey Abascal, al enviar a Chile a Pareja, le dio solo algunos oficiales subalternos y 50 soldados veteranos que servirían en la instrucción de los reclutas. Le suministró cincuenta mil pesos en dinero, algún vestuario para la tropa y lo proveyó de todas las credenciales necesarias para disponer libremente del gobierno de la provincia de Chiloé y de la plaza de Valdivia, mover sus tropas y utilizar todos sus recursos así en dinero como en armas y municiones.

Terminados estos modestísimos aprestos, Pareja zarpó del Callao el 12 de diciembre de 1812 en una flotilla de 5 buques mercantes que debían servirle en sus operaciones subsiguientes. El virrey prometió enviarle luego socorros de dinero y algunos oficiales de más alto rango para ayudarle.

Después de una navegación de 36 días, llegó la flotilla al puerto de San Carlos de Ancud, el 18 de enero de 1813. El Gobernador interino de la isla, teniente coronel don Ignacio Justis y el Ministro de la Real Hacienda, don Juan Tomás Vergara, le recibieron muy bien y ayudaron en todo.

El cura del pueblo de Castro, don Francisco Javier Venegas, el más alto representante eclesiástico del lugar, le hizo un préstamo de 5.400 pesos oro.

Pareja había traído del Perú, entre otros auxiliares, dos oficiales que en Lima tenían el rango de tenientes, pero a los cuales les había dado el título de sargentos mayores. Eran don José Rodríguez Ballesteros y don José Hurtado y fueron enviados a adiestrar los cuerpos de reclutas. Antes de dos meses, el ejército expedicionario llegó a contar cerca de 1.400 soldados, regularmente armados y vestidos.

El sábado 13 de marzo, después de una misa solemne y de las ceremonias religiosas, comenzó el embarco de las tropas en los buques de Pareja, que eran cinco.

El Brigadier confió el mando accidental de Chiloé a don Manuel Montoya⁴.

IV

AL AMANECER del 27 de marzo de 1813, en San Vicente, la flotilla emergía de la bruma y sobre los mástiles, cruzados de gaviotas y de viajes, flameaba la bandera del Rey.

Había enviado Pareja la noche antes un emisario a Concepción, en calidad de parlamentario, que lo fue don Juan Tomás Vergara. A la mañana siguiente regresó éste a San Vicente, sin haber obtenido éxito en su misión.

Era jefe militar de Talcahuano el coronel patriota don Rafael de la Sotta. Tenía a su cargo 100 fusileros, unos pocos artilleros y dos lanchas cañoneras. Cuando avistó, a las 4 de la tarde del 26, la flotilla realista, pidió auxilio a Concepción. Reforzado con 80 infantes y dos piezas de artillería volantes que colocó sobre las alturas de Tumbes que dominan San Vicente, tomó todas las medidas de precaución que juzgó oportunas⁵.

En la mañana del 27 Pareja desembarcó su tropa en las playas de Lengua, estancia de la familia Manzano. Donde hoy surgen en Huachipato los humos iniciales de nuestra independencia económica, sonaron también los primeros tiros de nuestra independencia política.

Los realistas se apoderaron de los cerros de Tumbes, estancias de la familia Serrano Alfaro, bravamente defendidos por el coronel De la Sotta y su tropa, y efectivamente ayudados por don Manuel y don Gregorio Serrano, padre e hijo, en cuyas tierras se libraba el combate.

Pareja ganó los fuertes; siguió luego a Concepción, que estaba casi desguarnecida, ocupándola militarmente. Los realistas engrosaron allí sus filas y emprendieron su marcha hacia el Norte. El día de Jueves Santo ocuparon sin resistencia Chillán.

Creían llegar fácilmente a Santiago.

V

LA SORPRESA fue la causa del triunfo de Pareja. Había cumplido fielmente el plan del virrey. Sabía que el espíritu revolucionario sólo dominaba en algunas familias poderosas y que el pueblo se hallaba aún libre del contagio sedicioso, por lo que sería fácil obtener la victoria sobre un grupo de aristócratas desprevenidos y solos.

Las difíciles comunicaciones de aquel tiempo impidieron a los patriotas tomar conocimiento de lo que estaba ocurriendo en Chiloé o en Valdivia. Los penquistas sólo conocieron la empresa realista cuando la escuadrilla de Pareja llegó a San Vicente.

El 31 de marzo, a las seis de la tarde, llegó a Santiago un correo extraordinario trayendo la noticia que Pareja había anclado en San Vicente la tarde del 26.

La alarma en la capital fue grande; pero su entusiasmo la sobrepasó. Olvidáronse los resentimientos políticos y todos apoyaron a Carrera, reconociendo que sus preparativos militares no habían tenido por único objeto apoyar su ambición. Don José Miguel Carrera y Verdugo fue nombrado General en Jefe del Ejército de la Patria.

La noche del 31 hizo declarar la guerra al son de la retreta, amenazando

con la muerte a los que trataran de estorbarla; plantar en la plaza una horca, como señal que la amenaza no sería vana; convocar a todas las milicias del país y formar una lista de los realistas más pronunciados para decretar su expatriación.

Al día siguiente partió para el Sur con el cónsul de los Estados Unidos, Robert Joel Poinsett, el capitán Diego José Benavente y una escolta de 14 húsares.

A las 9 de la mañana del 2 de abril, supo en el camino que Pareja había desembarcado y se había apoderado de Concepción. Continuó su marcha. Por donde pasaba organizaba tropas, buscaba pertrechos y víveres, y limpiaba la tierra de "sarracenos", como entonces se denominaba a los partidarios de España. El 5 de abril estableció su cuartel general en Talca⁶.

Es la época en que el coronel patriota don Bernardo O'Higgins ofrece sus servicios y abre la campaña con una guerrilla, en la iniciación de su gloria de guerrero y de héroe⁷.

VI

PAREJA avanzó hasta Linares. El 26 de abril, estando acampado en Yerbas Buenas, a siete leguas del río Maule, fue sorprendido por una pequeña división patriota y habría sido completamente destrozado si la pálida luz del alba de otoño no hubiera venido en su auxilio. La campaña se iniciaba con una derrota realista, lo que fue estimado de buen agüero por los patriotas.

Pareja, rehecho, inflexible, se dispuso a avanzar sobre Santiago: En tres días llegó hasta las riberas del Maule, decidido a pasarlo.

Y aquí ocurrió un suceso desastroso, un pequeño suceso de esos que no conmueven a los historiadores, pero asombran a la historia: la tropa de Pareja se negó a pasar el río. Los chilotes y valdivianos que la componían no estaban acostumbrados a la guerra; eran campesinos chilenos arrancados a la paz de sus hogares, a quienes se había enrolado al conjuro mágico de la defensa del Rey. Se les había dicho que el fin de la campaña sería Concepción. Recordaban sus provincias verdes y húmedas en aquella época de labranzas y siembras.

Y en la noche del 30 de abril, a la vera del río Maule, la tropa de Pareja se negó a avanzar. Chilotes y valdivianos botaron sus armas al río, que brillaron un instante en el oscuro cauce, a la luz de los astros, con misterioso resplandor⁸.

VII

PAREJA comprendió la necesidad de retroceder. Desde ese momento estaba derrotado sin combatir y emprendió la retirada, deshaciendo el camino que antes hiciera, más sin evitar los efectos de la deserción.

El general español, mortalmente enfermo y tendido en una parihuela, vio durante la retirada la dispersión del resto de su caballería. Su ejército contaba a la sazón, con poco más de 1.000 hombres, decididos, aunque insubordinados. Carrera, a la cabeza de su ejército de 5.000 hombres, en vez de aprovechar el efecto moral de la sorpresa e ignorante de lo que ocurría en el campamento realista, perdió tiempo en maniobras de repliegue y se dejó entretener en negociaciones de paz. Pasaron quince días antes de decidirse a cruzar el Maule.

La vanguardia destacada al servicio de su hermano Luis, alcanzó al reducido ejército de Pareja cuando éste se disponía a repasar el Ñuble, en dirección a Chillán. Inmediatamente el brigadier español hizo alto y se aprestó a la resistencia⁹.

VIII

LA VÍSPERA del combate de San Carlos, Pareja tuvo un gesto que graba su figura histórica. Atardecía. Había llovido dos días seguidos, y en el barro grandes charcos de agua reflejaban los negros nubarrones que cerraban por el Sur el oscuro cielo. Un viento helado ululaba entre los altos robles estremecidos. Se oía, cercano, el tiroteo de la fusilería patriota que limpiaba y ensayaba sus armas.

El brigadier Pareja sentíase morir; pero se negó a que lo retirasen del campo de batalla. Con angustiosa aridez de corazón veía que la vida le iba siendo más corta que la voluntad.

El moribundo general español montó a caballo, por última vez, y revistó la tropa formada. Los soldados veteranos pensaban que aquel brigadier agonizante quería ganar batallas después de muerto, como dicen lo había hecho Mío Cid Campeador.

El brigadier Antonio Pareja y Serrano, Caballero de Santiago, ante su tropa formada y con voz entera, dio a reconocer como su sucesor al coronel Juan Francisco Sánchez, oscuro soldado de Frontera, y le entregó, para su defensa, el estandarte del Rey.

IX

DESPUÉS del indeciso combate de San Carlos, Pareja alcanzó a ser conducido a Chillán. Al quinto día de su arribo, el 21 de mayo de 1813, fallecía en medio del sentimiento general del ejército y del pueblo.

Los franciscanos del colegio de misioneros que lo enterraron en su iglesia, con grande y ceremonioso aparato, exaltaban sus virtudes y sus méritos, comparándolo a los más ilustres guerreros de los tiempos antiguos.

Se le rindieron honores de capitán general muerto en campaña.

Doblaron a luto las campanas de las iglesias de Chillán y salvas de fusilería

despidieron los ilustres despojos. Y en medio de la pomposa ceremonia, el vacío dejado por el brigadier se hacía aún más presente; se pensaba que no tendría un sucesor capaz de llevar a cabo una empresa como la que él había acometido.

La opacidad del jefe que él mismo había designado para reemplazarlo aumentaba las zozobras y desconfianzas de aquella penosa situación¹⁰.

El "oscuro Sánchez" sentía sobre sus hombros la responsabilidad de mantener victorioso a todo trance el estandarte del Rey. Los broncees funerarios sonaban como salvas en su corazón.

2. SANCHEZ

I

EL CORONEL Juan Francisco Sánchez fue, accidentalmente, el segundo de los jefes del Real Ejército. La opacidad, la modestia, el segundo término en que la vida y la historia colocaron a este oficial obligado por las circunstancias a actuar en primer lugar, es algo que le ha seguido, como al hombre su sombra, hasta después de muerto. No se ha podido encontrar en los archivos de Chile su hoja de servicios; todos los historiadores de la independencia nos hablan del "oscuro Sánchez", y abundan sobre la "opacidad" del jefe realista.

Nacido en Betanzos, en Galicia, en 1757, Sánchez había sentado plaza en 1773 en calidad de soldado de un regimiento de infantería española. Después de diez años de servicios en ese rango y en el de sargento, había ascendido al puesto de subteniente. En la guerra contra la República francesa había servido sólo unos cuantos meses en 1793, en el ejército de Guipuzcoa, de donde fue sacado para enviarlo a Chile con el grado de capitán del batallón de infantería de Concepción¹¹.

Ya en Chile, había resistido, sin faltar a ninguno de los deberes de soldado, las insinuaciones que algunos de sus compañeros le hicieron para plegarse a la causa de la revolución, razón por la cual el Gobierno chileno lo había alejado de la ciudad, dándole el mando de la pequeña guarnición de la apartada plaza de Santa Bárbara. De allí fue sacado por el General Pareja para hacerlo segundo jefe de su batallón; y en seguida, apreciando su carácter obstinado y tesonero, su fidelidad al Rey, el ardor y entusiasmo que desplegaba en el servicio, soportando impasible todas las fatigas, el mismo general, como lo sabemos, lo había designado como su sucesor en el mando.

Uno de los oficiales subalternos que lo trató muy de cerca, lo ha retratado sin generosidad, en pocas líneas: "Sánchez, dice, no tenía conocimientos militares y no pasaba de ser un oficial de fila. Era de carácter desconfiado y no podía mirar que otro sobresaliese en pensar o disponer lo que convenía en

aquella ocasión. Sin embargo, un fraile franciscano, el padre Almirall, a quien había nombrado su secretario, consiguió asociársele y éste era en realidad el que dirigía las operaciones. Por medio de este fraile se consiguió que se tomaran algunas providencias, tanto para la defensa como para la provisión, dictadas estas dos últimas por otros dos auxiliares¹². Estos fueron: el coronel don Luis Urrejola, chileno, y don Matías de la Fuente, peruano.

El general Mitre opina de él: "Sin instrucción ni verdadero genio militar, tenía la devoción de su causa, poseía cualidades de mando con buen golpe de vista, y, sobre todo, una tenacidad a toda prueba. Sin desmayar un solo instante, aumentó sus fuerzas, levantó trincheras y reductos inexpugnables y auxiliado por la población que pertenecía en masa a la causa del Rey, puso la plaza en buen estado de defensa con el eficaz auxilio de los frailes de propaganda fide que tenían allí su convento, que era una verdadera ciudadela bien abastecida. Hechos estos preparativos, esperó confiadamente el ataque, tomando, mientras tanto, la ofensiva como se ha visto"¹³.

Tál es el retrato que ha recogido la historia del coronel Sánchez.

II

LA DEFENSA de Chillán era vital para los realistas. Allí estaban encerrados los últimos deshechos del ejército del Rey. Apoderándose de Chillán, el territorio quedaba libre para los patriotas.

La hora máxima de Sánchez fue la defensa de la ciudad realista. No estuvo solo.

Servían, además, en el ejército español, algunos grandes hacendados de aquellas provincias que por sus relaciones y su influjo debían serle muy útiles. Ya hemos hablado de Urrejola y de De la Fuente. Se contaban asimismo, en primera fila, don Clemente Lantaño, comandante de las milicias de Chillán y los guerrilleros Elorriaga y Olate.

Los chilenos de ascendencia vasca tuvieron en Chillán buena parte de la defensa del Rey.

III

ALGUNOS jefes realistas, Justis, Tejeiro y Jiménez Navia, se habían negado a servir bajo las órdenes de Sánchez y habían marchado a Concepción, desde donde partieron a Lima, e hicieron a Sánchez una atmósfera pesada.

La sorpresiva designación del opaco coronel había herido su orgullo de oficiales destacados; la provisión de los altos cargos siempre agría más ánimos que los que congracia. Quintanilla y Ballesteros siguieron bajo sus órdenes; pero le juzgaron sin benevolencia.

Carrera reconquistó Concepción. El Intendente, Obispo Navarro y Villo-

dres, había huido a embarcarse a Talcahuano, donde estaban surtos los buques que trajo de Chiloé la expedición de Pareja. El Cabildo y el Conde de la Marquina rindieron la plaza.

Los oficiales españoles alcanzaron a emigrar a Lima en la flotilla; pero Carrera se apoderó de la fragata "Thomas", que conducía oficiales, pertrechos y dinero a los realistas. Carrera reorganizó su ejército en Concepción con armas, equipo y municiones, despojos del ejército real, y en el mes de junio las fuerzas patriotas de Concepción y Talca se dirigieron a Chillán, a fin de poner sitio a la plaza.

Los realistas, que por un instante se habían posesionado de la mitad del reino, quedaban reducidos al estrecho recinto de una ciudad. Carrera, primero por su previsión y luego por su actividad, había salvado la situación. Si él no lo hubiera estorbado con sus acertadas providencias, los españoles habrían llegado, sin disparar un tiro, hasta la plaza de Santiago.

Impaciente por terminar cuanto antes con las reliquias del ejército real, el 8 de julio, Carrera puso sitio a Chillán, último asilo de ellas y único punto de la provincia de Concepción donde aún flameaba la bandera del Rey.

Cupo al coronel don Juan Francisco Sánchez la honra de soportar el largo acoso, sin decaimientos y sin transacción. Tuvo, a más de sus recursos propios y de sus guerrilleros, dos grandes colaboradores: los franciscanos de Chillán y el invierno de 1813, el "General Invierno 1813", uno de los más decididos defensores del Rey.

Tenían allí los frailes franciscanos un convento de propaganda fide, que era una verdadera ciudadela bien abastecida. Los sitiados se reponían en el convento de sus heridas y fatigas; bien abrigados y atendidos por los frailes que mantenían vivo el entusiasmo por su causa. Así fue como la "siempre goda Chillán", como la llamó Vicuña Mackenna, defendió sus calles palmo a palmo. Cuando el general patriota Luis Carrera, en julio de 1813, mandó llevar el ataque sobre el pueblo, la población en masa, armada de palos y de machetes, acudió a la defensa y los asaltantes fueron rechazados, dejando en el campo muertos y heridos; las pérdidas de unos y otros fueron casi iguales; pero el nervio del ejército patriota quedó lesionado. La muerte y la desertión empezaban a diezmar sus filas. Los realistas se defendieron heroicamente; eran, en su mayoría chilenos; pero tarde o temprano habrían sucumbido si no hubiera venido en su ayuda ese terrible invierno de 1813, que sepultó en las estepas de Rusia al mayor ejército de Napoleón.

Decididamente, el General Invierno era partidario del Rey. Mientras los realistas peleaban sobre un suelo enjuto, tenían techo donde guarecerse, abrigo contra el viento y amparo contra la lluvia, los patriotas marchaban con el barro hasta las rodillas; el huracán arrebatava sus tiendas y la tempestad los hostigaba sin tregua ni descanso. Los altos de Coyanco, movedizo lodazal, se convirtieron en un gran cementerio de patriotas. Sólo la caballería podía hacer algunas operaciones; los cañones estaban sepultados en el fango

y la infantería debía moverse bajo torrentes de lluvia. Por último, una bala lanzada por las baterías de Chillán, cayó sobre el principal depósito de municiones, las incendió todas y causó entre los soldados de la patria estragos espantosos.

Sin víveres para alimentarse; sin cartuchos para combatir; sin medios de movilidad, la continuación del sitio era humanamente imposible. El 7 de agosto, José Miguel Carrera dio la señal de partida a los restos gloriosos de su brillante ejército que la muerte y la desertión habían dejado a su lado.

“Los realistas se movieron para perseguirlos, e intimaron la rendición a esa tropa en retirada, que apenas llevaba tiros en las cartucheras”.

“La contestación de Carrera fue una bravata dictada por la desesperación y una salva de 21 cañonazos con que saludó a la bandera de Chile en torno de la cual se agrupaban sus compañeros resueltos a vender caras las vidas, aunque fuese resistiendo cuerpo a cuerpo, ya que las balas les faltaban.

“Los españoles los dejaron partir”¹⁴.

Cuando Carrera, en agosto de aquel año, retiró su ejército, Sánchez, por medio de sus guerrilleros Urrejola, Elorriaga, Lantaño y Olate, ágiles y sorprendidos como aves de presa, hostigó la retirada del ejército chileno y recuperó gran parte de la provincia de Concepción. Sánchez se había comportado como un militar obstinado y valiente en la defensa; cauto y prudente en el ataque.

Durante la ocupación patriota de Concepción, su esposa, doña Ramona Antonia Lozano y sus hijas fueron apresadas por el ejército de Carrera. Sánchez, irritado, hizo apresar en Los Angeles a doña Isabel Riquelme de la Barrera y a doña Rosa O'Higgins, madre y hermana del coronel Bernardo O'Higgins, y las condujo prisioneras a Chillán. Más adelante las canjeó por su mujer e hijas¹⁵.

IV

SÁNCHEZ, el defensor de Chillán, entregó el mando a principios de 1814 al nuevo general en jefe del ejército real, Gabino Gaínza. Modesta, abnegadamente, siguió sirviendo al Rey. En Chacabuco tuvo una actuación sobresaliente. Fue uno de los pocos oficiales que no desesperaron de la suerte de las armas españolas.

En las campañas del Gobierno de O'Higgins, en 1817 y 1818, vuelve a mostrar sus condiciones de defensor obstinado e irreductible. Durante todo el año 1819 la autoridad del Rey en Chile estuvo representada por él, como jefe superior de las tropas realistas que quedaban en el país. La retirada de Concepción, en 1818, y la campaña del Bío-Bío, en enero y febrero de 1819, en que se había limitado a salvar el resto de sus tropas por medio de una azarosa maniobra, si bien destacaban su fidelidad, pusieron en duda su capacidad militar.

Al retirarse al otro lado del Bío-Bío, Sánchez no había hecho otra cosa sino seguir las instrucciones que le dejó Osorio después de la derrota realista de Maipú al embarcarse para Lima, y en virtud de ellas también se había empeñado en sublevar a los indios contra los patriotas, dejando numerosos soldados y algunos oficiales para que ayudasen a Benavides en la campaña de devastación que debía abrirse.

Al emprender la marcha para Valdivia desde el campo de Tucapel Viejo, en la segunda mitad de febrero de 1819, llevaba consigo cerca de 600 soldados y muchos oficiales de diversos rangos, españoles unos y otros, de la expedición de Cádiz, que había fracasado en Talcahuano, en octubre anterior. Había allí un germen de descontento y de discordia que Sánchez no podía dominar. Los recién llegados culpaban a los antiguos de los desastres de las campañas anteriores. La marcha de sus tropas atravesando de Norte a Sur todo el extenso territorio de la Araucanía, es una operación heroica por la constancia desplegada, por los padecimientos soportados y por las dificultades vencidas. Sus gentes sufrieron fatigas extraordinarias en los bosques y en los matorrales en que era preciso a veces abrir senda con el filo de las hachas y de los cuchillos. Pasaron, en ocasiones, hambre y miserias, y muchas noches de desecha tempestad les fue forzoso dormir a campo raso y con poco abrigo; pero por todas partes hallaron la hospitalidad y el amparo que les podían dispensar los bárbaros pobladores de esa comarca. Al acercarse a la fortaleza realista de Valdivia, Sánchez anunció su llegada por medio de un bando aparatoso...¹⁶.

El denodado coronel fue inculcado con evidente injusticia, de la pérdida de la provincia de Concepción, inevitable después de la partida de Osorio. Sánchez fue el hombre de las situaciones desesperadas, el que debió afrontar las misiones difíciles, enmendando la adversidad de la suerte o los errores ajenos, cumpliendo siempre su tarea con optimismo, con sencillez y con coraje. Una jugada más de su destino opaco.

Se embarcó en el bergantín "Aranzazu", en noviembre de 1819, y fue a morir poco después en el Perú, durante una penosa retirada de las tropas en que servía.

Su vida de defensor del Rey, entre dos paréntesis de oscuridad, fulgura en las campañas de la emancipación chilena con las características de la lealtad a su causa y de la obstinada fe en su triunfo y se sintetiza, en el sitio de Chillán, cuando, encerrado en la ciudadela, oscuro soldado de frontera, se vio al frente de un ejército en desbande en reemplazo de un general ilustre, muerto en campaña y con el mandato de defender, a todo trance, el estandarte del Rey.

3. LOS DEFENSORES DE CHILLAN

LOS URREJOLAS.—LANTAÑO.—BARAÑAO, EL INTREPIDO.—ELORRIAGA,
EL BRAVO.—OLATE, EL GUERRILLERO

LA RUEDA de la fortuna da vueltas perfectas. Levantado el sitio de Chillán, Carrera volvió a reincidir en el error de fraccionar el ejército patriota con el objeto de emprender un nuevo sistema de guerra a fin de mantener su dominio en las provincias australes de Concepción y Arauco. Era precisamente esta clase de guerra la que convenía a Sánchez, que no podía dilatar su acción mientras se conservase una masa respetable a su frente. Con más medios de movilidad, contando con guerrillas intrépidas y prácticos del país, Sánchez distribuyó sus fuerzas en columnas ligeras y partidas volantes que se extendieron al Sur y Norte de Chillán. Desde entonces, el ejército patriota perdió su cohesión; sucesivamente, varios de sus destacamentos fueron batidos en detalle, sin que O'Higgins con su división pudiera impedir que los realistas reconquistasen toda la línea del Bío-Bío y ocuparan la provincia de Arauco, al Sur de ella hasta frente a Concepción, abriendo comunicaciones con Valdivia y Chiloé y proporcionándose, así, recursos para continuar la guerra con ventaja. Antes de cumplirse los dos meses de levantado el sitio de Chillán, Carrera estaba circunscrito, a fines de septiembre, a la ciudad de Concepción, con sus comunicaciones interceptadas y sus divisiones aisladas y paralizadas. Tal fue el resultado de su absurdo plan de campaña. El ejército patriota estaba bloqueado en sus tres posiciones aisladas¹⁷.

Fue necesaria la batalla de El Roble, en que O'Higgins, desesperadamente, cambió en victoria una derrota, para levantar la moral caída del ejército de la Patria.

Pero no es nuestro propósito hacer una relación de las campañas de la Independencia, sino una breve reseña histórica de los últimos defensores del Rey. Veamos quiénes fueron los cabecillas de esas "columnas ligeras y partidas volantes", de esos prácticos en el país, de esos guerrilleros intrépidos que permitieron a Sánchez, después del largo acoso de Chillán, poner nuevamente en jaque al ejército patriota y tenerlo bloqueado en sus posiciones aisladas.

1. LOS URREJOLAS

I

DON ALEJANDRO de Urréjola y Peñalosa, había nacido en Santiago del Estero, Argentina, en 1743, hijo de don Esteban de Urréjola e Izarza, oriundo

de Ochandiano, Vizcaya y de doña Josefa de Peñaloza y Alfaro, nacida en Santiago del Estero.

Don Alejandro de Urréjola y Peñaloza, venido a Chile tras negociaciones comerciales, se prendó en Concepción de los lindos ojos de doña Isabel Leclerc de Bicourt y Yanzi con quien casó, hija de don José, oriundo de Saint Maló, venido a Chile con Frezier, en 1713, y de doña Isabel Yanzi.

Radicado en Concepción, fue Alcalde en 1797 y 1808 y adquirió, de las temporalidades de los jesuitas, las valiosas haciendas de Cucha Cucha y Pomuyeto, que organizó y trabajó provechosamente.

Era un hombre enérgico, de una pieza, y tan adicto a la causa del Rey, que cuando sus hijos, don Luis y don Agustín, canónigo el último en Concepción y más tarde obispo de Cebú en las Filipinas, fueron al primer Congreso Nacional en 1811, como diputados por Concepción, reunió a su familia y, junto con su bendición, admonizó a los congresales "que debían dar por el Rey hasta su vida, ocasión en que no saldría una lágrima de sus ojos, sino que vestiría de encarnado a su familia para recibir parabienes".

Los hermanos Urréjola lucharon lealmente en el Congreso de 1811 en defensa de la causa realista. Un tercer hermano, don Francisco de Borja, realista acérrimo, fue regidor perpetuo en Concepción, en 1808, y continuó allí la familia¹⁸.

Fueron además diputados realistas por Concepción: el canónigo don José Cerdán y Campaña; don Manuel de Rioseco y San Cristóbal, vástago de una noble familia originaria de Soria; y el Conde de la Marquina, don Andrés del Alcázar y Diez Navarrete, Corregidor de Concepción en 1808.

II

LA VIDA de don Luis Urréjola, más movida, está ligada a algunos de los más importantes episodios de la lucha por la independencia.

Nacido en Concepción, en 1766, fue un realista irreductible. Perseguido y confinado a Cauquenes por la Junta Revolucionaria de Concepción, fue de los primeros propietarios que se plegaron a Pareja, en cuyo ejército tomó el encargo de proveedor; pero luego, poniendo al servicio de su causa sus numerosas relaciones en aquella provincia y su conocimiento cabal del terreno que era teatro de guerra, recibió el mando de partidas de tropas y se hizo uno de los más útiles auxiliares del Real Ejército¹⁹.

La acción de El Roble, en la cual se distinguió especialmente, ha sido descrita por el historiador Torrente²⁰.

Las propias casas de Cucha-Cucha, de propiedad de la familia Urréjola, fueron campo de algunas de estas guerrillas. La noche del 22 de febrero de 1814 las atacaron las fuerzas patriotas sin encontrar resistencia. Las tropas realistas, mandadas por don Luis Urréjola, se dispersaron para hostilizar los flancos del ejército patriota y en el combate que lleva el nombre de Cucha-

Cucha, y que tuvo lugar el 23 de febrero, el jefe patriota logró obtener un triunfo más o menos claro. En esta acción de guerra se distinguió, en particular, el comandante Bueras.

Cuando las paces de Lircay, concertadas por Gaínza con los patriotas, Urréjola fue uno de los jefes realistas que las resistió con más energía. Al ser procesado Gaínza, más tarde, la declaración de Urréjola es una de las piezas concluyentes y muestra —entre otras cosas— el extraordinario ascendiente que tenía en las filas realistas por su arrojo y por la ponderación de su juicio.

Era, además, astuto. Cuando los Carrera fueron enviados prisioneros a Chillán, don Luis Urréjola era jefe de la plaza, se apresuró a ordenar que se les quitasen los grillos y poco después les dio permiso para circular libremente por las calles de la población. Se trataba de ponerles en libertad para que llevaran el desconcierto a las filas patriotas, pero era necesario proceder de modo que creyeran fugarse sin advertir la trampa en que habían caído. Rodríguez Aldea, que entonces era auditor de guerra del ejército realista, les aconsejó la fuga y poco después se les alistaba dinero y caballos con simulado sigilo. Consta que la suma de dinero que se les proporcionó entonces y que los Carrera recibieron del capitán Campillo, era proporcionada por Urréjola. Tal como se preveía entre los realistas, la llegada de los Carrera a Talca produjo verdadera consternación, y en seguida se inició un nuevo período de discusiones entre carrerinos y o'higginistas en el Gobierno patriota. Poco después, por lo demás, Carrera y sus amigos se rebelaron abiertamente contra el Gobierno y mediante la sublevación del 23 de julio de 1814 se apoderaron de él²¹.

Durante la Reconquista española, consejero de Osorio y comandante de la plaza de Santiago, Urréjola aconsejó la clemencia para los patriotas vencidos. La misma política le acompañó durante su misión en España. Don Miguel Luis Amunátegui, en su estudio sobre la Reconquista, dice que cuando llegó a Chile la noticia de la restauración de Fernando VII en el trono, se indultó a varios reos y en una junta de corporaciones se acordó enviar a España a dos diputados, que fueron don Luis Urréjola, a nombre del ejército y don Juan Antonio Elizalde, a nombre del pueblo, tanto a felicitar al monarca por su restablecimiento en el trono de sus mayores, como para demandar un indulto en favor de los patriotas confinados en Juan Fernández.

Urréjola no volvió a Chile. Prosiguió en España su brillante carrera. Llegó a ser gobernador de las Islas Filipinas.

Había casado en Valdivia con doña Francisca Olaguer Feliú y de la Guarda Valentín, hija del coronel de ingenieros del ejército real, fortificador de la plaza de Valdivia y uno de los consejeros de los últimos gobernadores del Rey, don Manuel Olaguer Feliú.

Muy avanzado el siglo XIX, los herederos de don Luis reivindicaron los bienes que había dejado en su tierra natal.

I

DON CLEMENTE Lantaño fue comandante de las Milicias de Chillán en 1813. Un descendiente suyo explica su afiliación al ejército real; dice que, como partidario de O'Higgins y entusiasmado con la idea patriota, fue enemigo acérrimo del general Carrera, quien representaba en la patria vieja el predominio santiaguino sobre la aristocracia del Sur; que ante las arbitrariedades de la dictadura de Carrera "una gran parte de la provincia prefiere continuar con el régimen anterior a someterse al de Santiago". A esta parte se inclinaron los prestigios militares que habían servido con O'Higgins: Don Clemente Lantaño, don Manuel Barañao, don Manuel Bulnes y Quevedo, don Manuel Vega y otros, quienes nada tienen que ver con la posición de Elorriaga y Quintanilla, que eran españoles realistas, o Luis Urréjola o Antonio Pasquel, que eran criollos realistas, pues los primeros fueron criollos patriotas, pero anticarrerinos que se unieron a los realistas para combatir el régimen de Carrera . . ." "En efecto —agrega— los acontecimientos arrastran a Don Clemente a tomar una actitud resuelta; las violencias y deprecaciones iniciadas por las autoridades y las fuerzas patriotas inclinan a los pobladores del partido de Chillán y de toda la provincia en masa, del lado del Rey, para defender sus familias, sus casas y sus campos".

Don Clemente organizó con sus campesinos una célebre guerrilla realista que fue apodada "Los Lanudos", guerrilla montada de extraordinaria movilidad para actuar, no ya en el escenario del partido de Chillán, porque a medida que la controversia adquiría inusitada violencia se extendió por toda la zona y aún allende el Maule, tomando parte en acciones, ya sea independientemente o de conjunto con las fuerzas regulares.

Ello es que la historia ha recogido la figura de don Clemente Lantaño como la de uno de los más bravos guerrilleros del ejército real en los días luminosos y turbulentos de las campañas de 1813 y 1814.

Era hijo de don Fernando de Lantaño y Landa, oriundo de Alava, Vizcaya; vecino del comercio de Chillán, y de doña Josefa del Pino y Sepúlveda, criolla vástaga de conquistadores. Había nacido en Chillán, en 1787. Un hermano suyo, Ramón, fue asimismo célebre militar de la Independencia, con parecida trayectoria²².

Coronel y Comandante del batallón de infantería de Chillán, Marcó del Pont lo reemplazó en este cargo por el capitán del regimiento Talavera, don José Alejandro, quedando Lantaño de comandante de armas de la ciudad y partido de Chillán.

Marcó tuvo la mala política de separar del mando del ejército real a la mayoría de los jefes criollos, para reemplazarlos por oficiales del Talavera;

don Manuel Santa María y Escobedo fue separado de la comandancia de Dragones para ser reemplazado por el coronel Antonio Morgado, y don Juan Nepomuceno Carvallo fue reemplazado en el batallón de Valdivia por el capitán don José Piquero.

Las fuerzas realistas se fueron desvinculando cada vez más de las clases criollas. Para hacer desaparecer la irritación que los desaires de esa jaez debían producir en los oficiales chilenos, el 26 de diciembre de 1816, Marcó anunció a los coroneles don Juan Antonio Olate, don Clemente Lantaño, don José María Arriagada y don Cipriano Palma, así como a don Apolinario del Pino y a don Elías Guerrero, que había resuelto proponerlos al Rey para que les diese la Cruz de la Nueva Orden de Isabel la Católica, a fin de premiarlos "por su fidelidad y servicios como baluartes en la guerra de este reino"²³.

II

EN LAS CAMPAÑAS de los realistas refugiados en Talcahuano figura don Clemente Lantaño en el ejército de Ordóñez, en 1817, desempeñando puestos de importancia.

En la primavera de 1817 defendió la fortaleza realista del Morro, en el puerto de Talcahuano, contra el ataque de las compañías patriotas de cazadores dirigidas por el coronel Beauchef, que había servido en el ejército de Napoleón. Cuando Osorio abrió la campaña de 1818, Lantaño quedó como jefe del cantón de Chillán. Creyendo que la causa del Rey podía defenderse todavía en esa provincia, desplegó una gran actividad para allegar elementos de resistencia y despachó algunas partidas a los pueblos y campos del Norte del Ñuble, para hostilizar a las avanzadas patriotas que pretendiesen llegar hasta allí. Tenía bajo sus órdenes al comandante don Manuel Bulnes y Quevedo, padre del gran Presidente de Chile del mismo nombre, don Manuel Bulnes Prieto, a la sazón teniente de cazadores a caballo en el ejército de la patria, quien solicitó se le diera el cargo de parlamentario, buscando la ocasión de ver a su padre y de pedirle que abandonara el servicio del Rey, en la seguridad que sería bien recibido por los patriotas. Pero el padre, que en 1816 había desechado las proposiciones análogas que, en nombre de una antigua amistad le había hecho O'Higgins desde Mendoza, contestó a su hijo con la más firme negativa.

Cuando las fuerzas patriotas, ya organizadas y en plan de ataque victorioso, dispersaron a las guerrillas realistas de Chillán, don Clemente Lantaño, que había logrado reunir 700 hombres bajo su mando, abandonó rápidamente esa ciudad, arrastrando consigo cuanto podía cargar y al mayor número de sus pobladores. Empezó la retirada hacia el Sur. Fue detenido en la orilla norte del río Laja, donde defendía el vado del Salto. Después de algunas escaramuzas, viendo que se acercaba el grueso del ejército patriota, bajo un sol

abrasador, se replegó al Sur del río Laja, en marcha hacia Los Angeles, dejando tras sí sólo diez hombres rezagados que cayeron prisioneros²⁴.

El Gobierno de O'Higgins había consolidado, después de la batalla de Maipú, la dominación patriota; había proclamado la independencia en plena campaña guerrera; había desalojado a los realistas de Valdivia, hasta aislarlos en Chiloé. Había organizado la Expedición Libertadora del Perú. Es el período en que las bandas de Benavides recogen, entre los indios de la frontera, el estandarte del Rey.

Don Clemente Lantaño manifestó a San Martín sus deseos de reintegrarse a las filas de la Patria. San Martín aceptó. Según el historiador Torrente, había querido el General en Jefe del Ejército Libertador hacerle al Director Supremo de Chile, el mejor obsequio, por las ventajas que se esperaban de los acontecimientos, e influjo de tan esforzado jefe, como era Lantaño.

premo de Chile, O'Higgins, el mejor obsequio, por las ventajas que se esperaban de los acontecimientos, e influjo en el citado reino de tan esforzado jefe, como era Lantaño.

Efectivamente, en febrero de 1821, se presentó don Clemente Lantaño a O'Higgins, en el Palacio Directorial, en Santiago.

Lantaño habíase portado noblemente con O'Higgins en Rancagua. Habían sido amigos, en las primeras jornadas de sus vidas de militares, en la vieja Chillán. Lantaño reconocía el triunfo de las armas de la Patria. Ofreció a O'Higgins su espada. El Director Supremo, que sabía sus relaciones, sus influencias de familia, su prestigio de hombre activo, sagaz y acaudalado de Chillán, aceptó su ofrecimiento y le reconoció como coronel en el ejército de la República²⁵.

3 . EL INTREPIDO BARAÑO

I

EL CAPITÁN don José Manuel Baraño era natural de Buenos Aires. Vino a Chile en 1809 para consagrarse al comercio, pero trayendo comunicaciones revolucionarias para el doctor don Juan Martínez de Rozas.

Cambiando, sin embargo, de ideas, se agregó al ejército de Pareja, cuando éste ocupó Concepción, y sirvió con eficacia en las filas realistas hasta 1817, año de la victoria patriota de Chacabuco, en que se vio forzado a emigrar al Perú. Bajo la República se estableció definitivamente en Chile.

Baraño se casó recién llegado al país, con doña María Josefa Valenzuela Santibáñez; aquí nacieron sus hijos.

En el ejército de Gaínza fue comandante de división. Se batió con O'Higgins, en marzo de 1814, en las alturas de Quilo. Gaínza había descuidado reforzar a este jefe en la forma por él solicitada. Baraño respondió al ataque patriota resistiendo, valientemente, por dos horas, al cabo de las cuales se vio obligado a retirarse dejando en el campo numerosos muertos y heridos.

Barañaño se instaló en Chillán. Mantuvo allí íntima amistad con el coronel realista don Luis Urréjola, jefe militar de la plaza²⁶.

Bajo el mando de Osorio, comandó en dicha ciudad un escuadrón de caballería regular, que se llamó Húsares de la Concordia. Este escuadrón formó parte de la tercera división del ejército de Osorio, mandada por el coronel don Rafael Maroto, en el memorable combate de Rancagua. Allí, herido en un muslo por un casco de metralla que lo dejó cojo por el resto de sus días, tuvo gran trabajo para reunir a sus soldados en las calles atravesadas, y haciéndolos desmontarse, les mandó que sostuvieran el fuego de carabina desde las paredes y techos que pudieran escalar, sin conseguir, sin embargo, doblegar la constancia y la entereza de los defensores de la trinchera patriota.

Bajo el Gobierno de Marcó del Pont, Barañaño mandaba el cantón de Quillota con su regimiento de húsares del Concordia. Realista exaltado e intransigente, dio muestras del más grande celo y actividad para descubrir un complot de insurgentes y castigar a sus autores. Barañaño los hizo apresar y los entregó al consejo de guerra permanente que debía juzgarlos. El proceso, seguido rápida y sumariamente, terminó con una sentencia de muerte. En la mañana del 5 de diciembre se levantaban cuatro horcas en la plaza mayor de Santiago, frente al palacio de Gobierno. A las 11 del día fueron sacados de la cárcel los presos y ahorcados tres de ellos: Traslaviña, Hernández y Salinas²⁷.

II

A FINES del período de la reconquista española, el territorio de Colchagua continuaba siendo el campo de acción de los guerrilleros patriotas. Mandaba la villa de San Fernando el sargento mayor de milicias de Talca, don Manuel López de Parga, fundador de su familia en Chile, español de nacimiento y realista obstinado e intransigente, con un destacamento de 80 carabineros. Esta gente era suficiente para mantener la tranquilidad en la villa; pero no así en los campos donde las confabulaciones de algunos patriotas, de acuerdo con don Manuel Rodríguez Ordaiza y don Juan Pablo Ramírez, estaban reuniendo gente para preparar el audaz ataque a San Fernando. Marcó ordenó al comandante Barañaño que fuese a reforzar la guarnición de San Fernando y sus contornos, con su escuadrón de húsares.

Los conspiradores realizaron su asalto con la mayor temeridad. San Fernando y sus defensores estaban entregados al sueño. Las calles, sombrías y solitarias, se vieron de pronto invadidas por turbas de jinetes que, en medio de un atronador griterío, corrían de un lado a otro dando voces de mando y amenazando a los servidores del Rey. En unos cuantos minutos, quedaron dueños del pueblo sin disparar un tiro. El subdelegado y el comandante de las milicias del cantón lograron ponerse en salvo.

El asalto de San Fernando tuvo consecuencias trágicas. Marcó ordenó a

Barañaio actuar resueltamente contra los atacantes. Barañaio se puso en marcha precipitada con toda su gente para perseguir y castigar a los fugitivos. Nuevamente fueron ejecutados siete prisioneros²⁸.

III

EN MEDIO del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco —escribe Mitre— sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del Rey. Fueron el argentino Barañaio, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, el famoso defensor de Chillán. Barañaio, medio inválido desde la jornada de Rancagua, había acudido a marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado, a fin de incorporarse al ejército realista, situado en Chacabuco. “Su presencia —dice Mitre— hubiera hecho sin duda la victoria más costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su Cuerpo, uno de los más decididos, pero al llegar al portezuelo de Colina tuvo la noticia de la derrota”.

Propuso a Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles —unos 800 hombres— y tomando otros tantos infantes a la grupa, marchar sobre el campo de batalla y caer en la noche, de sorpresa, sobre los vencedores desprevenidos.

Marcó tenía en esos momentos en Santiago, además de los húsares, al grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloé y Chillán y 230 artilleros, con 16 piezas. Pero estaba, incapaz de “hacer ni dejar hacer”, confuso, aterrado. Sólo pensaba en la fuga y, evacuando en desorden la capital, la dejó entregada al saqueo.

Barañaio fue obligado a emigrar al Perú. Pero Ordóñez y Sánchez no estaban ni confusos ni aterrados. La bandera del Rey tremolaría de nuevo, con suerte varia, empuñada en sus manos valientes²⁹.

4. ELORRIAGA, EL BRAVO.

I

ELORRIAGA, como Antonio Quintanilla, era comerciante de modesta fortuna en Concepción, cuando entró a servir en el ejército invasor. La ruta turbulenta y brava de Quintanilla, el defensor de Chiloé, la estudiamos en capítulo aparte.

Ildefonso Elorriaga había nacido en Aspurú, provincia de Alava, en España, en 1782.

Pasó muy joven a Chile y fue dependiente en Santiago del acaudalado comerciante español don Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz, quien había

casado en Chile con doña María Cruz Díaz de la Puente Darrigrande. Con una hija de éstos, Manuela, casó Elorriaga. En julio de 1806 fue incorporado con el rango de oficial en el regimiento de milicias disciplinarias de infantería denominado del Rey, en cuyo grado asistió al año siguiente al campamento de Las Lomas. Habiendo formado un pequeño capital, se trasladó a Concepción para negociar por su propia cuenta; pero allí su lealtad al Rey lo indujo a tomar las armas contra los revolucionarios. Elorriaga ofreció sus servicios al general Pareja; éste le confió un puesto de confianza en que muy pronto se labró uno de los nombres más prestigiosos del ejército realista³⁰.

II

PAREJA confió a Elorriaga el cargo de comandante de las milicias de caballería encargadas de las exploraciones de avanzada. En tal puesto se comportó admirablemente. Se movía de un lado a otro con una agilidad asombrosa. Reconocidas las posiciones patriotas, caía sorprendidamente sobre ellas, con su gente alerta, con un revuelo de aves de presa. Antes que salieran de su asombro los atacados, ya el guerrillero había volado sin que le alcanzasen los tiros en la retirada.

Repasando el Ñuble, en una noche lluviosa, cayó sorprendidamente sobre la tropa del coronel don Luis de la Cruz, división de observación que había dejado en las márgenes de aquel río el general Carrera y que fue dispersada, obligándola a replegarse a San Carlos. Cuando Elorriaga volvió a Chillán después de esta pequeña expedición, se le hizo un aparatoso recibimiento, con repique de campanas y con otras manifestaciones, como si se celebrase un verdadero triunfo. Así se conseguía levantar el espíritu del soldado, inspirándole confianza en la situación.

De acuerdo con Urréjola, que por sus relaciones en la comarca y su conocimiento del terreno sabía todos los movimientos de la tropa, y en equipo con Quintanilla, resolvieron barrer con las posiciones de los patriotas. Sorprendidamente, Quintanilla cayó sobre las casas o ranchos en que se hallaba acampado el coronel Cruz. La sorpresa fue tan repentina, y era tanta la desprevenición de los patriotas, que toda resistencia se hizo imposible. Cruz y sus soldados, sorprendidos durmiendo, tuvieron que entregar sus armas y darse por prisioneros.

Elorriaga, entre tanto, cayó con su gente como una bandada de peucos sobre las casas de la hacienda de don Juan Manuel Arriagada, que ocupaba otro destacamento patriota. El capitán don Pedro Nolasco Victoriano, que lo mandaba, advertido por el galope de los caballos, puso a su gente sobre las armas. Recibió a los asaltantes con una descarga de fusilería que mató al guerrillero realista Chávez y a siete de sus compañeros y mantuvo la defensa por dos horas con la más heroica resolución. Los realistas, protegidos por una pared, se acercaron a la casa y le prendieron fuego; Victoriano siguió batién-

dose con un valor desesperado. Quintanilla acudió en socorro de Elorriaga y se hizo imposible toda resistencia.

En la misma tarde, Elorriaga regresaba a Chillán. Se le recibió como a un triunfador, con repiques de campana y salvas de artillería. Los prisioneros, presentados al pueblo como trofeos de victoria, fueron colocados en diversos puntos de la ciudad, custodiados por centinelas de confianza³¹.

III

LEVANTADO el sitio patriota de Chillán, Elorriaga recibió el mandato de ocupar, a la cabeza de 350 fusileros montados, Los Angeles, Yumbel, Rere y otras plazas fronterizas que habían quedado desguarnecidas, a fin de buscar comunicaciones con la costa. Cumplió su objetivo, pero el general O'Higgins le impidió llegar hasta Concepción. O'Higgins decidió atacar a Elorriaga en su posición de Rere. Marchó resueltamente en su contra; pero este jefe, que se encontraba enfermo, por las fatigas de la campaña, eludió el combate y, sosteniendo ligeros tiroteos, se replegó apresuradamente a Chillán.

Astuto, con su gente agotada como aguiluchos heridos en el ala, buscaba el abrigo del nido realista.

IV

CONCEPCIÓN seguía, en la primavera de 1813, en poder de los patriotas.

Como peucos que desde las alturas vigilan sus presas, destacamentos realistas estaban estacionados en San Pedro bajo las órdenes de Quintanilla; en Rere y Hualqui, bajo el mando de Elorriaga y en Coelemu, del de Olate, con el encargo de acercarse cautelosamente por esos diversos lados a Concepción, ocuparla en el momento oportuno y defenderla contra cualquier intento que hicieran para recuperarla las fuerzas patriotas que se encontraban en las cercanías.

Elorriaga cumplía todas estas misiones con la mayor abnegación y el mayor sacrificio. Sus bienes, en Concepción, habían sido embargados. Eran el fruto de una vida modesta de trabajo y de ahorro.

Cuando en enero de 1814 llegó a Arauco a ponerse bajo las órdenes del general Gáinza, para acompañarlo en su viaje a Chillán, Elorriaga vestía una chaqueta ordinaria, como simple campesino, sin otro distintivo militar que los galones correspondientes a su rango, que prendía en la manga y, en vez de capote, un poncho del país. Uno de los oficiales del "Potrillo" le regaló una casaca vieja de marino, que Elorriaga recibió como una prenda de alto valor.

El nuevo general en jefe del ejército real, don Gabino Gáinza, dio al activo Elorriaga comisiones difíciles y decisivas. Debía cortar las comunicaciones de los patriotas con la capital y extenderse defendiendo la línea del Maule.

Elorriaga supo que Talca, al norte de ese río, estaba desguarnecida por las

fuerzas patriotas; que allí había muchos realistas, emboscados y disimulados bajo el disfraz de pacíficos ciudadanos, y decidió dar un golpe de mano contra aquella ciudad que era llave del camino a la capital. Aún cuando sus instrucciones no le autorizaban para pasar al norte de ese río, juzgó oportuno derrotar al enemigo privándolo de un valioso centro de recursos.

En la noche del 3 de marzo de 1814, Elorriaga, con aquella actividad y ligereza que lo había hecho famoso en toda la campaña, pasaba el Maule cautelosamente, a la cabeza de poco más de 300 hombres, por el vado de Duao y sorprendía dormidos a los milicianos chilenos que estaban destacados. Allí dirigió a los talquinos un ultimato, uno de aquellos célebres ultimatos pomposos y declamatorios, a que tan adictos fueron los jefes realistas y que han recogido, en detalle, nuestros historiadores: "la división volante del ejército nacional (sic), fuerte de más de mil hombres, pide a V. S. S. que en el momento de recibir éste, le entreguen esa plaza con todos los útiles de guerra, boca y numerario perteneciente al ejército enemigo (es decir, en el estado en que se halla), a cuyo nombre mandan a V. S. S. en ella. Sólo la humanidad me dicta esta atención, pues según la ley de guerra, no debo intimar a un pueblo abierto, indefenso, y con una guarnición que no puede aún cubrir los puestos ordinarios de la plaza con su cortedad. Tengo el detalle de la pequeña fuerza que la custodia y la orden de mi general es que si me da lugar al disparo de un fusilazo, pase la guarnición a cuchillo. Sentiré mucho hallarme en el caso de cumplir la orden; pero soy soldado y obedezco las que me comunican. En lo demás, el pueblo, la seguridad individual y propiedades serán respetadas conforme a la práctica de las naciones cultas. Un cuarto de hora tiene V. S. S. para resolver. Dios guarde a V. S. S. muchos años. A media legua de Talca, y marzo 4 de 1814. Ildefonso de Elorriaga. A. S. S., gobernador y cabildo de la ciudad de San Agustín de Talca".

El oficio produjo en Talca una perturbación indescriptible. Nadie creía posible organizar una resistencia en tan breve plazo. Eran las 7 de la mañana. A las 9, Elorriaga cargó resueltamente sobre la ciudad. El coronel Carlos Spano, que mandaba la pequeña guarnición, desde la plaza hizo a los atacantes una defensa tan vigorosa como fue posible a sus escasos medios. Al pie de la bandera de Chile murió como un valiente, acribillado a balazos y a golpes. Antes de media-hora, Elorriaga era dueño absoluto de Talca y restablecía la tranquilidad pública, impidiendo el saqueo que habían comenzado a ejecutar sus tropas. Tomó muchos prisioneros y un regular repuesto de municiones y de víveres*.

V

CUANDO Osorio, el jefe español de la tercera expedición realista organizó su ejército en Chillán para avanzar hasta Talca, confió la división de vanguar-

*El Coronel Carlos Spano y Padilla había nacido en Málaga, hijo de Carlos y María, nobles. (Archivo de D. Raúl Díaz Vial).

dia al coronel don Ildefonso Elorriaga, con 1.452 hombres y cuatro cañones de campaña, dándole como su lugarteniente al teniente coronel Antonio Quintanilla.

En la noche del 29 de agosto de 1814, nuevamente recuperó Talca, que había quedado indefensa como consecuencia de los pactos de Lircay.

El 15 de septiembre avanzó aún más al norte, ocupando San Fernando y recorriendo toda la comarca vecina. Cumplía Elorriaga admirablemente el plan de Osorio, de avanzar hacia Santiago y, como jefe de la vanguardia, se apresuraba a adelantar cuanto podía.

VI

LA CAMPAÑA de Osorio se decidió en Rancagua. Allí Elorriaga, con Quintanilla, mandaron la caballería y cooperaron eficazmente a la derrota de la Patria Vieja en la jornada heroica (1 y 2 de octubre de 1814).

Cuando empezó la emigración hacia la Argentina, un inmenso número de personas que temían la persecución de los españoles victoriosos, se dispusieron a pasar la cordillera como Dios les dio a entender, a fin de buscar refugio en el país hermano. Carrera protegió la retirada con los últimos deshechos del ejército de la patria. En Santa Rosa de los Andes hizo un gran incendio con fardos de papeles sacados de los archivos, cureñas de cañones, fusiles descompuestos y muchos otros objetos que pudieran ser útiles a los realistas o comprometedores a los patriotas. Al mismo tiempo, empezó a evacuar la villa de Santa Rosa, pues Elorriaga había recibido órdenes de ocuparla, como efectivamente lo hizo el 9 de octubre. Desde allí el guerrillero realista, con su actividad incansable despachó diversos piquetes a cortar las últimas partidas patriotas que se retiraban desordenadamente.

Bajo la dominación española de la Reconquista, no fueron menos útiles sus servicios. Existía en el Norte un foco insurgente que determinó al gobernador don Mariano Osorio a someterlo rápidamente. El mando de esta empresa fue confiado al coronel don Ildefonso Elorriaga que, como comandante de la vanguardia realista, había desplegado una notable actividad en la campaña precedente. Osorio puso bajo sus órdenes un cuerpo de quinientos hombres y le dotó de los poderes suficientes para desempeñar en las provincias del Norte el gobierno político y militar. Elorriaga desembarcó con sus tropas en el puerto de Coquimbo, cuando menos se le esperaba en aquellos lugares y, sin dar tiempo a que los patriotas pudieran organizar una resistencia cualquiera, se presentó delante de la ciudad de La Serena, le intimó rendición y la ocupó militarmente. Además de las numerosas prisiones que mandó hacer en la comarca, ordenó la de todos los extranjeros y el embargo de sus bienes, bajo pretexto de que se habían mezclado en los negocios públicos. Dice uno de ellos: "Veintitrés de nosotros fuimos puestos a la brocha, es decir, se nos amarraron los pies con gruesos anillos de hierro retenidos a una barra larga y

fuerte, en cuya extremidad había un candado que aseguraba nuestra cautividad. La continuidad de esta penosa actitud, que impedía todo movimiento, nos ponía de un humor negro y pendenciero . . . Se nos transportó, en fin, a Valparaíso donde después de diez días de navegación nos esperaban los calabozos . . ." El autor de esta narración es Jullien Mellet, comerciante viajero en Sudamérica en los días de la emancipación, que se hallaba en La Serena cuando ocurrieron estos sucesos y fue del número de los individuos apresados por orden de Elorriaga³². Osorio, siempre magnánimo, le puso en libertad.

Elorriaga fue intendente subdelegado y juez de minas de Coquimbo hasta el 1° de enero de 1817, en que fue llamado con urgencia a Santiago, para ponerse a la cabeza de un cuerpo de tropas, que debía resistir a la anunciada invasión de los patriotas.

Durante el gobierno de Marcó del Pont, cuando el último de los gobernadores del Rey temía de un momento a otro la invasión del país por el ejército chileno-argentino, las autoridades realistas mandaron que sin tardanza se inhabilitasen por medio de cortaduras y de otros trabajos los caminos de cordillera, principalmente los que eran más difíciles o embarazosos de defender. Calculando que los distritos más expuestos a ser invadidos eran Colchagua y Aconcagua, por la mayor facilidad de los caminos, Marcó mandó formar en esos puntos dos acantonamientos militares, el primero a cargo del coronel don Juan Francisco Sánchez y el segundo a cargo del coronel don Ildefonso Elorriaga, entregando a cada uno alguna fuerza de línea que, sin embargo, ambos creían insuficiente para el objeto.

Durante todo el gobierno de la Reconquista, Elorriaga pasó trasladándose de un punto a otro en cumplimiento de las comisiones que se le daban. Partía a Concepción a ponerse a las órdenes del Intendente, cuando supo en las orillas del Maule las primeras noticias de la invasión del territorio. Regresó aceleradamente a la capital y llegó a tiempo para tomar parte en la campaña que se iniciaba.

VII

EN LA MAÑANA del 10 de febrero de 1817, Elorriaga sacó de Santiago su división y llegó a Chacabuco con el general Maroto. En Chacabuco se decidía la suerte de la dominación española de la Reconquista. Allí, aquel oscuro y modesto comerciante, improvisado soldado, que había sacrificado lo mejor de su vida y de su energía en la causa del Rey en los más duros encargos y comisiones, se mostró más que nunca empeñado en sostener la defensa. No había tenido tiempo de descansar, de desmayar, de pensar, durante su afiebrada actividad de guerrillero. Malos caminos de montaña, noches de lluvia bajo los matorrales, fatigas y privaciones interminables, asaltos continuos como de ave de presa, por lo sorpresivos y crueles, a convoyes con víveres, a villas abiertas, a estancias tranquilas. No tuvo más recompensa que el haber servido su ideal.

Fue así como la muerte llegó a buscarle sin aviso en Chacabuco. La línea realista mostraba una notable solidez, sostenía el fuego con entereza. Cuando más bravura demostraba Elorriaga, un balazo inmovilizó en la historia su figura de ágil, entusiasta e infatigable defensor del Rey³³.

5. OLATE, EL GUERRILLERO.

I

LAS PUERTAS enharinadas del molino se remecían al compás de la rueda: Tac-Tac, Tac-Tac. El agua de la presa corría fresca y espumosa; se recogía a la vera de los viejos encinos, entre viñedos y tierras de labor. A lo lejos, cerrando las líneas azules de los llanos, el telón de fondo, azul manchado de nieve, de los Andes.

Jinete en un potro andaluz, caracoleaba por los caminos reales Juan Antonio Olate. Había nacido allí, en 1777, en los alrededores de Chillán, en el molino de los Olate. Su madre, Josefa de Olate, le había inculcado, con el amor a la tierra, la tradición española de su linaje.

¿Es que se podía ser chileno sin ser muy español? Las dos cosas lo fue, y en grado sumo, el famoso guerrillero chillanejo. Conocía la tierra, amaba las buenasmozas, gustaba del vino rojo de las cepas de Itata.

La luna llena de las vendimias le sorprendía a altas horas, cabalgando sus ágiles monturas, gallardeando por los caminos chillanejos.

En 1808 estaba con un comercio en Chillán. Una buenamoza le tenía retenido en su hechizo. ¿Le dio palabra de matrimonio el futuro guerrillero infatigable? El lo negó. Los ojos casquivanos lo llevaron a encarpetararlo en un proceso. Absuelto, los padres franciscanos le acogieron a su sombra. Fue administrador de su convento. De los arrepentidos es el reino de Dios³⁴.

II

CUANDO Pareja invadió Chillán, Olate ofreció sus servicios. Conocía a don Luis Urréjola, a los Lantaños, a Elorriaga. Pocos como él más amigo de los hacendados, más conocedor de los caminos y senderos, atajos, riscos y hondonadas.

Olate aceptaba misiones difíciles con mucho entusiasmo. No sabía nada de la guerra; no tenía ningún conocimiento militar y en sus ataques llegaba a la insensatez. Pero era valiente, intrépido. Hacía la guerra por lealtad a su causa. Su Rey era el Rey de su madre y sus abuelos, con corona y manto de armiño, como representaban a los reyes los viejos códices.

Hizo la guerra a la chilena. Pocos jefes tuvieron tanto contacto con su

tropa como él. Los conocía a todos; sabía sus nombres, sus apodos; apreciaba sus cualidades militares y precavía sus flaquezas, de manera que podía disponerlos con cautela. Cuando caía sobre campamentos patriotas o cuando se apoderaba de convoyes con víveres o con pertrechos, intimaba rendición a las fuerzas chilenas con la más grande arrogancia, en nombre del Rey. Y si su intimación era desoída, se lanzaba al ataque con pasión.

Constantemente estuvo moviéndose de un lado para otro: Su gente le adoraba. Alegre y sencillo, compartía con los suyos el pan, las balas y el vino de la ración. Tenía un poder de persuasión sobre los campesinos que enrolaba entusiastas en sus filas, sin desanimarse ante la muerte o la desertión.

Su gente era una gente alegre, que marchaba contenta por los caminos de montaña; por las noches, al calor de las fogatas, o bajo la luna blanca, contaban cuentos de brujas y de aparecidos. La superstición acompañaba las huestes de Olate.

Con los desertores no tenía piedad. Era preferible seguir en sus tropas que perderse por los riscos de Leuque o de Ninhue. Y cuando caía sobre alguna hacienda, o ganaba un convoy enemigo, se acogía a las villas de Itata, haciendo repicar las campanas, que pasaban como pájaros de bronce por aquella tierra antigua. ¡Campanas de Quirihue, campanas de Cobquecura, campanas de Portezuelo!

III

EL MISMO día en que los realistas de Chillán se vieron desembarazados del ejército patriota, cobraron ánimo y empezaron trabajos mucho más activos para extender y asentar su dominación en aquellas provincias.

Juan Antonio Olate había prestado buenos servicios al ejército real como guerrillero. Sánchez le confía ahora un destacamento de doscientos hombres, con la misión de sublevar contra los patriotas la región de la costa del territorio, comprendida entre los ríos Itata y Maule.

El capitán don Joaquín Prieto, después ilustre Presidente de Chile, regresaba de Talca con una pequeña partida de tropas escoltando un convoy de municiones y dinero para el ejército patriota. Al saber que andaban fuerzas realistas en ese cantón, se acogió a la villa de Quirihue; allí fue atacado por Olate el 17 de agosto, pero Prieto supo defenderse y después de un corto tiroteo en las entradas del pueblo, junto a los grandes barrancos por donde se pone el sol, obligó a los realistas a retirarse.

Pero Quirihue era un villorrio leal; su permanencia allí no daba seguridad al coronel patriota, que, previniendo un nuevo ataque de Olate, se replegó rápidamente a Cauquenes. Olate reunió algunos campesinos, que armó de lanza e incorporó a su destacamento, alcanzando a contar con cuatrocientos hombres y dos pequeños cañones de a cuatro; y se presentó delante de Cauquenes el 22 de agosto y en los términos de la más insolente arrogancia, intimó

rendición a las fuerzas chilenas que mandaban el capitán Prieto y el coronel Juan de Dios Vial. Despreciando esa intimación, estos dos oficiales se prepararon para la defensa; y después de siete horas de combate, que el guerrillero realista dirigía con cierto ímpetu, pero con muy poco discernimiento, lograron rechazarlo, pero no fue dado perseguirlo más allá de los límites del pueblo³⁵.

El ejército patriota se reconcentró a orillas del río Itata para expedicionar nuevamente sobre Chillán; los realistas sorprendieron a una división chilena en El Roble; pero fueron derrotados por el coronel don Bernardo O'Higgins. Allí estuvo Olate, frente a frente del destacamento patriota, en la orilla derecha del río, en vigilia de sus movimientos y dispuesto a cortarles la retirada si pasaban el río. En la mañana del 17 de octubre, al rayar el alba, las divisiones de Lantaño y Urréjola cayeron sorpresivamente sobre el campamento patriota y pasando a cuchillo a los centinelas avanzados que encontraron desprevenidos, se precipitaron como un rayo sobre diversos puntos a la vez. Prodióse en el primer momento una confusión indescriptible. Rompióse el fuego por todos lados; los clarines y tambores del destacamento de Olate tocaban la diana con grande estrépito al otro lado del río para aumentar la alarma; los caballos sueltos en el campo corrían en todas direcciones y los soldados chilenos, despertados súbitamente por aquel bullicio, y viéndose atacados con tanta resolución, no acertaban a darse cuenta de lo que pasaba.

Desbaratado el campamento de Carrera, rodean al de O'Higgins dentro del caserío y estacadas en que descansa.

O'Higgins, a medio vestir, divisa, entre la niebla matinal, a los españoles que entran en su recinto. Con una locura de posesos, los grupos destacados de su línea pasan a su lado en fuga inconsciente, sin dar oído a su voz. Un soldado cae muerto a su lado. O'Higgins recoge el fusil, lo eleva en el aire como enseña, grita su arenga desesperada y enloquecida: "A mí, muchachos. Vivir con honor o morir con gloria. El que sea valiente que me siga".

Monta a caballo y está, como por milagro, en todas partes, animando y enardeciendo los ánimos; una bala mata a su caballo. Quema el sol, acosa el calor. Hay olor a pólvora y a sangre. Una bala lo hiere en un muslo. Un cadete, de rostro de niño, le ofrece su pañuelo para vendar su herida. Pequeño gesto prócer que no olvidará O'Higgins. Era el oficial, don José María de la Cruz, para quien guardará un agradecido afecto paternal.

Y he aquí que de pronto la resistencia desesperada se va convirtiendo en un ataque encarnizado y magnífico. El arrojo y el coraje de O'Higgins se han apoderado de las huestes patriotas. Un instante más y la derrota se convertirá en victoria. Y este momento culminante, que hace al destino dar un vuelco perfecto, lo determina el valor de O'Higgins, su magnético entusiasmo, su inquebrantable decisión de triunfar.

Tres horas de reñido combate. Los españoles repasan el Itata. En el campo chileno han quedado muertos más de 80 realistas; 17 han sido hechos prisioneros; han dejado abandonados 2 cañones, 130 fusiles y muchas municiones.

Tres horas de reñido combate, sostenido por el empuje heroico de O'Higgins, por su inagotable ardor.

O'Higgins ve alejarse a los españoles, a las divisiones de Urréjola y de Lantaño y de Olate y mientras seca el sudor de su cara y domina el dolor de su herida, su vista repasa aquel campo sembrado de cadáveres y regado de sangre, entre las verdes viñas triunfantes, bajo el caliente y espeso oro del Sol, junto al Itata indiferente.

IV

OLATE huía como un zorro al salir el Sol. Caía de pronto, con rapidez asombrosa y desaparecía con o sin su presa, inesperadamente. Era difícil ubicarle, aún para sus jefes. La tierra de Itata era su preferida. El terreno era propicio. Hacendados y granjeros, descendientes de conquistadores, conservaban como un legado precioso de sus padres la tradición de lealtad al Rey. Sangre de encomenderos derramada por los viejos corregimientos, estos hidalgos chilenos, con sus tierras cada vez más subdivididas, alejados del comercio, que no les interesaba, empobrecían con terquedad y con orgullo y se estaban arruinando por la causa del Rey. El entusiasmo patriota de Santiago y Concepción, los centros más poblados, transmitido en las tertulias patricias, fomentado por las ideas libertarias aprendidas en los enciclopedistas, era desconocido por estos caballeros de rostro avellanado y tostado, que trabajaban poco, pensaban menos y hablaban el castellano viejo de los conquistadores.

Olate caía sobre las haciendas de los patriotas, exigiendo gruesos botines de animales, enseres y provisiones; obstruía los caminos reales, alojaba en casa de los hacendados y granjeros realistas, aumentando sus fuerzas, engancharlo inquilinos, propagando el entusiasmo por la causa del Rey. Don Melchor de Carvajal y Vargas, coronel realista, tercer Conde de Montes de Oro, lo acogía en su estancia de Quilpolemu. Roas y Alarcones, Bustos de Lara, Campos y Aguileras, Molinas, Ceballos, le abrían su despensa y su petaca.

En enero de 1814, un destacamento suyo estaba en las casas y haciendas de don Miguel Campos Ceballos, en la estancia denominada El Manzano. Allí el destacamento fue puesto en fuga por el guerrillero chileno, Santiago Buearas. Las huestes de Olate se retiraron como por milagro, diseminadas y mimetizándose por montes, arboledas y hondonadas³⁶.

Después de sucesos como el señalado, tras de descabezar un sueño en las eras, a la luz de las estrellas, ya estaban las huestes de Olate, reunidas, frescas y activas, interceptando las comunicaciones de los patriotas, cayendo sobre los convoyes y manteniendo la intranquilidad en las villas apacibles y en las granjas llenas de paz.

DURANTE la Reconquista, se premió a casi todos estos guerrilleros realistas con puestos honoríficos, ya administrativos o militares.

El 30 de enero de 1815 fue nombrado subdelegado de Coquimbo el coronel don Juan Antonio Olate. Sirvió en este puesto hasta el 11 de julio del mismo año. Marcó del Pont lo hizo sub-inspector general de las milicias del Reino el 30 de enero de 1817 y le encargó la reorganización de los cuerpos de algunos distritos, que habían estado disueltos durante todo el gobierno de la Reconquista. Encomendaba al sub-inspector que procediese con toda actividad, impidiendo que en las milicias entrasen los patriotas o los sospechosos de serlo; pero la rápida precipitación de los acontecimientos vino a demostrar cuán tardías eran esas órdenes de Marcó.

La invasión del Ejército Libertador no dio tiempo para adelantar esos trabajos y sorprendió a Marcó con el suyo fraccionado y repartido en toda la extensión del territorio desde Aconcagua hasta el río Maule³⁷.

Después de Chacabuco, Olate fue tomado prisionero y desterrado. Estuvo preso en las cárceles realistas de Montevideo.

4. EL GENERAL GAINZA

I

FUE EL SEGUNDO jefe expedicionario español en 1813.

El General de las "4-G" como le llamó su tropa (por las que usaba en su cifra de Gabino Gaínza General en Gefe), había nacido en la provincia de Guipúzcoa, en España, por el 1760. Pasó al Perú, en 1783, como suboficial subalterno de uno de los batallones destinados a reprimir los alzamientos indígenas. Destinado a la guarnición de Guayaquil, contrajo allí un ventajoso matrimonio, con doña Gregoria Rocafuerte, señora muy principal, hermana del célebre patriota don Vicente. Vuelto a Lima, obtuvo el grado de teniente coronel; en seguida, el mando de uno de los batallones de infantería de línea que existía en esa capital y finalmente, el de todo ese cuerpo. Sin haberse señalado por servicios destacados, pero gozando la reputación de hombre honorable y circunspecto, Gaínza, que llevaba en su pecho la cruz de Caballero de la Orden de San Juan, obtuvo en 1811 el grado de brigadier que le otorgó el Consejo de Regencia. Al confiarle el cargo de general en jefe del ejército realista de Chile, el virrey había creído que aquellas cualidades daban a Gaínza el prestigio que necesitaba entre los oficiales que iba a mandar, y que lo harían aceptable a los revolucionarios en cualquiera negociación que hubiese de iniciarse³⁸.

Vicuña Mackenna dice de él: "era un respetable español, cuyo temperamento se había apoltronado en la molicie de Lima y Guayaquil, donde vivió muchos años"³⁹.

El virrey dotó a Gaínza de auxilios, que él estimaba limitados, que incluían hombres del regimiento de artillería de Lima, pequeñas piezas de artillería para la plaza de Arauco y un socorro más valioso en dinero y en especies de fácil venta o útiles para el ejército.

Traía Gaínza del virrey instrucciones para que desembarcara en Arauco, para tratar de atraerse a los vecinos de esa plaza; para agasajar a los indios y mantenerlos fieles, y para que no se pusiera en marcha hacia Chillán antes de haberse asegurado que no corría el menor peligro.

Reunido todo su ejército, y dejando bien defendida la ciudad como centro de operaciones, iniciaría con cautela una campaña más efectiva que las emprendidas hasta entonces, destinada a apoderarse de Concepción y su puerto, Talcahuano.

II

ENTRE TANTO, en el ejército chileno, el general Bernardo O'Higgins había sucedido al general José Miguel Carrera en la comandancia en jefe. Hijo del virrey don Ambrosio O'Higgins, uno de los más activos y laboriosos gobernadores de Chile, y de doña Isabel Riquelme de la Barrera, de la más vieja aristocracia sureña, conquistadora y encomendera, don Bernardo O'Higgins, por su educación europea en Londres, y su estadía en Cádiz, por su inclinación democrática y su amor al terruño, había abrazado la causa de la Libertad. No es el momento de ensayar un esquema del prócer generoso, abnegado, modesto y valiente que fue O'Higgins. Si como soldado no tenía en aquella época los conocimientos necesarios y la experiencia indispensable en el arte de la guerra (como la mayoría de los chilenos y ello es obvio explicarlo), en cambio tenía otras virtudes esenciales a un militar y tan indispensables a un jefe que sin ellas, por mucha ciencia o por mucha experiencia que un hombre de armas tenga, no podrá nunca triunfar. Don Bernardo tenía el arrojo, la decisión, la intrepidez, el valor exagerado hasta la temeridad en la ofensiva, hasta la heroicidad en las resistencias, el entusiasmo contagioso y ardiente que arrastraba a sus subalternos y, por encima de todo esto, la fe. Una fe sagrada, augusta, magnífica, en la causa que defendía. Y esta mística suya que transmitía a sus soldados y que daba a sus campañas un carácter sagrado de guerra santa, que en momentos llevaba a los suyos a buscar la muerte con delirio, tirándose a las fieras como los primeros cristianos, en cargas heroicas de sable como en Rancagua, es lo que determina que a O'Higgins le consideremos y le honremos no sólo como "al primer soldado de Chile", al guerrero valiente y temerario de las cargas cerradas, de las grandes arremetidas descabelladas, coronadas de desaparejos éxitos, al hombre, en fin, de las cora-

zonadas felices y de los desesperados arrojados, sino al gran capitán que creó en nuestro ejército su mística de heroicidad, de glorioso triunfar a toda costa, de no saber perder, porque antes que entregarse, debe morir en el combate. El "o vivir con honor o morir con gloria", el lema de O'Higgins, se incrustó desde entonces en el blasón de un pueblo que no ama la guerra, pero que, cuando ésta llega, no sabe perder.

Después, mucho después, vino el suicidio heroico de Prat. Después, el 79. Pero la mística de las armas de Chile ya había nacido. O'Higgins la había engendrado, en la carne, heroica y frágil, de su corazón.

III

EL EJÉRCITO que recibió O'Higgins no alcanzaba a la cuarta parte del que había mandado el general Carrera antes del sitio de Chillán; componíase de 2.300 o 2.500 hombres fraccionados por todo el Sur, trabajados por la desertión, contando con escasos medios de movilidad y no bien armados.

Este era el ejército que iba a resistir la invasión de Gaínza, quien, el 31 de enero de 1814, desembarcó en Arauco con un refuerzo de 800 hombres, con seis piezas de artillería, bien armados y equipados. Ocho días después atravesó el Bío-Bío y se incorporó a Sánchez en Chillán, sin que "en toda la vasta extensión del territorio que cruzó, que era a la sazón el teatro de la guerra, oyese el ¡quién vive! de los centinelas insurgentes. O'Higgins, encerrado en Concepción, mandaba un ejército destrozado por la inactividad y la desertión"⁴⁰.

Gaínza tomó la ofensiva rápidamente. El 23 de febrero su tropa fue rechazada en Cucha-Cucha, en la hacienda de los realistas Urréjolas.

O'Higgins batió a la tropa de Barañao en Ranquil, al sur del Itata; Mackenna rechazó a Gaínza en Membrillar. Estos descalabros fueron compensados con creces con la toma de Talca, que el 5 de marzo efectuó Elorriaga.

La ocupación de Talca permitía a los realistas cortar toda comunicación entre la capital y las tropas patriotas. O'Higgins quedaba aislado en el Sur. El Gobierno chileno organizó en Santiago una división para reconquistar Talca, que comandó el oficial patriota Blanco Encalada y que fue totalmente destruída en la llanura de Cancha Rayada. La situación empeoraba. Talca, en poder de los realistas; la capital desguarnecida. Gaínza decidió interponerse entre el ejército de O'Higgins y la capital, para marchar sobre ésta sin resistencia. O'Higgins adivinó el plan del adversario y determinó estorbarlo a toda costa, "porque su cumplimiento era la ruina de Chile".

Los dos ejércitos corrieron hacia el Maule. La victoria sería del que lo lo atravesase primero.

Lo pasó primero O'Higgins. Una división realista pretendió cerrarle el paso; pero un cañonazo bien dirigido por el coronel don José María Benavente dejó el campo despejado. Ahora, para caer sobre Santiago, Gaínza te-

nía que atravesar sobre el ejército patriota, más difícil de cruzar que el río Maule. Furioso "se precipitó como un desesperado" sobre los acantonamientos de los patriotas en la hacienda de Quechereguas. Pero fue la suya una rabia impotente: los patriotas no cedieron.

Gáinza se retiró a Talca, con su ejército completamente destrozado por una deserción incontenible, el 10 de abril.

Los campesinos chilenos que componían su tropa no eran soldados y regresábanse a sus hogares. Los malos caminos de montaña, senderos muchas veces, el paso de los ríos, habían destruído la caballería y las bestias de carga.

El ejército realista estaba "verdaderamente a pie". Todo hacía presumir que en aquellas condiciones habría de sobrevenir su destrucción tótal. Las tropas de O'Higgins, en las cercanías de Santiago, en las provincias que menos habían sufrido con la guerra, estaban rehechas; habían restablecido sus cuadros y sus abastecimientos.

Sin embargo, sobrevino un tratado que ambos bandos juzgaron ominoso.

IV

MANDABA en 1814 la estación naval de Inglaterra en el Pacífico, el comodoro don Santiago Hillyar, quien, en su calidad de aliado de España, ofreció al virrey del Perú su mediación para pacificar al reino de Chile.

El Director Supremo de Chile, De la Lastra, acogió con entusiasmo las proposiciones del Comodoro inglés. Reunió al Senado, recién elegido, a fin de que propusiera las bases del convenio, el 19 de abril de 1814. Gáinza se hizo asesorar por su Auditor de Guerra, don José Antonio Rodríguez Aldea, realista nacido en Chillán, más tarde célebre Ministro de O'Higgins.

Las conferencias se realizaron a orillas del río Lircay, el 3 de marzo de 1814. Los plenipotenciarios acordaron: 1°) Chile reconocía por soberano a Fernando VII y se comprometía a enviar diputados a las Cortes, con la sagrada promesa de obedecer lo que ellas resolvieran; 2°) En el intervalo transcurrido entre la aprobación del tratado en Chile y la notificación de los acuerdos de las Cortes, subsistiría el Gobierno patriota de nuestro país y las leyes en vigencia; 3°) Las tropas realistas debían abandonar la ciudad de Talca, treinta horas después que el gobierno chileno ratificara el tratado y la provincia de Concepción un mes más tarde. Eran las principales estipulaciones.

Estos tratados, llamados de Lircay, fueron mal recibidos por realistas y patriotas.

V

DICE MITRE: "Ha sido una cuestión histórica si los tratados de Lircay fueron ajustados por las partes con el ánimo deliberado de no cumplirlos. Por lo que respecta a Gáinza, es evidente que obró bajo la ley de la necesidad y que

ellos lo salvaron de una derrota segura. En cuanto al gobierno de Chile y a sus negociadores, parece que procedieron de buena fe y que pensaron haber obtenido la única ventaja compatible con las circunstancias, cediendo el uno al cansancio de la lucha y candorosamente los otros sin medir sus consecuencias"⁴¹.

Malas noticias llegaban del exterior. Inglaterra y España estaban sólidamente aliadas; ninguna ayuda podía esperarse de la política inglesa.

Se temía que España lanzase grandes ejércitos, apenas se expulsase a los franceses de la península. Aún más, los patriotas argentinos habían sufrido dos grandes reveses en Vilcapujo y Ayohuma.

"Los gobernantes divisaron el horizonte cargado de negros nubarrones —dice don Miguel Luis Amunátegui—. Esos signos de una próxima tempestad los acobardaron. Les faltó la fe en la justicia de su causa, en la protección del cielo, y quisieron una tregua para reflexionar con calma sobre su conducta ante tantos riesgos como les amenazaban. ¿Continuaría la revolución? ¿Volverían atrás? El honor y la conciencia les aconsejaban lo primero; mas era necesario pensarlo. El tratado de Lircay no era para ellos sino un descanso que les era menester para observar bien lo que había en realidad"⁴².

Este convenio fue rechazado con energía por los jefes realistas de Chillán y por los patriotas.

VI

A PESAR del ambiente pesado con que los bandos en lucha recibieron los tratados, el gobierno chileno los ratificó. Gaínza, después de crear nuevas dificultades, se declaró resuelto a cumplirlos: evacuó Talca; el gobierno chileno mandó suprimir la bandera nacional y dar libertad a los prisioneros.

Por un artículo de los tratados de Lircay, se pactaba la recíproca libertad de los prisioneros, pero los parlamentarios chilenos pidieron a Gaínza que los hermanos Carrera, don José Miguel y don Luis, presos por los realistas en Penco, a quienes favorecía esta cláusula, fueran conducidos a Valparaíso, a disposición del Director Supremo, Lastra. Gaínza dio la orden, pero el Comandante de la plaza de Chillán, don Luis Urréjola, bajo su responsabilidad, puso en libertad a ambos próceres. Sabía que llevarían el desconcierto a las filas patriotas. En efecto, fue lo que ocurrió. Los Carrera contaban con numerosos parientes, amigos y partidarios. Su libertad trae enseguida un nuevo período de disensiones en el gobierno patriota. Finalmente, Carrera y sus amigos se rebelan abiertamente contra el gobierno y, mediante la sublevación del 23 de julio de 1814, se apoderan del poder.

Entre tanto, en el campo realista, el tratado había producido una reacción incontenible. Los jefes del cantón de Chillán, animados por los padres franciscanos, hicieron saber a Gaínza que se negaban a abandonar la provincia de Concepción hasta que el señor Virrey no resolviese"⁴³.

Los nuevos gobernantes de Chile, por su parte, estaban resueltos a no aceptar la situación depresiva y humillante que señalaban los tratados; y los documentos reservados que salen esos días de sus manos, revelan que tal resolución es firme e inquebrantable. El reconocimiento que en ese pacto se hacía de la soberanía de España, era en cierto modo nominal, al menos hasta que se sancionase este arreglo, puesto que Chile seguiría regido por un gobierno propio y por las instituciones y las leyes que él mismo se había dado.

Los tratados no satisfacían, pues, ni a tirios ni a troyanos. El general O'Higgins, convencido de la falta de sinceridad del general realista, pidió la inmediata continuación de la guerra.

Gáinza se resolvió a no cumplir lo pactado, aún cuando se abstuvo de declararlo. Se encontraba en Chillán, a la cabeza de las tropas realistas que había engrosado durante el invierno, esperando los refuerzos del Perú, para declarar franca y resueltamente su propósito de no cumplirlos. A pesar que oficialmente había reconocido al nuevo gobierno de Carrera, trató de alentar en O'Higgins su rivalidad con éste. Pero O'Higgins, que por sobre todas sus humanas flaquezas mantenía la entereza y la convicción de su patriotismo, contestó a sus insinuaciones manifestando que las disensiones internas en nada variaban su actitud para con los realistas.

IV

EL VIRREY Abascal desaprobó en la forma más terminante los pactos de Lircay y se apresuró a reemplazar a Gáinza⁴⁴. “¡Qué, —decía un escrito de esos días, publicado bajo su inspiración—. ¿Había de permitir el virrey que las tropas de S. M. que llevaron hasta más allá de la orilla derecha del Maule el consuelo a los buenos y el desengaño a los amotinados, abandonasen todo el territorio y se reembarcasen en Concepción cubiertas de oprobio, dejando la insurrección con raíces más profundas y bajo la misma salvaguardia del virrey? . . . ¿Cómo había el virrey de cometer la bajeza y el escándalo de abatir su dignidad y la de la nación que representaba hasta tanto extremo de vergüenza y degradación?”

Don Fernando de Abascal, marqués de la Concordia, desaprobó los tratados de Lircay. Empezó a buscar un jefe a quien enviar a Chile con una nueva expedición realista.

Gáinza se veía destituido; según el encargo del virrey debía ser sometido a juicio. Se resignó humildemente a su desgracia y se abstuvo de provocar resistencia y dificultades, para lo cual, por otra parte, no habría encontrado cooperadores.

La historia de Chile ha señalado al general español su sitio: hombre de mundo, dotado de cierta cultura y de un trato agradable, era un militar mediocre, formado en el servicio de guarnición, sin experiencia en los negocios de la guerra y desprovisto de firmeza de alma para salir con valentía de una

situación apurada. Contento con los triunfos parciales que alcanzaron sus partidas al abrirse la campaña, llegó a persuadirse de que ésta no ofrecía dificultades de ninguna clase; pero los primeros contrastes lo perturbaron seriamente. Al fin perdió por completo su ánimo cuando las dificultades se hicieron más graves, y en la negociación del tratado desplegó una debilidad que casi haría dudar de la claridad de su juicio. Las incidencias del proceso que se le siguió, así como las últimas circunstancias de su carrera, revelan que Gáinza, sin ser un hombre torpe ni malo, no estaba a la altura del puesto que le había confiado el virrey del Perú⁴⁴.

El brigadier Gáinza, que había mandado durante algunos meses el ejército de Chile, no logró conquistarse simpatías entre sus subalternos. Su separación del mando, su enjuiciamiento y más tarde su envío a Lima, no suscitaron por esto mismo dificultades de ninguna clase. No era un luchador y en la hornacina de la historia su figura ostenta, más bien que la espada flamígera de la guerra, la pluma claudicante de la transacción^{45/46}.

¹MITRE. *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. Tomo I, pág. 341.

²BARROS ARANA, obra citada, Tomo IX, pág. 197. — RODRÍGUEZ BALLESTEROS. *Revista de la Guerra de la Independencia*. Tomo VI de Colecciones de Historiadores de la Independencia. Pág. 54.

³QUINTANILLA, *Memorias*. *Anales de la Universidad de Chile*, N° 100, año LXIII.

⁴BARROS ARANA. *Historia de Chile*, obra citada. Tomo 9, págs. 197, 198, 199, 200, 201, 202.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 82, 83, 84.—RODRÍGUEZ BALLESTEROS. *Revista de la Guerra de la Independencia*. Obra citada. Tomo VI. *Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la Independencia de Chile*.

⁵CARRERA, *Diario Militar*, pág. 75. (Relación de la toma de Talcahuano que hace el coronel De la Sotta).

⁶MANUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 82, 83.

⁷Del autor, *La Vida Heroica de O'Higgins*, págs. 70, 71, 72, 73, 74. Imprenta La Graciosa Nacional, Santiago, 1947, 312 páginas.

⁸MITRE, *Historia de San Martín y la Emancipación Sudamericana*. T. I, pág. 34.

⁹GAY, *Historia de Chile*. T. V., págs. 502, 503.

¹⁰FRAY MELCHOR MARTÍNEZ, *Memoria Histórica*. Obra citada. Tomo IX, página 325. — GARCÍA CARRAFA, *Enciclopedia Heráldica y Genealógica*. T. 68.—VIGNAU, VICENTE y VHAYÓN, FRANCISCO, *Índice de Pruebas de Caballeros que han vestido el hábito de Santiago desde el año 1501*. Madrid, 1901. Pág. 266.

¹¹BARROS ARANA, obra citada. Tomo IX, pág. 326.

¹²QUINTANILLA. Apuntes citados.

¹³MITRE, *Historia de San Martín*, etc., obra citada. Tomo I, pág. 346.

¹⁴MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 85.

¹⁵ENCINA, *Historia de Chile*. Tomo X, pág. 493.

¹⁶BARROS ARANA, *Historia de Chile*. Tomo XII, págs. 505, 506 y 510.—DIEGO JOSÉ BENAVENTE. *Primeras campañas de la Independencia*. Cap. V.—CARRERA, *Diario Militar*. Tomo I, págs. 162, 170, 206, 246. T. II. págs. 125, 128, 134, 145.—F. A. ENCINA. *Historia de Chile*. T. VII. Cap. XII.

¹⁷MITRE. *Historia de San Martín y la Emancipación Sudamericana*. T. I, págs. 348-349.

- ¹⁸RAÚL SILVA CASTRO. *Don Gonzalo Urrejola*. Anotaciones. Imprenta Universitaria. 1939, pág. 29.
- ¹⁹BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, pág. 127.
- ²⁰TORRENTE. *Historia de la Revolución de Chile*. En el tomo III de la Colección de Historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile, pág. 72 y sigtes. Santiago, 1900.
- ²¹RAÚL SILVA CASTRO. Obra citada, pág. 34.
- ²²ALVARO DE TRASMIERA (Claudio Solar Lantaño). *Don Clemente y don Ramón Lantaño ante el Bando de O'Higgins*, págs. 63, 64, 65. Imprenta F. A. 1950.—BARROS ARANA, *Historia de Chile*. T. IX, págs. 128, 185, 187. T. X, págs. 299, 300, 434, 436.
- ²³BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, págs. 128, 185, 187. T. X, págs. 299, 300, 434, 436.
- ²⁴BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. XI, págs. 263, 284, 334, 335, 465, 575, 579, 586, 491 649. T. XII págs. 90, 91, 102, 103, 108.
- ²⁵ALVARO DE TRASMIERA. *Don Clemente y don Ramón Lantaño ante el bando de O'Higgins*, obra citada, págs. 131, 132.
- ²⁶BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. X, pág. 454.—CUADRA GOMAZ. *Familias Chilenas*, págs. 558 y 578.
- ²⁷BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. X, pág. 454.
- ²⁸BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, págs. 261, 325, 333, 340, 370, 371, 537, 564, 578. T. X, págs. 453, 472, 490, 492, 497, 610.
- ²⁹MITRE. *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. T. II, págs. 21, 22.
- ³⁰DIEGO JOSÉ BENAVENTE. *Primeras campañas en la guerra de la Independencia*. Pág. 48.—CUADRA GOMAZ. *Familias Chilenas*. T. I, pág. 115.—BARROS ARANA. *Historia de Chile*, obra citada. T. IX, pág. 33.
- ³¹BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, págs. 132, 142, 162, 170, 171.—CARRERA, *Diario Militar*.
- ³²JULLIEN MELLET. *Voyage dans l'Amerique meridionale depuis 1808 jusqu'en 1819* (Agen, 1823) chap. 17.—CUADRA GOMAZ. *Familias Chilenas*. T. I, pág. 115.—RAÚL DÍAZ VIAL. *Archivo*.
- ³³QUINTANILLA. *Autobiografía*. Obra citada.—BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. X, págs. 435, 459, 589, 591, 602, 605.
- ³⁴ARCHIVO NACIONAL. *Real Audiencia*. Vol. 2247. — *Capitanía General*. Vol. 564.—*Capitanía General*. Vol. 991.—OPAZO MATURANA, GUSTAVO. *Archivo*.
- ³⁵BENAVENTE. *Campañas de la Independencia*. Cap. V, págs. 90, 108.—BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, págs. 186, 187. — CARRERA. *Diario Militar*, págs. 162, 166, 170.
- ³⁶Monitor Araucano, Número 13 del tomo II, parte oficial del capitán Bucras sobre el combate del Manzano. *Archivo Notarial de Quirihue*. Volumen 19, pág. 384.
- ³⁷BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. X, pág. 502.
- ³⁸VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 203. Santiago, Universidad de Chile, 1936. 817 págs. — BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, pág. 318.
- ³⁹VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 204.
- ⁴⁰MITRE. *Historia de San Martín y la Emancipación*, etc. T. I, pág. 354.—BARRO ARANA. *Historia de la Independencia de Chile*. T. II, pág. 296.
- ⁴¹MITRE. *Historia de San Martín y de la Emancipación*, etc. T. I, pág. 365.
- ⁴²MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*.
- ⁴³BALLESTEROS. *Revista de la Guerra de la Independencia*. Cap. III.
- ⁴⁴BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, pág. 514.
- ⁴⁵BARROS ARANA. *Historia de Chile*. T. IX, pág. 453, 515.
- ⁴⁶El proceso de Gainza terminó en 1816. Está reproducido en *Historiadores y Documentos relativos a la Independencia*

de Chile. Tomos XVI y XVII. Absuelto, fue a España, donde obtuvo el nombramiento de sub-inspector general del ejército de Guatemala (1820), y poco después, el General Urrutia, presidente de la Audiencia, Gobernador y Capitán General, delegó en él sus cargos. Al ocurrir la sublevación de Iturbide en México, los partidarios de la independencia de Guatemala propusieron a Gainza que hiciera lo mismo y como éste permaneciera indeciso, los americanos comenzaron inmediatamente a preparar el movimiento que estalló en la noche del 14 de septiembre de 1821 y el 15 se celebró una solemne Asamblea, proclamándose

la independencia el 23, siendo nombrado Gainza jefe del nuevo Estado. En este cargo dio muestras de incapacidad como en los anteriores. No supo oponerse a la anexión de Guatemala a México y continuó gobernando a nombre de éste como Capitán General, mientras que la provincia de San Salvador se separaba de Guatemala. Gainza envió una columna para someter dicha provincia, pero fue derrotado. En México se sospechó de Gainza, fue destituido y reemplazado por el General Filisola (22 de junio de 1822). Gainza terminó sus días en México.

La Reconquista

1814 - 1817

1. OSORIO

I

LA PRIMERA aparición de Osorio en Chile fue fantasmagórica. Corría el año 1813. Desde Concepción, donde dirigía la campaña, mandaba Carrera al gobierno las más alentadoras noticias sobre el éxito de las armas patriotas y las posibilidades de un definitivo triunfo. Todo en la capital parecía reconfortante y halagüeño, cuando el 19 de junio de 1813 se recibió un aviso enviado por el Gobernador de Valparaíso, transmitido por un propio que había venido a matabalho: Anunciaba una formidable invasión del territorio chileno en las provincias del Norte.

Decía el confidente que el 11 de junio se había acercado al puerto de Huasco una fragata española, llamada "San Juan", y que había enviado un pliego a las autoridades de Vallenar con la firma del coronel don Mariano Osorio, jefe de la tercera división del ejército invasor. Expresaba que ese buque formaba parte de la expedición que el virrey del Perú enviaba a Chile a las órdenes del brigadier don Joaquín de la Pezuela para ocupar Valparaíso y Coquimbo con un ejército respetable y exigía, bajo la amenaza de pasar a cuchillo a los pobladores del distrito, de saquear sus pueblos y confiscar sus bienes, que el subdelegado pusiese en el puerto, en el perentorio término de veinticuatro horas, trescientas mulas y doscientos caballos, para el transporte de su división y el carguío de sus bagajes.

El subdelegado patriota, que no tenía recursos ni para rechazar a cincuenta hombres, le contestó que antes de una semana sería imposible reunir los caballos y mulas que les pedían; y despachó a Santiago una comunicación alarmante contando lo sucedido y pidiendo auxilio.

El estupor en la capital fue grande. Apenas recibida la noticia, la Junta organizó los trabajos para la defensa del país contra una nueva invasión realista. No duró mucho, sin embargo, la alarma de Santiago. Doce días después de las primeras noticias, llegaron de Huasco otras menos terroríficas. La fragata española no había permanecido en el puerto más que dos horas, mientras sus marinos renovaban el agua. No volvió a aparecer en la costa.

Un buque mercante recaló después en Huasco y sus tripulantes declararon no haber avistado escuadra alguna.

No venía en la fragata el coronel Osorio; ni había tal expedición realista. El buque fantasma aparecido en Huasco era la fragata "Bretaña" que conducía al Perú al obispo de Concepción, Navarro Martín de Villodres, y a otros realistas fugitivos de Talcahuano: Jiménez Navia, Justis, Tejeiro, que se habían negado a servir bajo Sánchez. Despechados e iracundos, antes de retirarse del país, quisieron jugar una mala pasada a los patriotas y tramaron la faramalla¹.

II

DON MARIANO Osorio nació en Sevilla, en 1772, de gran familia española, de la casa de los Condes de Altamira. Estudió en la famosa Escuela de Artillería de Segovia, en los tiempos en que se requería información de nobleza para ingresar. Incorporado al servicio de esa arma al terminar sus estudios, había ascendido grado por grado y en 1808 asistió con el rango de capitán a los dos sitios de Zaragoza, en el segundo de los cuales recibió una herida en una pierna, que si bien lo tuvo postrado algunos meses, no le dejó inválido. Teniente coronel más tarde, luego coronel, Osorio fue enviado a Lima como comandante general de artillería y como profesor de matemáticas de la Escuela Militar, destinos que desempeñaba a satisfacción del virrey. Persuadido de que la reconquista de Chile no ofrecía dificultades, aceptó sin vacilación el cargo de jefe expedicionario que se le ofrecía.

Las fuerzas reunidas por el virrey alcanzaban a 600 hombres, de los cuales 50 eran artilleros y los demás soldados del regimiento de Talavera, que debía comandar el jefe de este cuerpo, coronel don Rafael Maroto. Reunió además el virrey algunos oficiales veteranos de caballería, destinados a disciplinar los cuerpos que se organizasen en Chile. Con grandes sacrificios logró dotar a la expedición de repuestos de armas, de municiones y de vestuarios; pero como socorros pecuniarios, sólo le fue dado suministrarle 50.000 pesos en dinero y algunas cantidades de azúcar y tabaco que debían ser vendidas en Chile para satisfacer los gastos de la campaña. Abascal creía que, a pesar de ser una expedición organizada en tan limitada escala, sería suficiente para consumir la reconquista y pacificación definitiva de Chile.

Dio Abascal a Osorio instrucciones del todo semejantes a las que había dado a Gaínza, sobre el modo de proceder con los chilenos, ofreciéndoles la paz a cambio de la sumisión, con un perdón general y olvido eterno de lo sucedido y, en el caso de no admitir esas proposiciones, debía proceder con la mayor actividad, atacándoles donde se encontrasen, persiguiéndoles sin descanso y sin darles tiempo a que se rehicieran, y continuando su marcha hasta apoderarse de la capital².

Entre tanto, en el campo patriota continuaba la disensión entre o'higginis-

tas y carrerinos; Carrera había derrocado a De la Lastra y hecho nombrar en una junta de corporaciones la nueva Junta de Gobierno que regiría el país, de las cuales él fue el verdadero jefe. En un comienzo, este movimiento tuvo algún apoyo popular, pues De la Lastra era Director Supremo cuando los repudiados pactos de Lircay.

Muchos patriotas fueron desterrados o presos por ser enemigos de Carrera; entre otros, el general Luis Mackenna, quien fue desterrado a Mendoza. O'Higgins no aceptó esta nueva revuelta de Carrera, que trastornaba el orden establecido, y negó su reconocimiento al nuevo Gobierno. Como no deseaba una lucha fratricida, propuso a Carrera un convenio; cuando perdió toda esperanza, resolvió avanzar sobre Santiago con su ejército. Carrera le resistió con el suyo, formado a toda prisa, mal armado y peor disciplinado. El 26 de agosto de 1814 las dos divisiones se encontraron en los llanos de Maipo y las tropas de O'Higgins fueron derrotadas, aunque no deshechas.

III

O'HIGGINS pensó rehacerse y atravesar el Maipo a fin de poner una barrera de tropas a su rival, y estaba reuniendo sus batallones, cuando el sonido de una corneta, instrumento que no se usaba en el ejército en dicha época, anunció la llegada de un parlamentario español. Era el oficial don Antonio Pasquel, que había venido detrás de la división de O'Higgins, calculando su marcha para no presentarse sino cuando los patriotas se hubieran destrozado entre sí. El virrey Abascal había desaprobado el convenio de Lircay y enviado desde el Perú un cuerpo de tropas a continuar la guerra.

El auditor de ejército de los realistas, que asesoró a Gaínza en los pactos de Lircay, y que lo fue don José Antonio Rodríguez Aldea, advirtió al auditor de guerra patriota, Jaime Zudáñez, que el general español no estaba autorizado para tratar de las condiciones del convenio. Los patriotas no dieron importancia a la observación; les interesaba el pacto para ganar tiempo. Abascal obró dentro de sus derechos desaprobando el convenio.

Pasquel entregó a O'Higgins los pliegos de Osorio en los cuales intimaba "A los que mandan en Chile" (título del sobre del oficio), que no les quedaba otro medio de salvarse que rendirse a discreción, porque si no, "venían con la espada y el fuego, a no dejar piedra sobre piedra en los pueblos que, sordos a su voz, rehusasen someterse".

Carrera, aun cuando vencedor, propuso, ante el peligro común, un avenimiento a O'Higgins. Don Bernardo aceptó la reconciliación y con gran nobleza de alma, le ofreció servir bajo sus órdenes. Fue el 2 de septiembre de 1814.

Para dar un ejemplo de concordia a sus subalternos, se pasearon juntos del brazo por la ciudad, vivieron como hermanos en una misma casa y dirigieron a sus tropas proclamas firmadas por uno y otro³.

IV

LA LUCHA se presentaba desigual. Osorio reunió cerca de cinco mil hombres, bien armados y equipados: veteranos de las guarniciones de Chiloé, Valdivia y Concepción, y era su principal arma los famosos Talaveras.

Los patriotas no tenían dinero y, en un esfuerzo máximo, lograron reunir cuatro mil hombres, sin instrucción militar, mal armados y peor equipados.

O'Higgins concibió, como plan estratégico, la defensa de las riberas del Cachapoal y, si esto no era posible, la defensa de Rancagua por el grueso del ejército. La última división patriota debía atacar al enemigo por la espalda, cuando estuviera trabado el combate. Carrera aprobó el plan. O'Higgins mandaba la vanguardia, compuesta de 1.555 soldados; don Juan José Carrera, la segunda división con 1.861 soldados; y don Luis Carrera, la tercera formada de 915 milicianos de caballería.

Osorio atravesó sorpresivamente el Cachapoal por uno de sus muchos vados, la noche del 30 de septiembre y, a la mañana siguiente, todo su ejército se encontraba en la ribera Norte.

V

EN EJECUCIÓN del plan de guerra, O'Higgins había ocupado Rancagua el 20 de septiembre de 1814, e inmediatamente inició las tareas de fortificación de la ciudad.

Al tener conocimiento que Osorio había atravesado el Cachapoal, trató por todos los medios a su alcance de detenerlo. Supo, entonces, que la segunda división, al mando de don Juan José Carrera, había visto dispersada sus milicias de caballería y se refugiaba desordenadamente en Rancagua. O'Higgins, ante tal hecho, reconcentró sus fuerzas y entró en la plaza en columna cerrada. Iba a iniciarse la epopeya máxima de la Independencia: Rancagua. O'Higgins tomó el mando de la plaza: Era más antiguo don Juan José Carrera, pero éste declinó la responsabilidad en el ya famoso guerrero. El 1° de octubre, a las 10 de la mañana, atacaron los realistas durante una hora, y en vista de la resistencia de los patriotas, tuvieron que retroceder. A las dos de la tarde atacaron nuevamente.

O'Higgins, a caballo, seguido por sus ayudantes, recorre las calles de Rancagua, vigila las trincheras, reparte municiones, ordena, impulsa, levanta los ánimos, da a todos el ejemplo magnífico de su serenidad y su fe. Los realistas, después de un tercer ataque, comprenden que la resistencia es demasiado grande y se retiran a tomar aliento. Dos horas más tarde inician una nueva acción: construyen ahora trincheras, hostilizados por los patriotas. Pero tienen a su favor la superioridad del número. Tras dos horas de continuo cañoneo, los Talaveras atacan con fiereza. Son recibidos a punta de bayoneta.

Y en todas las trincheras de Rancagua flamea la bandera de Chile con un crespón negro, señal de que se combatirá hasta la muerte.

La noche puso una tregua en aquella contienda sangrienta y dio un momento de descanso a la heroica resistencia de los patriotas.

Desalentado, Osorio estuvo por suspender el cerco; pero tuvo miedo de ser perseguido. Concibió entonces un recurso supremo que le dio el éxito: Cortó el canal que surtía de agua a las acequias de la población, privándola así de bebida. Y a la mañana siguiente se reanudó la lucha.

Toda la mañana del día 2 de octubre continuó la heroica resistencia patriota; se defendían como leones; disparaban sus últimos cartuchos.

El fuego, las balas y la sed acosaban a los sitiados. "Se veían obligados a mojar sus cañones con orines, porque hasta para eso les faltaba el agua".

O'Higgins no se altera... El enemigo ataca nuevamente. No hay agua, no hay municiones. El sol abrasa. Quema el aire caldeado por los incendios. El cielo es nube de humo enrojecido. Un clarín anuncia parlamento. Una bandera blanca ofrece rendición. Una descarga cerrada y los gritos de ¡Viva la Patria! son la única respuesta.

El abanderado Ignacio Ibieta, roto ya un brazo, levanta en el aire la bandera tricolor que flamea con un negro crespón. Rancagua no se rendirá: Se combatirá hasta el fin.

El sol del mediodía asoma su disco rojo por entre un cielo ceniciento de caldeado humo. Al terminar la batalla los patriotas, a falta de balas, "cargaban con pesos fuertes sus cañones".

Pero al fin triunfó la superioridad numérica de los realistas, sus mejores posiciones, su disciplina.

A las tres de la tarde la batalla estaba perdida para los patriotas. O'Higgins, el gran héroe de esta derrota gloriosa, con "pasmosa calma", formó una columna de quinientos hombres de a caballo, sable en mano, y con ellos rompió las filas enemigas y salió de la ciudad, sin que los asombrados batallones de Osorio pudieran alcanzarlo...⁴.

A sus espaldas, Rancagua, inmensa pira, ardía por sus cuatro costados, y en la llama devoradora, se calcinaban los cuerpos destrozados, los corazones sufrientes y heroicos de los chilenos. Y en la gran hoguera en que la tarde ardía, se iban reduciendo a cenizas los esfuerzos, las ilusiones, los sacrificios y la esperanza de los patriotas.

VI

LA VICTORIA de los realistas era completa y Chile estaba perdido. Osorio era vencedor.

Todos los militares, todos los que tenían compromisos serios y temían las venganzas de los realistas, buscaron como interponer entre ellos y sus perseguidores la formidable barrera de los Andes. Más de dos mil personas corrie-

ron a Mendoza por entre las breñas de la cordillera, como Dios les ayudó y sin saber qué suerte les estaba deparada al término del viaje.

Carrera protegió la retirada de los fugitivos con las reliquias de su ejército; el 11 de octubre se batió todavía con los realistas en la ladera de los "Papeles" y, al día siguiente, pasó, el último de todos, la cumbre de los Andes, desde donde arrojó también la última mirada sobre los hermosos campos de su patria, que nunca había de volver a ver.

VII

OSORIO, el vencedor de Rancagua, fue el primer gobernador español de la Reconquista, y el penúltimo de los gobernadores del Rey.

Osorio no era un hombre cruel, y habría mostrado la generosidad de su alma si la política absolutista impuesta por el regreso de Fernando VII al trono de sus mayores no le hubieran obligado a adoptar medidas de torpe represión. Así, tuvo el sentimiento de ordenar la prisión de doscientos patriotas; de enviar a treinta de ellos a la isla grande de Juan Fernández; de imponer duras contribuciones sobre los bienes de los mismos, y de establecer un tribunal de vindicación. Su gobierno, en estas condiciones, debió actuar con prodigioso tino y habilidad.

Don Mariano Osorio, gran señor, habría pasado a la historia de Chile como la encarnación del militar español: valiente en la contienda, generoso y magnánimo en la paz, si no hubiese estado rodeado por consejeros implacables. Los empréstitos forzosos que cobró, las contribuciones sobre los nativos, las exacciones de las tropas en todo el territorio, fueron las únicas rentas que contó Osorio para el sostén de su administración. Cuando se agotó esta fuente de recursos, hubo de recurrir a las confiscaciones de los bienes de los patriotas más connotados.

Una sorda insurrección empezó a germinar en los ánimos de los chilenos en contra de la dominación española de la Reconquista.

VIII

EL GOBIERNO de Osorio tenía sus días contados: El virrey Abascal, aún cuando en oficios a la Corona le recomendaba por sus méritos, en otros, secretos, lo delataba como un funcionario blando, despreocupado y presuntuoso. La Corona, aún cuando reconoció sus servicios designándolo Brigadier, resolvió sustituirlo en la Gobernación de Chile; bien pronto fue designado Gobernador don Francisco Casimiro Marcó del Pont.

Osorio no se dio por entendido del desaire, si lo había, y se portó como quien era, como un señor. Recibió al nuevo gobernador con toda cortesía y deferencia; le entregó el mando y no demostró en ningún instante ni amargura ni rencor, sino antes bien, una gran fidelidad al Rey. Había gobernado Chile

por espacio de un año; su gobierno, aunque estéril en obras administrativas, había en apariencia apaciguado los espíritus. Pero otra cosa era en el fondo. Bajo el aparente orden público y el restablecimiento del antiguo régimen, en los corazones chilenos se seguía fraguando la revolución.

Osorio permaneció cinco meses en Valparaíso, antes de regresar al Perú. Los buques corsarios infestaban los mares de Chile; y los barcos mercantes, encerrados en Talcahuano o en Valparaíso, no se atrevían a lanzarse a la mar. Uno de éstos, el "Aguila", llevó al Perú al Brigadier.

Poco tiempo permanecería allí, pues volvería a expedicionar sobre Chile. Entre tanto, el gobierno de Marcó del Pont precipitaba los acontecimientos. El Ejército Libertador se formaba y adiestraba al otro lado de los Andes. Y en febrero de 1817, victorioso, en Chacabuco, pone fin a la dominación española de la Reconquista. Cinco días después de la batalla, el 17 de febrero, don Bernardo O'Higgins es elegido, por un cabildo abierto celebrado en Santiago, Director Supremo de Chile.

IX

EN 1817, Don Joaquín de la Pezuela, nuevo virrey del Perú, dio la mano de su hija al Brigadier Osorio. Las bodas se realizaron con gran pompa y aparato en la Ciudad de los Reyes, y tuvieron el esplendor antiguo de las bodas vi-reynales. Chile, en esta oportunidad, jugó una mala pasada a su ex-Gobernador. Corrían los tiempos del gobierno de don Bernardo O'Higgins y los patriotas, fogosos de entusiasmo, perseguían con ahinco los restos del dominio español. El comercio marítimo de España sufrió con esto no poca inquietud. En octubre de 1817, creyendo que en Valparaíso aún dominaban los realistas, se acercó la fragata española "Perla". El bergantín chileno el "Aguila" le dio caza: la fragata española se rindió sin oponer resistencia. Traía valiosas mercaderías y entre ellas el menaje de casa y el ajuar que el virrey, don Joaquín de la Pezuela, había pedido a España para su hija, a la sazón prometida de don Mariano Osorio. Estos muebles fueron vendidos en Santiago, y familias chilenas republicanas los compraron con mucho aprecio, menos por su valor que por su significación.

X

DON MARIANO OSORIO instruía en El Callao a un ejército de buenas tropas recién llegadas de España. Se proponía reconquistar de nuevo el reino de Chile perdido por Marcó en Chacabuco. Tenía ya listas las naves que debían transportarlas, cuando supo el gobierno chileno este proyecto y tomó las primeras medidas para reprimirlo, concentrando todo el ejército patriota al Norte del Maule.

Don Mariano Osorio recibió de su suegro, don Joaquín de la Pezuela, vi-

rrey del Perú, el mando de la nueva expedición reconquistadora. Ya era a la sazón, por gracia del virrey, Comandante general de artillería y de maestranza del Perú. Tras el ingrato agravio de Abascal, el favor de Pezuela encumbraba a Osorio: "La aptitud y conocimientos del Brigadier Osorio, decía Pezuela a los ministros del Rey, están bien acreditados en el general concepto, desde que ha tenido la gloria de haber sojuzgado el mismo país en el corto término de setenta días y que probablemente hubiera sabido conservar a su soberano . . . ; y aunque no llene su comisión en tan corto término como la vez pasada, porque son muy diversas las circunstancias y tiene que lidiar con mejores y más numerosas tropas, es sin duda, el hombre más a propósito, por todos títulos, para desempeñarla".

El plan de campaña estaba bien concebido y hubiera dado grandes resultados si la sorpresa le hubiera apoyado y los patriotas no hubieran tenido ningún conocimiento de él. Osorio debía desembarcar en Talcahuano, península que resguardaban 1.700 españoles, incorporar a éstos a su ejército y buscar al enemigo hasta batirlo.

XI

O'HIGGINS, Director Supremo de Chile después de la victoria de Chacabuco, decidió despejar el país de realistas, los que se habían agrupado en la provincia de Concepción y ocupaban la mitad del territorio. La primera preocupación del gobernante había sido formar un ejército nacional, independiente del chileno-argentino que atravesó los Andes. Militares chilenos de prestigio fueron encargados de organizar en Santiago y Aconcagua regimientos de caballería, artillería e infantería. No era el propósito de O'Higgins separar ambos ejércitos, sino reunirlos en las campañas que pensaba iniciar tanto en el interior como en el exterior del país. Ambos reconocieron un jefe: El General Don José de San Martín.

La guerra continuaba en el sur. Unidos los jefes patriotas, Freire y Las Heras, ocuparon la ciudad de Concepción en abril de 1817. Pero su puerto, Talcahuano, continuaba en poder de los realistas; era su nido de hierro, su puerta abierta para recibir recursos del Perú.

O'Higgins dejó la capital y se dirigió al Sur con su ministro Zenteno. En Talcahuano, estaba el famoso coronel realista Ordóñez.

Antes de llegar a Concepción, supo O'Higgins que Ordóñez acababa de aumentar sus fuerzas con un considerable refuerzo enviado por el virrey del Perú. En esta ocasión, Talcahuano fue para los patriotas tan inexpugnable como lo había sido Chillán en 1814.

Aún no se habían acallado en Santiago los ecos del desastre de Talcahuano, cuando conoció el Gobierno los detalles completos de la expedición realista que, al mando del general Osorio, estaba bordeando las costas de Chile (11 de diciembre de 1817). De acuerdo San Martín y O'Higgins, decidieron que

los patriotas, con gran premura, se replegaran hacia el Maule. El 5 de enero de 1818 empezó O'Higgins la marcha retrógrada hacia el Norte, abandonando su campamento frente a Talcahuano. Con él se retiraron las familias penquistas que tenían el renovado coraje español. Más de cincuenta mil personas emigraron con este motivo. Cuando el 18 de enero de 1818 fondeó en Talcahuano la segunda expedición de Osorio, los patriotas ya estaban a muchas leguas de aquel puerto.

Fue aquella una retirada legendaria, pues detrás de las huestes de O'Higgins, la tierra iba quedando desnuda y yerma y, como bajo los cascos del caballo de Atila que por donde pasaban no brotaba más el pasto. O'Higgins decidió privar de recursos a los realistas, que a su desembarco encontraron sólo hambre y desesperación. Se sacaron cuantos animales y caballos había en la provincia, se llevaron las cosechas, se arrasaron las haciendas. Se quemaba todo cuanto no se pudiera llevar.

Una muchedumbre de mujeres tristes, de niños medio desnudos, de campesinos indignados, sacados, en el corazón del verano, de sus campos ubérrimos, llevando consigo enseres domésticos y arreando sus animales, acompañaba la retaguardia de O'Higgins. Y tenía una grandeza de antiguo pasaje bíblico aquel éxodo incendiario y amargo, dirigido por un jefe ilusionado e inexorable, que por donde pasaba iba dejando devastación y ceniza.

XII

DON MARIANO Osorio designó a Ordóñez, el incansable defensor de Talcahuano, brigadier; y Jefe del Estado Mayor al coronel don Joaquín Primo de Rivera, joven y brillante oficial español.

El ejército expedicionario contaba más de 3.000 hombres, con dos batallones de infantería y algunos batallones de lanceros y artilleros peninsulares. Concepción, desocupada por los patriotas, fue tomada sin resistencia. Los realistas, como en la expedición de Pareja, como en la de Gáinza, como en la anterior de Osorio, seguían rápidos su avance hacia el Norte, en busca de la capital.

XIII

MIENTRAS se preparaba la batalla, con increíble fe, audacia y valentía, O'Higgins hizo proclamar la Independencia de Chile, "previo un plebiscito en que todos los habitantes manifestaron su decidida voluntad de constituirse en nación libre", el 12 de febrero de 1818, aniversario del triunfo de Chacabuco, en las provincias que estaban libres de la dominación española entre el Maule y Copiapó. Seguidamente juraron las corporaciones y hubo increíble regocijo y fiestas populares.

XIV

OSORIO pasó el Maule. San Martín ya no dudó que la suerte del país se decidiría en las provincias centrales y ordenó que la división de Valparaíso se juntara a la de O'Higgins.

En Chimbarongo, al norte de Curicó, el 11 y 12 de marzo de 1818, se concentraron 6.600 soldados de línea, de los cuales 1.700 eran de caballería con 33 cañones de campaña.

Osorio, avizor, y considerando la superioridad numérica del ejército patriota, se retiró a Talca.

En la tarde del 19 de marzo, San Martín estaba acampado al noroeste de Talca, a dos kilómetros de la ciudad; Osorio, en la ciudad misma.

Un ataque sorpresivo de las tropas de Osorio, mandadas por el coronel Ordóñez, significó para los patriotas la derrota de Cancha Rayada, cuyo efecto moral fue muy superior al perjuicio efectivo que acarrearía el desastre.

El ejército chileno en Cancha Rayada había sido dispersado, pero no estaba aniquilado. San Martín reunió cerca de dos mil hombres y acampó en el llano de Maipo al Sur de Santiago, el 29 de marzo, en el mismo lugar en que se encontraba la división salvada por Las Heras: formaban en conjunto un buen ejército, probado ya en las batallas, disciplinado y dispuesto a vencer o a morir⁵.

El 5 de abril de 1818 se dio la batalla que debía decidir la libertad de Chile. Empezó a las once y media de la mañana. Osorio había avanzado sobre Santiago. La víspera de la batalla los dos ejércitos durmieron a la vista.

El estampido del cañón hizo saber a los decididos y dolientes habitantes de Santiago, que en Maipú se estaba librando la batalla que decidiría la suerte del país. Los patriotas ocuparon las lomas de Los Cerrillos y los realistas las casas de la Hacienda Lo Espejo y se extendieron en línea por sus alrededores.

O'Higgins, a quien la fiebre tenía postrado en la cama, escuchaba el estampido del cañón que él tanto conocía y que enardecía su sangre impaciente. No pudiéndose contener más, se hizo conducir al campo de batalla, debilitado como estaba.

XV

ANTES DE PARTIR, aquel guerrero infatigable, cuya espada había conquistado para la patria definitivas victorias que determinaron su independencia, demostró su religiosidad y su fe en los auxilios divinos que apoyaron sus probadas fuerzas humanas, voto que dio un carácter sagrado de guerra santa a la causa de la Independencia. Encomendó la decisión de la batalla al patrocinio de la Virgen del Carmen, y dispuso que "se levantará una iglesia en testimonio de la gratitud de los chilenos a Nuestra Señora del Carmen, en el sitio en que las armas de la patria obtengan la victoria definitiva de la libertad". Este

voto O'Higgins lo formalizó con su firma después de la victoria, por Decreto Supremo de 7 de mayo de 1818.

O'Higgins tuvo la dicha de presenciar el triunfo de los patriotas y de colaborar en el afianzamiento de la victoria.

El combate duró tres horas. Las columnas de Las Heras lucharon con fiereza contra las del coronel Morgado y consiguieron desorganizar el ala izquierda realista. Borgoño dirigió la artillería con acierto, desorganizando las tropas de Ordóñez, y los cazadores de don Ramón Freire las acabaron de desordenar, produciendo entre ellas el pánico y la dispersión. En el momento decisivo, San Martín cargó con toda la reserva, robusteció a los cuerpos patriotas que, agotados, empezaban a flaquear, y provocó la retirada de los realistas. En la refriega, Bueras, comandante patriota, cayó con el pecho destrozado por una bala de fusil.

Osorio emprendió la retirada, bajo la protección de los restos del regimiento de dragones de la frontera; pero el infatigable Ordóñez no se resignaba a perder y se parapetó en las casas de Lo Espejo.

O'Higgins ubicó rápidamente al general San Martín que estaba con el Estado Mayor patriota, por una bandera tricolor enarbolada como insignia; y rápidamente, al galope, estuvo al lado del Libertador a quien, sin desmontar del caballo, abrazó con su brazo izquierdo, exclamando:

—¡Gloria al salvador de Chile!

—General, —respondió San Martín—: Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que en el día de hoy se presentó al campo de batalla en ese estado.

Balcárcer, brigadier argentino, cometió el indiscutible error de introducir a los cazadores de Coquimbo en el callejón que conducía a las casas de la hacienda, con el propósito de desalojar a Ordóñez. Sacrificó inútilmente a sus soldados a la metralla enemiga. La lucha iba de nuevo a comenzar. La llegada de O'Higgins y San Martín decidió la victoria. Las brigadas de artillería, al mando de Blanco Encalada y de Borgoño, destrozaron las resistencias realistas y abrieron brecha hasta ocupar las casas de Lo Espejo en un asalto heroico, de lucha cuerpo a cuerpo. Los realistas se retiraron. Habían dejado 1.500 prisioneros, número que fue aumentado de día en día hasta completar 2.289. Además, dejaron en manos de los patriotas toda la artillería y gran cantidad de fusiles y municiones. Ordóñez, tres coroneles y cinco comandantes de cuerpo del ejército realista estaban entre los prisioneros^a.

XVI

A DON MARIANO Osorio le tocó en la guerra de la emancipación un rol zigzagueante y definitivo por sus consecuencias. Vencedor arrogante en Rancagua, va a amagar las primeras llamas del sentimiento libertario de los chilenos. Primer gobernador de la Reconquista española, pese a sus medidas impolíti-

cas y forzadamente despóticas, deja la impresión de un militar generoso y un caballero cabal. Después de la derrota del ejército de Marcó del Pont, el último de los gobernadores reales, en Chacabuco, nuevamente es designado para expedicionar sobre Chile y defender el estandarte del Rey.

Pero esta vez su arrogancia y la de sus brillantes lugartenientes, Ordóñez, Primo de Rivera, ya nada pueden contra la decidida resistencia de un pueblo que ha encontrado su camino de libertad.

La victoria patriota de Maipú significó la definitiva derrota del ejército real.

Pero todavía quedará un reducto en Valdivia y otro más al Sur, en Chiloé. Y por los sombríos bosques de la frontera, algunos infatigables y empecinados guerrilleros, que, entre indios y bandoleros, continúan defendiendo, con una furia de poseídos y con valor indomable, la causa del Rey.

XVII

NO ALCANZABA todavía el gobierno patriota a disfrutar de la significación del triunfo de Maipú, cuando supo que el Rey enviaba una nueva expedición desde Cádiz. La noticia de la salida de la gran expedición española llegó a la capital el 24 de agosto de 1818. O'Higgins, y su ministro Zenteno, desplegaron el más grande celo en alistar con la mayor ligereza la recién formada escuadra que a costa de innarrables sacrificios había logrado crear el Gobierno. En medio de estos afanes, recibió O'Higgins una noticia que venía a simplificar la situación. Agentes del Gobierno comunicaban desde Concepción que el general Osorio se había embarcado en Talcahuano con la mayor parte de las fuerzas que tenía bajo su mando y dándose a la vela para el Perú (5 de septiembre de 1818). Este acontecimiento, feliz para los patriotas, fue causa para que más tarde se hicieran a Osorio y al virrey del Perú las más grandes acusaciones, imputándoles el haber privado a la nueva expedición que venía de España, de un gran auxilio y el haber preparado así un segundo desastre⁷. Un nuevo y último zig-zag en la línea de aciertos y de errores que, en la defensa del Rey, tuvo el brigadier don Mariano Osorio.

2. EL MARISCAL DE CAMPO DON FRANCISCO CASIMIRO MARCO DEL PONT

I

CON GRAN expectación, los habitantes de Valparaíso, vieron en la clara tarde del 19 de diciembre de 1815 fondear en la rada la fragata "Javiera" (ex "Warren"), que traía al nuevo gobernador de Chile. Llegaba el mandatario

con un numeroso séquito de mayordomos y servidores, un verdadero enjambre de criados, asistentes y maestresalas; y más de ochenta cajones y grandes baúles que contenían sus muebles y su rico atuendo.

Al recibir su nombramiento, habíase preocupado antes que nada de traer a Chile un tren de casa y de servicio, que deslumbrara a sus gobernados, y que lo realzara sobre los otros gobernantes que habían regido este país.

Seis días más tarde alojaba en la chacra de don Pedro Prado, ex-vocal de las Juntas de Gobierno de Carrera, legua y media al poniente de Santiago. Osorio le visitó en la casa, con gran complacencia de Marcó, que tenía un carácter afable y dulce y maneras corteses. La entrada del gobernador a Santiago y los juramentos ante el cabildo y la Audiencia se efectuaron el día 26, con extraordinario boato y solemnidad, como si la capital presintiera que iba a presenciarlos por última vez.

El nuevo presidente dirigió dos proclamas, una al ejército y otra al pueblo chileno. El encabezamiento constaba de diez líneas: "Don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Angel, Díaz y Méndez, caballero de la Orden de Santiago, de la real y militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lys, maestran-te de la real de Ronda, benemérito de la patria en grado heróico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior gobernador capitán general, presidente de la Real Audiencia, superintendente subdelegado del general de real hacienda y del de correos, postas y estafetas y vicepatrono real de este reino de Chile" . . .

Todo chocaba en el nuevo presidente a los rudos soldados chilenos; su fautitud ingenua, su lujo, su presunción. Tras los prodigios de sagacidad y tino desplegados por el hábil gobierno de Osorio, la elección de un individuo sin un extraordinario valor físico y moral, constituía un gravísimo peligro en los azarosos días en que se jugaba el destino de la dominación española en Chile. Su elección para el cargo de gobernador del reino, que provocó grandes molestias entre los funcionarios, militares y elementos realistas, fue una necedad que debe atribuirse más a los mandatarios que lo nombraron que al propio favorecido.

Sin imaginación para darse cuenta de la aventura en que se había embarcado, pensó gobernar deslumbrando con sus ropas, muebles y condecoraciones. En realidad lo consiguió, y aún se recuerda la ostentación y lujo de su corte, la preciosa carroza que trajo, toda dorada y tallada; (que se conserva); los magníficos tapices, brocados y colgaduras que adornaron y taparon las desnudas paredes del palacio de los presidentes de Chile; las ricas porcelanas, vajillas y quincallería y, por sobre todo, los sombreros y trajes profusamente recamados de oro que vestía, guarnecidos el cuello y los puños de riquísimos encajes. Su distinguida figura, vestida de punta en blanco en las ceremonias oficiales, tenía un empaque de viejas elegancias cortesananas y traía a estos rús-

ticos extremos del mundo un perfumado recuerdo de la época galante de los Borbones franceses.

Como todos los débiles, Marcó empezó por rodearse de los más enérgicos, despóticos y crueles oficiales españoles del Regimiento de Talavera. Incapaz él mismo de decidir, demasiado blando para castigar, dejó esta tarea a sus esbirros. Su gobierno, en aquellas circunstancias, era el más gravísimo peligro que la administración española añadía a los muchos que ya existían para su permanencia.

Marcó del Pont empezó su administración pensando que había arribado a una Arcadia feliz. El tiempo que le dejaba libre, y no era mucho, el atavío y atuendo de su persona, lo consagraba a recorrer los hospitales, los otros establecimientos de beneficencia, los cuarteles y a revistar las tropas.

II

DON FRANCISCO Casimiro Marcó del Pont, Angel, Díaz y Méndez, nació en Vigo, por 1770. Venía de una familia de "pacíficos comerciantes"; fue destinado sin embargo a la carrera militar. En 1784 fue cadete en el regimiento de infantería de Zaragoza y, durante algunos años, sirvió en la guarnición de Orán. Trasladado a Cataluña, en 1793, Marcó hizo la campaña del Rosellón contra los ejércitos franceses y asistió a las tomas de las plazas de Port-Vendres, de Colliure y de Elne. El 20 de mayo de 1794, en una salida de la plaza de Colliure para ir a reforzar el fuerte de Saint-Elne, Marcó cayó prisionero y sólo recobró su libertad en julio del año siguiente, con motivo de la celebración de la paz de Basilea. Después, en la campaña de Portugal, alcanzó el grado de teniente coronel y el de comandante de uno de los batallones del regimiento de Tarragona.

La invasión francesa de 1808, halló a Marcó en ese rango, pero ella le dio un nombre en el ejército español y fue el origen de su subsiguiente elevación. Prestó sus primeros servicios en la defensa de las líneas de Benasque, en la frontera de Aragón. En julio de ese año, durante el primer sitio de Zaragoza, Marcó defendía la puerta llamada del Portillo; y aunque su conducta posterior no permite creer que entonces se condujese como un héroe, es lo cierto que la historia recuerda su nombre, colocándolo entre los denodados defensores de esa plaza.

Prisionero de los franceses en uno de esos combates y llevado a Francia, se le dejó vivir en París, pero bajo la vigilancia de la policía, hasta la restauración de Fernando VII en 1814. Reincorporado inmediatamente al ejército, en el rango de brigadier, fue ascendido al año siguiente a mariscal de campo⁸.

Se debió este rápido ascenso a la influencia de su hermano Juan José, acaudalado comerciante gallego, absolutista ardoroso y cortesano favorecido por Fernando VII.

El Rey, desatendiendo los servicios de Osorio, y la petición de los diputados chilenos realistas Urréjola y Elizalde que habían ido a España, entre otras co-

misiones, a pedir el mantenimiento de Osorio en Chile, designó a Marcó del Pont gobernador y capitán general del reino de Chile y presidente de su Real Audiencia⁹.

III

LA HISTORIA americana no ha sido benévola con Marcó del Pont. Los retratos suyos que en ella hemos recogido, están cargados de tintas sombrías y cepias oscuras.

“El Presidente de Chile —dice el historiador argentino general Mitre— cruel, como todos los tímidos con poder, había colmado el sufrimiento de los chilenos con su tiranía, y no contaba, para sostenerla, ni con la opinión del pueblo, ni con la confianza de sus propios subordinados, que lo reconocían incapaz para defender el reino. Los bandos por él expedidos, forman el código más bárbaro que haya regido a una sociedad civilizada. Las ciudades eran cárceles y las casas eran calabozos; nadie podía moverse de ellas. Las menores contravenciones tenían pena de azotes y los jefes de partidas sueltas estaban autorizados hasta para fusilar a los trasgresores sin más trámite que la formación de un sumario y dar cuenta. Era crimen reunirse dos personas o embozarse en la manta o capa. Un “Tribunal de vigilancia y seguridad”, con facultades extraordinarias y formas inquisitoriales, funcionaba en permanencia, acogiendo en secreto todas las delaciones que se le dirigían y, verbalmente, pronunciaba sus sentencias, con la sola limitación de consultar al presidente las penas de expatriación, perdimento de miembros o muerte. El cerro de Santa Lucía había sido convertido en una Bastilla, con dos castillos artillados, que hizo levantar con el dinero y las manos de los mismos oprimidos, declarando públicamente que era para enfrenarlos¹⁰. El ejecutor de todas estas iniciativas era un fraile apóstata, llamado San Bruno, señalado por su valor en el sitio de Zaragoza, que había sido el perpetrador de las matanzas en las prisiones, bajo el gobierno de Osorio, y que, poseído de un odio feroz contra los americanos, llevaba sus persecuciones hasta el fanatismo, con las formas más degradantes. Para colmo de humillación, los nativos, reducidos a la condición de esclavos conquistados, eran obligados a asistir de gala y a caballo en las procesiones triunfales de los españoles, pero sin espada y con las pistolas vacías, bajo pena de multa y destierro. La vida se había hecho insoportable a los chilenos, y la miseria, resultado del bárbaro sistema financiero, de exacciones fiscales y pillaje de la soldadesca sin freno, colmaba la desesperación. Así, Marcó, con su política torpe, exagerando el sistema de persecuciones de Osorio, llegó a hacerse más odioso y más despreciable que él y contribuyó a despertar el patriotismo adormecido, por los mismos excesos con que pretendía matarlo”¹¹.

“Era un ente tan presuntuoso como necio, —dice don Miguel Luis Amunátegui—, tan cobarde como sanguinario, que se perfumaba como una mujer y gobernaba a los chilenos como un déspota. Fue particularmente la personificación verdadera de ese período de tiranía”¹².

Barros Arana juzga algo más benévolamente a Marcó. Dice: "Esta conducta, sin embargo, era aconsejada por un error de concepto y no por una deprecación del espíritu. Marcó parecía percibir que su gobierno descansaba sobre un suelo movedizo, expuesto a conmociones violentas e inmediatas y creía que sólo los medios de represión vigorosa y enérgica podían impedirlos. De ahí sus providencias para mantener el régimen de persecuciones y sus deferencias por los oficiales que parecían más empeñados en sostenerlo. Por lo demás, y fuera de los casos en que se trataba de impedir todo síntoma de insurrección, Marcó dejó ver en muchas ocasiones un espíritu justiciero, un deseo marcado de regularizar la administración y el propósito de cortar abusos".

IV

ENTRE TANTO, en Argentina, el Libertador José de San Martín, con los refugiados chilenos emigrados después de Chacabuco, formaba un gran ejército libertador, que, emancipando definitivamente a Chile, país que ya había luchado por su libertad, pasase al Perú y destruyese para siempre la dominación española en su centro y en su eje, en el país virreynal.

"La figura de este guerrero famoso es una de las más prominentes de la revolución americana —dice don Miguel Luis Amunátegui—. Grande por el genio, grande por los resultados que obtuvo, ocupa el segundo lugar en la numerosa falange de ilustres capitanes que se inmortalizaron en la guerra de la independencia. Sólo se encuentra inferior delante de Bolívar¹³.

Había militado con brillo en las tropas españolas y su nombre es citado con elogio en el parte de la batalla de Bailén.

Las armas y la astucia más refinada fueron siempre las dos palancas que San Martín empleó para realizar sus propósitos. Como el general de Maquiavelo, tenía algo del león y algo del zorro. Valiente e instruido como militar, lo era aún más hábil como diplomático. Por temible que fuera en un campo de batalla, lo era todavía mucho más dentro de su gabinete, fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardidés para envolver a sus enemigos . . .".

Lima era la metrópoli de la dominación española en esta extremidad del Nuevo Mundo; el Perú, el centro de sus recursos; el virrey, el jefe visible de los realistas en estas comarcas. A nadie se ocultaba que, mientras no se aniquilase ese foco de realismo, la guerra no tendría término".

Este era el hombre que iba a acometer ese plan. Y para ahogar en Lima el poderío de los reyes de Castilla, pensó que era camino más corto y trillado pasar por Chile y atravesar el océano, y no empeñarse en hacerlo por el Alto Perú, como hasta entonces se había intentado, sin éxito. Era indispensable hacer triunfar definitivamente en Chile la causa de la Independencia, para poner en práctica todo el plan. San Martín, que lo había elaborado, determinó también ejecutarlo y lo llevó a cabo con apoyo de los patriotas y mili-

tares chilenos y argentinos, a despecho de la naturaleza y de las circunstancias.

Formó el ejército libertador con hombres sacados de las provincias de Cuyo, San Juan y San Luis y, con los emigrados chilenos.

Entre tanto, en Chile, todo el país reclamaba al ejército libertador. Un re-
crudecimiento del amor patrio, una añoranza de la libertad encontrada y
perdida, fomentó Marcó del Pont con sus inútiles crueldades.

Para felicidad de los patriotas, su actitud perdió a Marcó. Ocupado entre
sus colecciones de ricas porcelanas y en su corte, que pretendió hacer ostentosa,
no se preocupó de atajar el plan de San Martín: la cordillera cuenta
apenas con seis boquetes o pasajes transitables. Bastaba haber destacado en
estos angostos desfiladeros las fuerzas de su ejército real de cinco mil veteranos
aguerridos. San Martín, por medio de intrigas y de maquinaciones, "unas
pueriles, otras magníficas", como las montoneras de Colchagua, dirigidas
por Manuel Rodríguez, le hizo perder la cabeza. Marcó no supo por cuál
de los boquetes iba a entrar el ejército libertador. Quiso estar en todas partes,
de una extremidad a otra del país; ocupar todas las ciudades, las aldeas, los
villorrios. No estuvo efectivamente en ninguna al desmembrar su ejército.

Manuel Rodríguez era un joven abogado que había sido secretario de Ca-
rrera, y que San Martín, con su penetración de los hombres, utilizó.

"Joven de alma fogosa —dice Mitre— valiente, enérgico, fecundo en recur-
sos y dotado de las cualidades de un caudillo popular", recorrió las provincias
centrales y las ciudades como mensajero de revuelta; comprometió en ella a
los principales hacendados; organizó partidas de guerrilleros; atravesó varias
veces los Andes y, a riesgo de su vida, se mantuvo por más de un año en el
país, burlando las activas persecuciones de Marcó, que lo sentía por todas
partes, no obstante ser conocido por casi todo el pueblo. Este fue el jefe de la
insurrección popular que precedió a la reconquista de Chile¹⁴.

A las guerrillas de Rodríguez, instigadas subterráneamente por San Martín
y desaprobadas por él mismo, en cartas destinadas a caer en manos de Marcó
del Pont, hay que agregar una serie de golpes de mano que concluyeron por
aturdir completamente al Presidente. El mismo Rodríguez en persona asaltó y
se posesionó de Melipilla. Don Francisco Salas, agente secreto de San Martín,
al frente de una partida de campesinos, atacó San Fernando sorprendiendo
su guarnición y poniéndola en fuga. Don Francisco Villota, rico hacendado
de Curicó, asimismo instigado secretamente por San Martín y a la cabeza de
60 inquilinos de su hacienda, armados a su costa, atacó a Curicó, batiendo a
su defensor, el coronel español Morgado, que se portó en la defensa como un
valiente. Los principales jefes españoles, como Sánchez, Morgado, Barañaño y
Quintanilla, habían procurado con empeño apagar este incendio parcial que
era precursor de la invasión y de la insurrección general que debía acompa-
ñarla. Por último, San Martín, en un campamento con los indios Pehuenches,
dueños de las faldas orientales de las cordilleras al Sur de Mendoza, les hizo
creer que el paso de los Andes se haría por el Planchón y el Portillo, pidién-

doles permiso para pasar por sus tierras, previendo que los indios denunciarian, como lo hicieron, estos planes a Marcó.

El general San Martín había decidido que Chile debía ser invadido por los pasos de Uspallata y los Patos, a fin de cortar por el centro las fuerzas enemigas, dividir las, cargar sobre el grueso de ellas y apoderarse inmediatamente de la capital terminando así la campaña de un solo golpe. Los errores de Marcó contribuían al éxito de este proyecto del cual el gobernante español estaba completamente a ciegas y "sin ningún plan él mismo". Tenía Marcó un batallón aislado en Concepción, otro en Chillán, medio batallón en Talca, algunas compañías destacadas sobre Rancagua en observación del paso del Portillo, y su mejor cuerpo de caballería, los húsares de Barañao, a 208 kilómetros de Santiago, donde permanecía la artillería con 16 piezas de campaña y el resto de sus tropas. El mejor partido que pudiera haber tomado era concentrarse en la capital y esperar con fuerzas superiores el ataque, pero sin resolución ni idea, todo su interés era reservarse un camino de escape.

¡Y he aquí que de pronto, Sánchez, Maroto, Quintanilla, Barañao, Elorriaga, Olate, Ordóñez, todos los bravos capitanes españoles, los defensores del Rey, se encontraban diseminados, dirigidos por un hombre irresoluto. Estaban, como siempre, dispuestos a morir por su causa, pero el jefe no se encontraba dispuesto a nada: confuso, aterrado, sólo pensaba en la fuga. Y las almas intrépidas de los capitanes del Rey veían como el desastre se acercaba; pero, españoles, pensaban que una barrera de corazones valientes haría el milagro de detener el avance en el momento en que les tocara actuar!

V

"EL PASO de los Andes por San Martín —dice Bartolomé Mitre— rivaliza con los de los Alpes por Aníbal y Napoleón. Está colocado por la historia, y por la ciencia, a la altura de los cuatro más célebres pasos de montaña que recuerda el mundo, y ocupa el tercer lugar en el orden cronológico".

Cuando lo concebía, dicese que San Martín exclamaba, mirando las gigantes cumbres nevadas: "Lo que no me deja dormir, es, no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes". El paso de un ejército numeroso de las tres armas, al través de sus desfiladeros, considerábase imposible —escribe Mitre— y jamás había sido proyectado siquiera antes de que San Martín lo intentara. "Hacer rodar por estos precipicios artillería de batalla, trasmontar las cumbres sucesivas con cuatro o cinco mil hombres, llevar consigo además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios para la travesía y las mulas y caballos necesarios con sus forrajes para el transporte del personal y del material, y llegar reconcentrados en son de guerra al territorio enemigo defendido por semi doble fuerza, calculando los movimientos combinados de manera de obtener la doble victoria que se buscaba sobre la naturaleza y el enemigo, tal era el arduo

problema que tenía que resolver el general y el ejército de los Andes para conquistar Chile¹⁸.

VI

DON FRANCISCO Casimiro Marcó del Pont, Caballero de la Flor de Lys, timorato y confuso, olvidó hasta el nombrar oportunamente general en jefe de su ejército. Resolvióse al fin por el coronel don Rafael Maroto. Este llegó al campamento realista, al lado meridional de la cuesta de Chacabuco, el día 11 de febrero de 1817, antes de ponerse el Sol, y estableció su cuartel general en las casas de la hacienda, cuyos graneros, palizadas, corrales y arboledas eran verdaderas fortalezas militares.

Maroto no conocía el terreno, ni las tropas que iba a mandar; tampoco las posiciones y fuerzas del enemigo. Practicó un reconocimiento de la cuesta, en cuya cumbre estaba situada su vanguardia, reforzando esta posición con las mejores compañías del Talavera y un grueso destacamento de caballería. Su plan era ocupar con todo su ejército la cima en la mañana del 12 y esperar allí la batalla, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de su posición, mientras llegaban los refuerzos de Marcó.

VII

ERA NOCHE de luna. Mientras la vanguardia realista se situaba en la cumbre de la Cuesta Vieja, el ejército libertador formaba al pie de ella.

Las divisiones patriotas se internaron silenciosamente por los desfiladeros de la cuesta. Cerca de la cumbre, la guerrilla flanqueadora abrió el fuego, y apenas se habían cambiado algunos tiros cuando súbitamente apareció la cabeza de la columna de O'Higgins dando vuelta un recodo a tiro de fusil, tocando los tambores a la carga. La vanguardia realista, que no esperaba el ataque, y que había visto la columna de la derecha argentina asomar por su flanco izquierdo y que a su vez se veía acometida por el flanco y la retaguardia, abandonó precipitadamente la posición sin hacer resistencia. Con las primeras luces del amanecer, los atacantes ganaron la cuesta al son de músicas guerreras y desde la altura divisaron la vanguardia realista que se retiraba cuesta abajo perseguida por la caballería argentina, y al pie de la cuesta, el ejército enemigo formado en la planicie de Chacabuco. El primer obstáculo estaba vencido para los patriotas.

El valeroso Elorriaga, entre tanto, cooperaba con Maroto, tomando ambos acertadas medidas. Tendió su gente en línea de batalla, plegada a la falda de los cerros opuestos a la serranía de Chacabuco, y la distribuyó en lugares casi invulnerables, esperando con firmeza el ataque.

Todo había ido ocurriendo tal como San Martín lo había previsto.

A las 11 de la mañana los dos ejércitos iniciaron contacto. Sostienen al-

gunos historiadores que en el plan de esta batalla era la misión de O'Higgins hacer un movimiento fingido sobre el frente enemigo por el camino real, mientras el mayor general Soler ejecutaba el verdadero movimiento, con el grueso del ejército, por una marcha de flanco, tomando la Cuesta Vieja.

No entraremos a pronunciarnos sobre esta polémica de técnicos sobre si O'Higgins cumplió o no las instrucciones que tenía para desarrollar el plan de la batalla de Chacabuco. Por lo demás, el parte de la acción no menciona esta insubordinación de O'Higgins que, de haberlo sido, fue tan beneficiosa cuanto temeraria, para los intereses de la patria.

Ello es que cuando O'Higgins vio las columnas de Maroto replegarse, él, que descendía por un camino mucho más recto, decidió el ataque y si el suyo debió ser un movimiento falso, lo cambió en el verdadero. Una furiosa carga a la bayoneta, dada por O'Higgins y otra carga de los granaderos a caballo, deshicieron completamente a los realistas. La división de O'Higgins constaba de 700 hombres, tres veces inferior en número al ejército de Maroto acampado en Chacabuco.

“El cuadro, o más bien la compacta línea enemiga —dice Vicuña Mackenna— presentaba una masa imponente y era en realidad una mole de fuego por los disparos de su artillería y sus fusileros, mientras O'Higgins avanzaba casi sin disparar un tiro, en columnas cerradas, sembrando el campo con los cadáveres de sus soldados. Pero al llegar sobre el enemigo, notábase una súbita vacilación y en este momento el escuadrón de Medina pasando por un movimiento atrevido y lleno de maestría, por un claro que dejaba la línea de O'Higgins, cayó sobre los cañones y los pocos infantes que aún los sostenían y se pronunció completamente la derrota”¹⁶.

La división de Soler no había disparado un tiro. La segunda división comandada por O'Higgins, por sí sola, aseguró el triunfo patriota.

Elorriaga se hizo fuerte en unos cerros a la derecha, con sus pocos infantes, y este episodio de la batalla fue decidido por la vanguardia de Soler que, llegada en esos momentos, se arrojó a sostener la columna de O'Higgins, al mando de los bravos Necochea y Salvadores. Elorriaga murió como un valiente, resistiendo, mientras la derrota del ejército real era completa.

O'Higgins, incansable y ardoroso, galopaba con Zapiola, acuchillando a los fugitivos que no se rendían. San Bruno, el feroz talavera, el verdugo sangriento de los patriotas, verdadero Presidente de Chile bajo el Gobierno de Marcó del Pont, el último en retirarse del campo de batalla, fue alcanzado finalmente por O'Higgins. El cruel talavera, vencido, entregó al general chileno su espada.

VIII

DESPUÉS de Chacabuco, la fuga inmediata de Marcó del Pont, —de sus cortesanos y sus tropas— dejó desamparada la ciudad de Santiago; el pueblo,

libre de toda autoridad, dio desahogo a las venganzas que las crueldades de las postrimerías del Gobierno español habían preparado. Principiaron los desmanes por el saqueo del palacio de los gobernadores, que quedó desvalijado en pocas horas, horro de sus lujosos muebles, riquísimos tapices, porcelanas preciosas y demás obras de arte de que gustó rodearse el refinado y ostentoso don Francisco Casimiro Marcó del Pont.

Marcó con algunos de sus oficiales, el inspector de ejército —Ramón González Bernedo, Manuel Romero Daza, el fiscal de la Real Audiencia, Prudencio Lazcano, el coronel Fernando Cacho— se dirigieron apresuradamente al puerto de San Antonio, donde esperaban hallar un bergantín español llamado "San Miguel", en que podrían embarcarse sin más inconvenientes. Al bajar la cuesta de Lo Prado, había confiado a Maroto el mando general de las tropas, encargándole que dirigiera el embarco de éstas y que haciendo clavar la artillería de los fuertes de Valparaíso se diera a la vela para Talcahuano. Apartándose de su ejército el Presidente, que creíase expuesto a la sublevación de sus propias tropas, o a lo menos a verse ultrajado por cualquiera de sus subalternos o a caer prisionero de los patriotas, tomó, en la compañía de los oficiales ya señalados —a excepción de Cacho— y de algunos otros de rango subalterno que le inspiraban confianza, el camino que conduce a Melipilla y a San Antonio.

Después de una travesía penosa y agotadora, llena de sobresaltos, fueron tomados prisioneros en un bosque sombrío donde se ocultaban, en la hacienda de las Tablas, de propiedad del hacendado patriota don Francisco Ramírez de Arellano. Los fugitivos se dieron presos y entregaron sus armas, a excepción de Marcó del Pont quien pidió, en atención a su rango y en cumplimiento de las prácticas de guerra, se le permitiese conserñar su espada para entregarla a un jefe de su categoría. Ramírez accedió generosamente a la petición del desventurado Presidente. El mismo día 16 de febrero fueron conducidos todos los prisioneros a Valparaíso y puestos en el castillo de San José, con las consideraciones y miramientos que correspondían a su rango.

Marcó y el fiscal Lazcano pensaron que iban a ser horrorosamente fusilados. Suponían a los patriotas animados de feroces pasiones; recordaban las medidas empleadas en los últimos días del gobierno español. Marcó volvió a la capital el 23 de febrero. En las calles y plazas una multitud curiosa se agrupaba para ver pasar prisionero al antes soberbio Presidente de Chile. El Gobierno lo hizo entrar en la ciudad encerrado en una calesa y rodeado de una fuerte escolta, para librarlo de los ultrajes que, sin aquellas precauciones, le habría inferido la plebe. San Martín lo recibió con una ceremoniosa cortesía. Marcó presentó al general vencedor su espada.

Marcó, Bernedo y Lazcano fueron conducidos a Mendoza con distintas partidas de prisioneros realistas. El gobernador Luzuriaga hizo pasar a los dos primeros a la ciudad de San Luis y allí se les retuvo reclusos dos años. Después de la intentona revolucionaria de los prisioneros españoles en esa ciudad

en febrero de 1819, y de la despiadada matanza que le siguió, Marcó y Bernedo, absolutamente extraños a todo el proyecto de sublevación y viviendo separados de sus demás compañeros de confinación, fueron, sin embargo, sometidos a juicio en el primer momento, pero luego se les reconoció exentos de toda culpa y se les trasladó a otros puntos.

Marcó del Pont, profundamente abatido, falleció poco después en la villa de Luján, en las inmediaciones de Buenos Aires¹⁷.

Un recuerdo de inútiles crueldades y medidas represivas, dejó el Gobierno de Marcó del Pont: El estéril sacrificio de sus bravos capitanes, la vacilación y la indecisión del jefe en las circunstancias cruciales. Y, como fragmentos dispersos de un inmenso espejo despedazado que reflejara un mundo ilusorio de elegancias y refinamientos cortesanos, en forma efímera, las memorias del lujo y boato de sus días.

3. EL EJERCITO DE OSORIO

1. — EL REGIMIENTO DE TALAVERAS: SAN BRUNO Y VILLALOBOS. — GARCIA DE ARO. — EN EL REGIMIENTO DE LINEA. — 2. — ORDOÑEZ. — 3.—PRIMO DE RIVERA.—4.—MORGADO.—5.—MARQUELI

1. EL REGIMIENTO DE TALAVERAS

EL PRIMER ejército expedicionario mandado por Osorio alcanzaba sólo a seiscientos hombres, de los cuales cincuenta eran artilleros y los demás, soldados del Regimiento de Talaveras, que debía mandar el primer jefe de este cuerpo, coronel don Rafael Maroto, militar de experiencia y de valor, que se había destacado en la última guerra de España, y del que hablaremos en capítulo aparte.

Este regimiento, que en el curso de la contienda chilena alcanzó gran celebridad, contaba en el momento de su organización en Andalucía, en 1813, con 800 hombres escasos, y fue adiestrado expresamente para enviarlo a América. Los contemporáneos contaban y creían que para organizar este regimiento, se había cuidado de buscar entre los soldados de otros batallones todos los que se hubieran señalado por sus instintos de dureza, indultando al efecto a muchos que estaban condenados o procesados por crímenes, a condición que vinieran a estos países a pelear por la causa del Rey. El coronel realista don José Rodríguez Ballesteros, que militó al lado de ese cuerpo en Chile y en el Perú, confirma expresamente esta creencia en su "Revista de la guerra de la Independencia", cap. 3º.

Formaba en este regimiento el capitán aragonés don *Vicente San Bruno*,

que lo dirigió inmediatamente en la batalla de Rancagua, y que, durante la Reconquista, hubo de realizar el triste encargo, dilatado cuanto pudo por Osorio, en cumplimiento de las instrucciones virreynales, de tomar y ejecutar en contra de los patriotas chilenos las más crueles medidas preventivas y de represalia.

Asimismo, servía en aquel famoso regimiento un sargento llamado Francisco Villalobos, que se hizo célebre por su crueldad y su perfidia. Ambos, San Bruno y Villalobos, fueron los responsables de los asesinatos de chilenos, cometidos en la cárcel de Santiago, en febrero de 1815, bajo pretexto de una revuelta, y con el fin de aterrar a los patriotas¹⁸. Ambos, tomados prisioneros después de Chacabuco, fueron sometidos a proceso por el Gobierno chileno. La captura de San Bruno, quien fue de los últimos en retirarse del campo de batalla, fue tarea de un huaso aconcagüino, bien montado, diestro en el manejo del lazo, que aprovechó un instante en que el famoso talavera encendía la mecha de un cañón. San Bruno se defendió aún enlazado; fue llevado a la presencia de O'Higgins, arrastrándosele cogido de las barbas, que las tenía espesas y crecidas. El cruel talavera, vencido, entregó al general chileno su espada.

O'Higgins, que tenía motivos para considerar a San Bruno como a un valiente, creía que había alguna exageración en las acusaciones formuladas contra éste y si bien lo mantuvo bajo estrecha vigilancia, pareció interesarse por su suerte. Pero halló en secretaría el proceso seguido en 1815, después de los asesinatos en la cárcel de Santiago, y ordenó se recogieran nuevas declaraciones. El Director Supremo, profundamente impresionado por los hechos que allí aparecían y por los clamores de la indignación popular, dispuso por decreto de 6 de marzo de 1817, que se juzgara a San Bruno no como a prisionero de guerra, sino como reo de lesa patria. El 12 de abril de aquel año se ejecutó la sentencia de muerte en contra de los dos célebres talaveras, con todo el aparato posible para satisfacer la vindicta pública y para aterrar a los realistas¹⁹.

Sobresale también entre los oficiales del Talavera, don Antonio García de Aro, por su vida aventurera y movедiza, siempre incondicional en la defensa del Rey. Nacido en Cartajena, España, en 1796, de familia noble, fueron sus padres don Felipe García Martorell y doña Rita de Aro. Subteniente de Infantería, se destacó por su valor en Rancagua, Cerro de Pasco y Chacabuco, combatiendo con tesón a los patriotas. Para no ser tomado prisionero, después de este combate, huyó al Perú.

García de Aro había casado en Chile con doña Tadea Reyes Saravia, hija de don Judas Tadeo de Reyes. Dejóla abandonada con su hijo Antonio (más tarde el célebre estadista, político y literato Antonio García Reyes) con ocasión de su fuga. En Bolivia y en el Perú sirvió en el real ejército, combatiendo la Expedición Libertadora enviada desde Chile a las órdenes de San Martín.

Por influjo de la familia Reyes, consiguióse avecindarlo en Chile en 1822;

aquí nacieron sus otros dos hijos, Isabel y Rafael. Pero no se apagó en la ternura del hogar su entusiasmo delirante por la causa del Rey. Desoyendo los ruegos de su esposa, escuchó el llamamiento que se hacía desde Lima para reincorporarse en las filas de los tercios españoles que se aprestaban a combatir a los patriotas americanos reunidos en el Perú.

Concertado con cien hombres intrépidos de sus mismas afinidades, sublevaron la tripulación de la fragata "Ester", surta, con el pabellón de Chile, en la bahía de Valparaíso y desafiando los fuegos de los castillos del puerto y de los buques de guerra, que trataban de impedir su audaz salida, consiguieron huir el 22 de marzo de 1824.

Los temerarios tripulantes de este barco se dirigieron a Pisco, en donde desembarcaron y se pusieron a las órdenes del virrey La Serna, quien hizo coronel a García de Aro. Se encontró en Ayacucho, donde capituló el ejército español, por lo que el 27 de febrero de 1825 se dirigió a España, donde siguió su brillante carrera militar, obteniendo altas distinciones y cruces de guerra.

Requerido por su familia y por su hijo Antonio, regresó a Chile en 1843. Trató que la Corte le hiciera agente consular en Chile, sin resultado favorable, a pesar del largo memorial que exaltaba sus méritos.

Chile, con su mala memoria habitual, olvidó al guerrero que había combatido con fiereza su independencia en los combates memorables de la emancipación y abrió al emigrado sus brazos, permitiéndole ganarse decorosamente la vida.

II

EL EJÉRCITO expedicionario organizado en Lima, en octubre y noviembre de 1817, incluía las siguientes fuerzas: Regimiento Infante don Carlos, al mando del teniente coronel don Bernardo de la Torre; Regimiento de Burgos, que se había destacado en Bailén, al mando del coronel don José María Baeza; Regimiento de Arequipa, comandado por el comandante don José Ramón Redil; una compañía de artilleros montados; una compañía de zapadores, cuyo jefe era el capitán don José Cascara; un escuadrón de lanceros del Rey, cuyo comandante era don José Rodríguez; un escuadrón de dragones de Arequipa. En total, 3.262 hombres. Entre los ayudantes de Osorio, figuraban el joven y brillante oficial Joaquín Primo de Rivera, jefe de Estado Mayor; el capitán don Isidro Alaix, famoso más tarde como teniente general del ejército español en la guerra carlista, y dos jóvenes chilenos, el alférez de navío de la Real Armada, don Carlos García del Postigo, más tarde jefe de la escuadra de la república peruana y el nieto y heredero del Conde de la Conquista que había emigrado de Chile después de Chacabuco.

Como funcionarios civiles se contaban don Luis Antonio Pereira, oidor de la extinguida audiencia de Santiago, que debía servir a Osorio de asesor cuan-

do tomase el Gobierno de Chile; el auditor de guerra don Francisco Valdivieso y el contador o intendente de ejército don José Arangua.

En el numeroso grupo de capellanes de ejército, servían el padre recoletano fray Melchor Martínez, autor de la "Memoria histórica sobre la revolución de Chile", amigo personal y consejero de Osorio y fray José María de la Torre, el redactor de la Gaceta del Rey durante los años de 1814 a 1817, de los que ya hablaremos²⁰.

Al ejército expedicionario debía unirse el que servía en Talcahuano bajo las órdenes de Ordóñez y que estaba compuesto por el batallón de Concepción, comandado por el teniente coronel don Juan José Campillo; dos escuadrones de dragones de la frontera, a cargo del teniente coronel Antonio Morgado; un escuadrón de nueva creación, de dragones de Chillán, cuyo comandante era el teniente coronel de milicia don Cipriano Palma; cuerpo de artillería comandado por el teniente coronel don Manuel Bayon; guardia de honor del general en jefe cuyo capitán era el teniente de fragata don Antonio María Villavicencio²¹.

Don Manuel Bayón fue gobernador militar de Talcahuano bajo la Intendencia de Ordóñez. (Casó allí con doña Josefa de Leiva y Sepúlveda y dejó sucesión unida a los Sanders, Menchaca, Infante, Sanhueza-Palafox, Urrutia-Mendiburu).

Con el ejército expedicionario formaban un total de 4.592 hombres. A este ejército debían auxiliar las guerrillas formadas por los célebres comandantes Gervasio Alarcón, José María Zapata, Contreras y José Antonio Pincheira, expresamente recomendadas por Ordóñez, los que fueron famosos guerrilleros y denodados defensores del Rey²².

En el ejército de línea formaban muchos oficiales distinguidos, como el coronel don *Manuel Olaguer Feliú*, oriundo de Ceuta, destacado ingeniero militar, fortificador de las plazas de Valparaíso y Valdivia, brigadier, consejero técnico de los últimos gobernadores reales, jefe de la más alta graduación bajo el gobierno de Marcó, que tomó el mando de las tropas fugitivas después de Chacabuco en 1817, conduciéndolas al Callao como comandante en jefe de la flota. Había casado en Valdivia, en 1798, con doña Mercedes de la Guarda y Valentín, en la que dejó numerosa sucesión.

El batallón Valdivia, que era un foco realista como Chiloé, como Chillán, fue premiado por Osorio con una medalla recordatoria de su fidelidad y participación en la Reconquista española. Fue comandado sucesivamente por don *Juan Nepomuceno Carvallo Pinuer*; don *Lucas de Molina*; don *Julián Pinuer*; don *José María Berganza*, todos ellos activos defensores del Rey.

Dos condes aportó Concepción al ejército de línea: el *de la Marquina*, don Andrés del Alcázar y Diez Navarrete, Corregidor de Concepción, gobernador intendente en 1813; y el *de Montes de Oro*, don Melchor de Carvajal Vargas y Roa, de la casa de los Duques de San Carlos, coronel en 1813, jefe de un

batallón de granaderos. Ambos condes formaban el Tribunal de Vindicación establecido por Osorio en 1813.

En la imposibilidad de dar completo detalle de los oficiales, brillantes muchos, del ejército de Osorio, en sus dos expediciones y del que formó en Chile con los elementos realistas, sólo destacaremos algunos nombres célebres de los que sirvieron bajo sus órdenes: Maroto, Ordóñez, Primo de Rivera, Marqueli y el teniente coronel Antonio Morgado.

2. EL CORONEL ORDOÑEZ

DESPUÉS de la gran victoria patriota de Chacabuco, que puso fin al gobierno español de la Reconquista, el coronel realista don José Ordóñez organizó la resistencia en Talcahuano, con lo que encendió nuevamente la guerra en la antigua provincia de Concepción. Ordóñez no trepidó en levantar del polvo de la derrota el estandarte abatido del Rey y en ponerse al frente de la Revolución del Sur.

Corrían los días del Gobierno de don Bernardo O'Higgins y la tenaz resistencia del coronel realista obligó al Director Supremo a dirigirse a Concepción y a emplear al Ejército de los Andes y al ejército y a la escuadra de la patria, recién formados, para atacar a Ordóñez.

Tenía este jefe una modesta hoja de servicios en la península. En 1808, al estallar el movimiento insurreccional contra la invasión francesa, servía en un rango inferior en la guarnición de Valencia. Se distinguió en la guerra contra los invasores; su nombre figuró en algunos partes oficiales. Había alcanzado el grado de teniente coronel cuando cayó prisionero, siendo llevado a Francia. Al regreso del cautiverio, fue ascendido a coronel y en seguida recibió el nombramiento de Intendente de Concepción. Ordóñez llegó a su destino a fines de agosto de 1815, en el Gobierno de don Mariano Osorio, primero de la Reconquista. Tomó el mando de la provincia a principios de septiembre²³.

Después de Chacabuco, Marcó del Pont, en lugar de pensar en defenderse con los brillantes restos que aun le quedaban de su numeroso ejército, pensó únicamente en buscar la salvación en la fuga. Todos los demás jefes le imitaron, menos el coronel don José Ordóñez, Intendente de Concepción, quien concentró en aquella provincia todas las fuerzas del Sur y fortificó a Talcahuano para sostenerse contra los patriotas, "como correspondía a un valiente"—anota don Miguel Luis Amunátegui— mientras remitía auxilios el virrey de Lima.

El historiador argentino Mitre recuerda la grandeza de este jefe, considerándolo digno rival de San Martín, al que, por algún tiempo al menos, pondría a raya su fortuna, contrarrestando sus planes y aprovechándose de su descuido. "Sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la causa del Rey en

Chile después de la batalla de Chacabuco —dice—. Fueron Barañao, Sánchez y el coronel Ordóñez, cuyo genio guerrero y temple heroico de alma iba a revelarse, siendo hasta entonces un oficial oscuro que no había tenido ocasión de distinguirse”.

No contaba Ordóñez a la sazón con ninguna clase de tropas veteranas; todas las que guarnecían la provincia se habían trasladado al Norte del Maule. Eficazmente ayudado por el famoso coronel Sánchez, que mandaba en Chillán, convocó a las milicias provinciales, reunió los dispersos del Norte del Maule, guarneció la línea de la frontera de Arauco, se fortificó en la península de Talcahuano, protegido por su marina, acopió allí víveres y elementos de movilidad, esparciendo sus guerrillas por todo el país desde el Bío-Bío hasta el Maule. En esta actitud decidida esperó el ataque de los vencedores, que se demoró por cerca de dos meses, dándole tiempo para organizar una regular división de las tres armas²⁴.

En el invierno de 1817, O'Higgins decidió atacar a Ordóñez. Talcahuano está situado en una pequeña península unida al continente por una estrecha lengua de tierra. En esta angostura Ordóñez había cortado una franja profunda, detrás de la cual construyó espesas palizadas defendidas por cuatro fortalezas y por setenta cañones. Esta línea se consideraba casi inexpugnable, por la falta de elementos de ataque del ejército patriota y porque el Coronel era dueño del mar. No tenía fuerzas navales, pero unas cuantas cañoneras le bastaban para incursionar en las costas vecinas e inquietar a los patriotas. Talcahuano era el puerto propicio para recibir los refuerzos del Rey. Agentes suyos, despachados por mar, sublevaron a los indios araucanos y armaron montoneras que avanzaron entre Los Angeles y Chillán. En pleno mes de julio, en el invierno austral, O'Higgins intentó una seria ofensiva contra los realistas. Pero nuevamente el invierno, el duro e interminable invierno del Sur, como antaño el de 1813, se puso en la defensa del Rey. Las largas lluvias hacían los caminos intransitables, los transportes caminaban con extrema lentitud, los vendavales pasaban arreando los grandes temporales y el fango señoreaba la vieja provincia de Concepción, heroico teatro de las guerras de la Araucanía y de la mayor parte de las campañas de la Independencia.

Movió O'Higgins sus tropas en dos divisiones y se situó en el cerro de “Los Perales” desde donde se dominaban las posiciones enemigas. Y antes de dirigir sus fuegos, remitió a Ordóñez un emisario, intimándolo a rendir la plaza a fin de evitar derramamiento de sangre. El jefe español, que se encontraba en posición ventajosa, rechazó de plano el ofrecimiento.

O'Higgins no había dado importancia a esta negociación y sólo había querido demostrar firmeza y esperar a que pudieran ser transportadas por tierra, desde Concepción, unas lanchas con las que pensaba efectuar un ataque por la costa.

En la noche del 22 de julio, bajo una luna llena y fría que se despedazaba

en los charcos, O'Higgins ordenó el ataque. Se combatió hasta el amanecer sin resultado positivo. Los refuerzos de Concepción no llegaron.

Nuevamente la lluvia tendió entre los ejércitos su cortina transparente. En las montañas del Sur sonaban roncadas las torrenteras y los ríos hinchaban sus cauces, arrastrando los débiles puentes. Todo el resto del invierno se pasó en constantes combates. Con 1.500 y tantos compañeros, Ordóñez resistió el asedio hasta el fin.

Cuando la primavera abría por los caminos de Talcahuano sus "yuyos" amarillos, O'Higgins decidió nuevamente atacar a Ordóñez. El 6 de diciembre de 1817 los patriotas se apoderaron del Morro, cerro que queda a la entrada del puerto. El asalto fue dirigido por el general francés Brayer, uno de los capitanes de Napoleón. La reyerta fue sangrienta; el comportamiento de los atacantes, heroico; pero los realistas sostuvieron la defensa y no se dejaron arrebatar sus posiciones²⁵.

Al arribar Osorio, el vencedor de Rancagua, nuevamente a Talcahuano en febrero de 1818 al mando de la segunda expedición con la que se proponía reconquistar Chile, con su regimiento de 3.407 veteranos, entre los que formaba parte el batallón de Burgos, vencedor de Bailén, encontró allí al denodado Ordóñez. La bandera de Castilla seguía flameando en los fuertes de Talcahuano sostenida por el infatigable ardor del obstinado jefe.

Con el ejército de Osorio, Ordóñez estuvo en Maipú, al mando de los regimientos Concepción y Arequipa. Allí se decidía para siempre la suerte de las armas del Rey en Chile. Infatigable y ardoroso, no se resignaba a la derrota. Así que la vio venir, se parapetó con su gente en las casas de la hacienda Lo Espejo. Los patriotas, en un asalto heroico, de lucha cuerpo a cuerpo, abrieron trecho en la desesperada resistencia realista. Aislados, Ordóñez, tres coroneles y cinco comandantes del ejército español cayeron prisioneros.

Llevado a la presencia de San Martín, en contestación a su condolencia, Ordóñez le espetó estas palabras: "Otra habría sido la suerte de las armas del Rey si yo hubiera mandado su ejército".

Conducido a San Luis, en la Argentina, envuelto en el proceso contra los prisioneros realistas, pérfidamente instigado por Monteagudo, fue fusilado, bajo el candente sol de la pampa desolada, en febrero de 1819.

El destino adverso había decidido su humillante fin. Aquel militar tan fiel y tan valiente, nunca abatido ante el desastre, que jamás trepidó en combatir a sus enemigos de frente; había soñado morir intrépidamente en el combate, bajo la gloria de su pabellón. La muerte vino a buscarle sin grandeza, mimetizada en un anónimo pelotón de fusileros, en el inmutable y pétreo paisaje de la pampa, en San Luis.

DON JOAQUÍN Primo de Rivera es una de las figuras más brillantes, nobles e infortunadas del ejército de Osorio.

Nacido en Maracaibo en 1786, fueron sus padres don Joaquín Primo de Rivera y Pérez de Açal, nacido en Veracruz, en 1734, brigadier, gobernador y comandante general de armas de Maracaibo, y doña Antonia Ortiz de Pineda.

Las primeras generaciones de los Primo de Rivera aparecen vastamente vinculadas a América; aquí sirven, aquí casan, aquí nacen los hijos.

El abuelo, don Pedro, bautizado en La Habana en 1680, fue allí capitán de dragones. El bisabuelo, don Enrique Primo de Rivera, "cuyos datos más antiguos se remontan al 18 de noviembre de 1639, cuando comienza a servir en Flandes en la compañía de infantería walona, fuera de tercio, del capitán Guillén de Monbertaul", había nacido en Bruselas y sirvió primeramente a España hasta que, por voluntad de Carlos II, se le nombró, en 1695, sargento mayor del partido de San Agustín de la Florida, casó en La Habana, en 1688, con doña María Horruytiel, criolla²⁶.

Don Joaquín Primo de Rivera y Ortiz de Pineda empezó su carrera militar en España; fue enviado al Perú en 1817. Cuando el virrey decidió hacer volver a Chile a los soldados que abandonaron este país después de Chacabuco, para evitar que desembarcasen los fugitivos, envió al Callao un batallón de infantería, "al mando del teniente coronel don Joaquín Primo de Rivera, oficial prestigioso que acababa de llegar de España"²⁷.

La historia americana ha recogido con respeto, hasta con cariño, el recuerdo de este oficial español. En la segunda expedición de Osorio vino a Chile como jefe de Estado Mayor. Barros Arana dice. "El jefe de Estado Mayor, designado por el virrey, coronel don Joaquín Primo de Rivera, era un oficial joven y arrogante, distinguido por su valor en la guerra de España²⁸. Mitre lo califica de "joven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar"²⁹.

Primo de Rivera se distinguió en la expedición de Osorio y sobresalió en la victoria realista de Cancha Rayada, la última del ejército del Rey en Chile. No sólo actuó como jefe de Estado Mayor, sino que comandó columnas con destacamentos de infantería y escuadrones de caballería con artillería.

Primo de Rivera, consejero de Osorio, indicó siempre proceder con rapidez y con decisión. El general español, que ya conocía el país y el valor militar del pueblo chileno, parecía decidido a obrar con prudencia. "Pero al lado suyo se hallaban el brigadier Ordóñez y el coronel Morgado que, invocando la experiencia que habían adquirido en la guerra de Chile, afectaban un alto desprecio por las tropas patriotas, por los jefes que las mandaban y por el gobierno de quien dependían. El coronel Primo de Rivera, jefe de Estado

Mayor, que entonces pisaba por la primera vez el suelo chileno, y que desconocía el espíritu marcial de sus habitantes, pero que a un valor real unía la arrogancia indiscreta de la juventud —dice Barros Arana—, apoyaba oficialmente el parecer de Ordóñez, y contribuyó a hacerlo triunfar en los consejos de oficiales superiores. “En el combate de Quechereguas mereció el calificativo de “bizarro jefe español”³⁰. En la batalla de Maipú comandó el primer cuerpo, formado por las compañías de cazadores y granaderos de todos sus batallones y de cuatro piezas de artillería.

Aquí, en esta batalla decisiva para las armas españolas, Primo de Rivera sostuvo la defensa hasta el final. Estuvo, en las diferentes etapas del combate, recibiendo y cumpliendo las órdenes de Osorio. Pero su valor ya nada podía contra la decisión de un pueblo que ya había encontrado el tesoro de su libertad.

En la falange de oficiales españoles tomados prisioneros en la tarde de Maipú, con Ordóñez, con los coroneles Morgado, Besa, los comandantes Latorre, Morla, Jiménez Navia y Bayon, los ayudantes García del Postigo y Alaix, el auditor Valdivieso, el contador Arangua, el proveedor don Joaquín Medina y los capellanes del ejército, cayó Primo de Rivera.

Fueron conducidos a San Luis de la Punta, “especie de Santa Elena mediterránea” en Argentina: Ordóñez, segundo de Osorio en el mando del ejército vencido; “el joven y brillante Primo de Rivera” su jefe de Estado Mayor; los coroneles Morla y Morgado, y muchos otros de los más conspicuos subalternos de los cuerpos realistas que habían hecho la última campaña. Los aguardaba allí desde hacía un año el célebre Marcó del Pont y su mayor general González de Bernedo”³¹.

Allí, enredado en una conspiración, pérfidamente instigada por Monteagudo, en el grupo de oficiales españoles que fueron fusilados, se encontraba el “joven y brillante” Primo de Rivera, calificativo con que gustaron de señalarle nuestros grandes historiadores.

4 . M O R G A D O

MORGADO se distinguió por su dureza, por la profunda antipatía que tuvo por los chilenos, por su carácter implacable.

Tuvo participación principalísima en los asesinatos perpetrados en la cárcel de Santiago para aterrorizar a los patriotas, en febrero de 1815. Unos cuantos presos, individuos sin mayor prestancia social, que no pasaban de la media docena, hablaban entre ellos de la próxima recuperación de la libertad de Chile, por el esfuerzo de los patriotas que habían emigrado a Mendoza. Para cooperar a esta empresa, creyeron algunos de ellos que era fácil interesar a su favor a los soldados de dragones que hacían la guardia de la cárcel, por el

hecho de ser chilenos. No sedujo a éstos la quimérica y alocada conspiración y, ya por indolencia o por olvido, se guardaron en secreto la proposición que se les había hecho. Uno de los conspiradores, sin embargo, un individuo de apellido Argomedo, creyendo conseguir su libertad con la delación, comunicó este conato al coronel don Luis Urréjola, comandante de la plaza de Santiago. Este se trasladó a la cárcel y después de informarse, estimó absurdas y fantásticas las noticias de Argomedo y no se acordó más de ellas. Argomedo insistió; comunicó su acusación a don Antonio Lavín, realista exaltado, alcalde de Santiago desde enero de 1815. Lavín se entrevistó con el delator; el mismo día comunicó a Osorio su información. Dos oficiales del Talavera, el sargento mayor Antonio Morgado y el capitán Vicente San Bruno, se encargaron de adelantar la investigación y de reprimir enérgicamente todo conato de revuelta. En vez de asumir una actitud resuelta que pusiese término a aquellas conversaciones sediciosas de los presos, se creyó más conveniente estimularles haciéndoles entender la facilidad de ejecutar sus proyectos... Se valieron de varios agentes.

“La perfidia de los agentes de la autoridad se llevó hasta un extremo que casi parece increíble, cuando se conocen el carácter y las creencias entonces dominantes. Esos agentes engañaron a los presos hasta el punto de hacerles creer que gran parte de la guarnición de la ciudad estaba resuelta a apoyar la revolución que se preparaba en aquel calabozo”.

Acto final. La población de Santiago fue despertada con la noticia de graves sucesos en la mañana del 6 de febrero de 1815. La vista de dos cadáveres cubiertos de heridas, arrojados a la plaza pública desde los balcones de la cárcel y colgados enseguida a la expectación pública; el inusitado movimiento de tropas; el rumor más o menos confuso de lo que había ocurrido en la cárcel... las prisiones que seguían efectuándose...

“Amaneció este día verdaderamente triste para Chile, decía la Gaceta del Gobierno. Dejáronse ver dos horriblos cadáveres pendientes del palo de la plaza principal, sobre cuyas cabezas se leía esta inscripción: “Por conspiradores contra el Rey y perturbadores de la pública tranquilidad”...

Morgado gozó de la confianza ilimitada de Marcó del Pont: fue comandante del regimiento de dragones al comenzar el año 1817.

Los secuestros y confiscaciones de bienes de los patriotas habían provocado una gran alarma y contrariedad en los chilenos. Algunos jefes militares cometían violentas extorsiones en las ciudades y campos. El comandante de dragones don Antonio Morgado, “que siempre se había distinguido por la dureza implacable con que perseguía y trataba a los insurgentes, estaba persuadido de que los bandos dictados sobre secuestros y confiscación de los bienes de éstos, lo autorizaba para usar ampliamente en beneficio de sus soldados cuanto hallase en las casas y propiedades de los procesados o perseguidos. Marcó, que comprendía los excesos que podían cometerse de esa manera, se apresuró a reprimir estos propósitos de su arrogante subalterno³²”.

Por lo demás, fue un valiente. Después de Chacabuco, cuando Ordóñez recoge del polvo de la derrota el estandarte abatido del Rey, y se encastilla en Talcahuano, Morgado es su lugarteniente, y se destaca en las campañas que emprende Osorio para reconquistar la provincia de Concepción. En Maipú sostuvo la defensa hasta el final.

Prisionero, fue conducido a San Luis, en la República Argentina. Aquí le tocó una muerte horrorosa, en las matanzas de prisioneros realistas de febrero de 1819, hechas con crueldad e injusticia, como castigo a una conspiración instigada secretamente por las autoridades de San Luis...

Un día, hacía cuatro años, en un febrero victorioso, en la Plaza de Armas de Santiago, bajo el fuego del sol, los cadáveres de unos infelices patriotas colgaban del palo principal. También habían caído envueltos en una conspiración, fraguada en un calabozo, e instigada por las mismas autoridades encargadas de prevenirla...

5 . M A R Q U E L I

MARQUELI brilla como un relámpago de la guerra, en las últimas campañas de la Reconquista.

El sargento mayor del Talavera don Miguel Marqueli, que mandaba las fuerzas estacionadas en el distrito de Santa Rosa de los Andes, se puso a la cabeza de una compañía de ese cuerpo y de otra del batallón Chiloé y el 20 de enero de 1817 se internó en el camino de la montaña. El 22 pasaba la cumbre; por medio de una maniobra hábil, Marqueli, en aquellas rocas escarpadas, cayó sobre una guardia patriota cerca del Paso de Uspallata.

Al amanecer del día siguiente se vio vigorosamente atacado por un cuerpo regular de fuerzas que venían en su busca. Marqueli defendió bravamente su posición y aún cuando no fue desalojado, al verse atacado por fuerzas mayores, con su gente herida y cuatro soldados muertos, se retiró a la villa de Santa Rosa de los Andes. Marqueli fue ascendido a coronel; estos sucesos fueron celebrados como verdaderos triunfos, en las postrimerías del Gobierno de Marcó del Pont.

Al saberse que la vanguardia patriota había atravesado los Andes y ocupado Putaendo, los oficiales realistas celebraron esa misma noche junta de guerra en San Felipe. Los más animosos, Marqueli entre ellos, proponían marchar inmediatamente contra el enemigo. Triunfó la voz de la moderación y la cordura y Marqueli fue desoído.

Cuando el Ejército Libertador empezó a ocupar la cuesta de Chacabuco, se produjo en las filas realistas una gran confusión pensándose que el enemigo había ocupado ya todo el campo. Solo Marqueli, que cerraba la marcha hacia la hacienda de Chacabuco, al sur de aquellas serranías, sin perder la cal-

ma, permaneció en las alturas con algunas partidas de tiradores para observar los movimientos del enemigo.

Marqueli estuvo en Chacabuco con su división de seiscientos hombres que comandaba con Quintanilla. Allí esperó la llegada de Maroto, acompañándole en el reconocimiento del terreno, que conocía.

En la noche del 11 de enero de 1817, la víspera de Chacabuco, bajo la luna menguante, Marqueli ocupaba la cumbre de la Cuesta Vieja, dispuesto a defenderla a todo trance, siguiendo las órdenes de Maroto, a fin de detener al enemigo.

El avance ordenado y regular de la división de O'Higgins, que ganaba la Cuesta Vieja, no pudo ser detenido por Marqueli, que no fue reforzado oportunamente, disponiendo la retirada de su tropa por la ladera sur de la montaña, manteniendo un inútil fogueo. Había enviado un parte urgente a Maroto comunicándole lo apurado de su situación y el número de los atacantes.

Agil y entusiasta, llevó su gente al grueso del ejército español tendido en línea en la planicie de Chacabuco. El animoso comandante, que había desplegado tanta actividad en la jornada y en los movimientos que le precedieron, sucumbió uno de los últimos, tratando de oponer al destino una resistencia desesperada.

4 . M A R O T O

I

EN EL PALACIO de los Presidentes de Chile, al atardecer del 5 de febrero de 1817, Marcó del Pont reunió en su despacho a sus consejeros de más confianza: el auditor de guerra don Prudencio Lazcano, el secretario de Gobierno don Judas Tadeo Reyes, el asesor don Juan Francisco Meneses y el administrador del estanco don Francisco de Olavarrieta y los militares de más alta graduación, brigadieres don Manuel Olaguer Feliú y don Rafael Maroto y teniente coronel de infantería don Fernando Cacho y les dio a conocer las comunicaciones que acababa de recibir.

Hasta ese día, el Gobierno de Santiago había ignorado completamente que el territorio de Chile había sido invadido por seis puntos diferentes y que los invasores batían a los soldados defensores en todos los lugares en que éstos intentaban oponer alguna resistencia. A las dos de la tarde de ese día llegaba a la capital un propio despachado de San Felipe de Aconcagua por el coronel don Miguel María Atero, jefe del Estado Mayor del ejército realista. Comunicaba que los enemigos del otro lado de la cordillera aparecían a la vez por los caminos de Putaendo y Uspallata y que en uno y otro punto se habían apoderado a viva fuerza de los resguardos avanzados en aquellas cimas deso-

ladas. El coronel Atero anunciaba que, según parecía, la invasión se ejecutaba con fuerzas respetables y que las pocas tropas que estaban bajo sus órdenes eran absolutamente insuficientes para defender esa provincia.

Pocas horas más tarde llegaba a Santiago otro propio despachado de Curicó por el coronel Morgado y comunicaba nuevas de parecida alarma.

Estas noticias tan inquietantes como seguras, llegadas desde dos puntos opuestos y separados por más de setenta leguas, "habrían bastado para confundir a una cabeza más firme y a un ánimo más sereno que el de Marcó"³⁰. Inmediatamente reunió a su consejo.

II

LA SALA de la presidencia, colgada de damasco carmesí, mostraba una galería de retratos de todos los gobernadores de Chile. Iniciaba la serie el retrato de Valdivia, que ostentaba, entre un brillo de armaduras y de insignias de mando, la bizarra cabeza del conquistador, descubierta, en la mano izquierda la cimera de airosos penachos, en la diestra el pomo de la espada, evocando los recios tiempos de la guerra de Arauco, bajo la gloria del imperio español. Remataba la galería el retrato, recientemente terminado, del último de los gobernadores del Rey: don Francisco Casimiro Marcó del Pont. Recortada la figura sobre un fondo de suaves terciopelos, traía un empaque afrancesado y galante de placas, sedas, bandas y entorchados, en un reflejo de fuegos fatuos y chafados visajes.

Don Francisco Casimiro, presidiendo la junta, recorría con la vista la galería de sus antecesores, imaginándose que ninguno se habría encontrado en situación tan difícil como la suya. Sus manos, nerviosas y finas, se movían en un inútil revoleteo entre los puños de encaje.

Esa misma tarde el Presidente había decidido despachar a Valparaíso las prendas más valiosas de su ajuar.

La mayoría de la Junta, creyendo que el verdadero peligro de una invasión formal estaba en Aconcagua, resolvió después de un corto debate, reforzar sin tardanza la pequeña división allí destacada bajo las órdenes del coronel Atero. En consecuencia, Marcó dispuso allí mismo que el coronel Quintanilla, que hacía poco había llegado a Santiago, marchase a la mañana siguiente para Aconcagua a la cabeza de 200 hombres que formaban el cuerpo de carabineros de Abascal.

Nada estaba más lejos de la mente de Marcó que la idea de tomar él personalmente la dirección inmediata de las operaciones. El estado vacilante y perturbado de su ánimo lo hacía aún más inepto para aquellas funciones. Ni siquiera había decidido el nombramiento de un comandante en jefe de las tropas... Allí, sobre el escritorio, estaba en blanco un decreto...

Don Francisco Casimiro, confortado con la compañía de sus consejeros y con las medidas adoptadas, suspiró aliviado y levantó el consejo. Ya en cama-

rilla, se acogió a uno de los balcones de palacio, que daba sobre la Plaza de Armas, invadida de sol crepuscular. El Presidente de Chile hizo abrir los balcones. Su frente estaba orlada de transpiración, recalentada de tantos problemas y de la opresión de la empolvada peluca.

III

EL 9 DE FEBRERO, una junta de notables, reunida en la sala capitular, obligó al Capitán General a tomar medidas urgentes. La alarma de la capital era grande. Se resolvió que a la mañana siguiente, 10 de febrero, se pusieran en marcha casi todas las tropas reunidas en Santiago, a la cabeza del animoso coronel Elorriaga.

Pero aún no había comandante en jefe...

Entre los militares que se hallaban a las órdenes de Marcó del Pont en Santiago, el brigadier Maroto era el de más alta graduación y el que en las juntas de guerra, si bien sosteniendo un diverso plan de operaciones, había manifestado más decisión y entereza...

El Presidente vacilaba; no contaba el jefe con su simpatía.

En la mañana del 10 de febrero, en la antevíspera de la batalla de Chacabuco, Marcó, acorralado por los acontecimientos, le confió el mando en jefe de las tropas.

IV

DON RAFAEL *Maroto y Serns* nació en Murcia, en 1783.

Se distinguió en los principios de su carrera militar en la guerra contra los invasores franceses, hallándose, entre otros muchos, en el sitio de Zaragoza donde fue herido y hecho prisionero, aunque consiguió luego fugarse.

En diciembre de 1813 se hizo a la vela con destino al Perú, a la cabeza del regimiento de Talaveras, desembarcando en Lima, desde donde vino en seguida a la reconquista de Chile, ascendido a General.

Aún cuando comandaba un regimiento que se hizo famoso por su ferocidad guerrera y su odio al americano, Maroto no dio muestras de un ánimo sanguinario ni de una antipatía racial por los criollos. Si es verdad que en Rancagua cargó con arrogancia, también lo es que, bajo el Gobierno de Marcó del Pont, no gozó de la máxima preferencia del Presidente, quien prefirió los interinatos de Morgado y de San Bruno en la comandancia del Talavera, cuando Maroto se ausentó al Perú, por tener estos jefes en la alta dirección del célebre regimiento una línea de feroz odio contra los patriotas que parecía más conveniente a Marcó del Pont.

Sólo en el último instante el Presidente de Chile se decidió a darle la jefatura del ejército, cuando Maroto no conocía el terreno, ni las tropas que iba

a mandar, ni las posiciones y fuerzas del enemigo. La derrota del ejército real, en estas condiciones, no puede cargarse a su acervo...

“El militar más importante y caracterizado que servía entonces en el ejército de Chile, era el brigadier don Rafael Maroto —dice Barros Arana. A pesar de poseer este título militar, conservaba el mando del batallón del Talavera. Prestigioso por sus servicios en la guerra de la península contra los franceses, celoso por la disciplina de la tropa, dotado de una grande entereza de carácter y de un verdadero valor militar, Maroto poseía además conocimientos especiales y un espíritu de orden y de regularidad que lo hacían apto para el mando”³³.

Sin embargo, sus relaciones con Marcó nunca habían sido cordiales y vivía en cierto modo alejado de los consejos de Gobierno. A su vuelta de la expedición hecha al Perú en auxilio del ejército del virrey, Maroto encontró al Presidente de Chile rodeado de cortesanos y favoritos que tenían gran valimiento en las resoluciones gubernativas y tuvo con él un enojoso altercado con motivo de ciertas promociones militares. Desde entonces se retrajo de entender en otra cosa que en el estricto y riguroso cumplimiento de sus deberes de jefe de un cuerpo.

Sin duda, Maroto desaprobaba muchas de las medidas dictadas por Marcó, sin consultar su opinión y sin siquiera dárselas a conocer. Este desabrimiento en las relaciones del Presidente con un jefe de alta graduación de su ejército, conocido por casi todos los oficiales, era de pésimo efecto en aquellas circunstancias. En presencia del peligro común, Maroto, en representación de 31 de enero de 1818, ofreció sus servicios para que se le emplease en la campaña activa que debía abrirse en breve; pero allí mismo, recordando cuanto podía esperarse del cuerpo de su mando, manifestaba sentir que se le hubiese dividido. Marcó aceptó cortesmente los servicios de este jefe; pero contestó secamente a sus observaciones sobre las providencias del Gobierno. Las relaciones de ambos, estrechadas por la necesidad de dar cumplimiento a los deberes impuestos por la situación, no fueron, sin embargo, amistosas y cordiales³⁴.

V

EL EJÉRCITO realista alcanzaba a 4.500 hombres, descompuesto en los siguientes cuerpos: batallón de infantería de Concepción (comandante Campillo) 700 hombres; batallón de infantería de Chillán (comandante Alejandro) 700 hombres; batallón de infantería de Chiloé (comandante Arenas) 700; batallón de infantería de Valdivia (comandante Pinuer) 700; batallón de infantería del Talavera (comandante Maroto) 700; total: 3.500. Carabineros de la Concordia (comandante Quintanilla) 200; húsares de Abascal (comandante Barañao) 200; dragones (comandante Morgado) 400; total: 800. Artillería (comandante Cacho) 250. Total general: 4.550 hombres.

Estas fuerzas estaban formadas en su mayor parte por tropas veteranas

que habían hecho las campañas de la Patria Vieja o combatido contra Napoleón, como los soldados del Talavera. Los cuerpos habían sido completados por Marcó del Pont con reclutamiento de gente hecho en los distritos del Sur, donde era más vivo el sentimiento realista. En realidad, era aquél un ejército chileno-español³⁵.

Pero Marcó tenía dispersado ese ejército. Sólo alcanzaron a concentrarse en la cuesta de Chacabuco, para cerrar el paso a los 3.500 chileno-argentinos de San Martín, 1.660 hombres, los que se retiraron de la zona de Aconcagua y los que se pudo enviar desde Santiago.

De ellos, 1.400 pertenecían a los batallones Talavera, Valdivia y Chiloé y 250 a los húsares.

Este era el ejército que iba a comandar Maroto.

VI

MAROTO hizo un reconocimiento del terreno, que desconocía. Acompañado por alguno de sus oficiales, Marqueli, Elorriaga, Angel Calvo, San Bruno y por sus ayudantes, Maroto recorrió ligeramente una parte de las serranías de Chacabuco donde esperaba decidir la contienda tres o cuatro días después, cuando se concentrara todo el ejército del Rey. Desde allí dispuso que una columna de 200 hombres, compuesta por la compañía de cazadores del Talavera y medio escuadrón de carabineros, se mantuviera a las órdenes de Marqueli en aquellas alturas y en observación del enemigo. En caso de ser atacada, debería a todo trance sostener la resistencia para dar tiempo a poner en movimiento al resto de las fuerzas.

Era el 11 de febrero de 1817. Pero la batalla decisiva no se realizaría varios días después como deseaba Maroto. Empezaría en pocas horas más... Era noche de luna. Mientras la vanguardia realista se situaba en la cumbre de la Cuesta Vieja, el Ejército Libertador formaba al pie de ella. Dos divisiones patriotas se internaron silenciosamente por los desfiladeros. Con las primeras luces del amanecer, los atacantes ganaron la cuesta al son de músicas guerreras. La vanguardia realista se retiró cuesta abajo perseguida por la caballería argentina y al pie de la cuesta, estaba extendido el ejército de Maroto en la planicie de Chacabuco.

Elorriaga y Marqueli, tomaban acertadas medidas cooperando con Maroto. Tendió el general su gente en línea de batalla pegada a la falda de los cerros opuestos a la serranía de Chacabuco y la distribuyó en lugares casi invulnerables, esperando con firmeza el ataque...

La derrota del ejército del Rey en Chacabuco, primera victoria de la patria en su lucha libertadora, y que puso fin al dominio español en Chile, la describimos someramente al diseñar la figura de Marcó, a cuyo acervo debe cargarse íntegramente la responsabilidad...

Maroto es una figura prócer del ejército español, no valorizada suficiente-

mente por Marcó del Pont; un militar de gran valor y entereza de carácter y conocimientos técnicos, que no pudo emplearse debidamente, cuyo consejo no fue oído y que, obligado a actuar, a la hora undécima, forzado por circunstancias sin duda adversas, hubo de hacerlo señalándose por su presencia de ánimo, su obstinación y su seriedad.

El 13 de febrero de 1817, día siguiente al de la derrota, comenzaron a llegar a Valparaíso, antes del mediodía, grupos de soldados dispersos, que iban huyendo de Santiago o del mismo campo de batalla y que contaban el desastre irreparable del ejército realista. El desorden había llegado a su colmo. El brigadier Maroto, que iba acompañado de su esposa y que por esta razón no había podido acelerar la marcha, llegó al puerto al anochecer e inmediatamente empezó a dictar las medidas conducentes a la conservación del orden público y a la facilidad del embarco de la tropa. Cumpliendo el encargo de Marcó, ordenó que se clavase la artillería de los fuertes que era forzoso abandonar a los vencedores. De todas sus órdenes, esta última fue la única que se cumplió. El desorden se hacía mayor a cada instante. Nadie obedecía. Los fugitivos abordaban los navíos fondeados en el puerto para buscar su salvación. El mismo Maroto, acompañado por su familia, el gobernador de Valparaíso y muchos oficiales, se acogieron a bordo de la fragata "Bretaña", barco mercante armado en guerra. Allí se había refugiado el brigadier Olaguer Feliu, con su esposa gravemente enferma, y él fue quien tomó el mando en jefe de la flota para conducirla al Perú. En medio de imprecaciones y juramentos, en las sombras de la noche, mientras se largaban las amarras, se oía como el estampido de un escopetazo el nombre de Marcó.

VII

MAROTO había casado en Santiago en los primeros meses de 1815 con doña Antonia Cortés y García, sobrina del canónigo patriota Cortés y Madariaga, el famoso tribuno de Caracas, de la familia de los marqueses de Cañada Hermosa, rica heredera de la estancia de Concón³⁶. Cuando el canónigo tuvo noticia de este enlace, escribió a su familia una carta de enérgica protesta.

Después de la victoria alcanzada por los patriotas americanos en Ayacucho, Maroto volvió a España, en 1825, donde desempeñó la comandancia general de la provincia de Toledo. Cuando se notaron los primeros síntomas de la lucha carlista, renunció a aquel gobierno civil, pronunciándose por el Rey don Carlos, pretendiente al trono de España, quien en 1835 le nombró comandante general de Vizcaya. Disgustado de los muchos obstáculos que se le ponían, se retiró a Tolosa. Más adelante, habiendo fracasado Guergué en el mando del ejército carlista, se confió éste a Maroto. De carácter atrabiliario y duro, su nombramiento no fue bien recibido por todos, teniendo poca fortuna en algunos combates. Desde enero de 1839 entró en tratos con el general isabelino Espartero, al mismo tiempo que sus enemigos dentro del campo car-

lista conspiraban por derrocarlo. Sabedor de ello Maroto y no logrando obtener que don Carlos le hiciese justicia, procedió por sí solo a prender y fusilar a los generales García, Sanz y Guergué; al brigadier Carmona, al intendente Uria, y al oficial Ibáñez. No pudo hacer lo mismo con otros que lograron escapar. Lanzó una proclama tratando de justificar sus hechos. Desaprobados éstos por don Carlos, lo separó del mando del ejército declarándole traidor; pero capituló ante la actitud del general y de las tropas que le seguían. Don Carlos rehabilitó al general.

Continuó Maroto los tratos con Espartero, jefe de la causa isabelina, que culminaron en el abrazo de Vergara. Esto dio al general una gran situación política y militar en la península siendo nombrado Conde de Casa Maroto; pero los odios que había engendrado la guerra civil, no le permitieron continuar residiendo en España.

Resolvió entonces venirse a Chile a tomar la administración de los bienes de su mujer, la cual hacía muchos años había muerto en un naufragio frente a las costas del Brasil, en compañía de uno de sus hijos, de regreso a la patria.

Maroto trajo a su familia a Chile. Su hija Margarita casó con don José Luis Borgoño, hijo del ilustre general chileno, que después de haber combatido en la guerra de la Independencia, tuvo la honra de firmar el tratado de paz con España.

Sus otros dos hijos, don Rafael y don Víctor, continuaron la familia en Chile.

El célebre novelista español don Benito Pérez Galdós, en "Vergara", tercera serie de su obra "Episodios Nacionales", narra la siguiente anécdota sobre la hija del general Maroto: "En la opinión del carlismo quedó Maroto como el prototipo de la traición y la perfidia. No era justo. A sus defectos, con ser grandes, toca menos responsabilidad que a su destino cruel y a la disparidad entre su carácter y el personal absolutista, entre sus ideas y la causa que defendió. El brazo eclesiástico, firme apoyo de la facción (descoyuntado en Vergara, recompuesto después) no perdonó a Maroto su cooperación en la obra de la paz. Recompensado por el gobierno de Isabel con un alto cargo militar, residió don Rafael Maroto algún tiempo en España. Su hija Margarita, joven de acrisoladas virtudes, que no se descuidaba en sus prácticas religiosas, fue a confesar una mañana, una tarde (no importa la hora) en una iglesia que no hace al caso. Cumplió serena y contrita, declarando sus pecados, que no debían ser graves, y cuando terminaba, le preguntó el sacerdote su nombre. La pobre niña, tímida y pura, ¿qué había de hacer? Se lo dijo... Lo mismo fue oírlo el cura que de un bote se levantó iracundo y con destempladas voces la despidió, negándose a darle la absolución. Atribulada, llorosa, salió la penitente de la iglesia y no paró hasta su casa".

La República de Chile acogió con generosidad en su regazo a los hijos del célebre general español. Sus descendientes estaban predestinados a ser ciudadanos chilenos.

Don Rafael murió en Concón, donde pasó sus últimos años, a la edad de setenta y tres. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Valparaíso, cementerio que corona uno de los cerros del puerto, y entre cuyas tumbas se divisa la vastedad del mar.

Había allí una lápida con la siguiente inscripción: "Aquí yacen los restos mortales del Excmo. Sor. Dn. Rafael Maroto y Serns, teniente general de los ejércitos españoles, vizconde de Elgueta, conde de Casa Maroto. Falleció el 25 de agosto de 1853"³⁷.

5. LA MATANZA DE SAN LUIS, UNA PAGINA NEGRA DE LA HISTORIA AMERICANA

I

VICUÑA MACKENNA, uno de nuestros grandes historiadores del decimonono, ha descrito, con aquella su pluma llena de colorido y de sinceridad, esta página triste de la historia americana, que su rigor de historiador le impedía ocultar.

"Después de la batalla de Maipú —dice— los prisioneros españoles fueron repartidos en diversos puntos de la República. Los más quedaron en Santiago, condenados al trabajo de las obras públicas. Otros fueron a los castillos de Valparaíso, otros a Coquimbo, otros hasta la prisión de Las Bruscas, en la vecindad de Buenos Aires".

"Pero los más notables entre aquellos por su graduación, sus talentos o su osadía, fueron, para mayor seguridad, encerrados en la aldea, mal llamada ciudad, de San Luis de la Punta, especie de Santa Elena mediterránea, situada en el centro de ese océano petrificado llamado vulgarmente las Pampas Argentinas. Allí fueron conducidos, pocos días después de su desastre, el general Ordóñez, segundo de Osorio en el mando del ejército vencido; el joven y brillante Primo de Rivera, su jefe de Estado Mayor; los coroneles Morla y Morgado y muchos otros de los más conspicuos subalternos de los cuerpos peninsulares que habían hecho la última campaña. Los aguardaba allí desde hacía un año el célebre Marcó del Pont y su mayor general González de Bernedo"³⁸.

Dos personajes siniestros actuaron en la trama de la tragedia que se desarrolla en Argentina, el carcelero Vicente Dupuy y el famoso político don Bernardo Monteagudo.

Del carcelero Dupuy, Vicuña Mackenna no tiene muy buena opinión: "uno de esos seres que la Providencia parece echar de cuando en cuando sobre el mundo para perpetuar la memoria de Caín. Incapaz de una sola vir-

tud, anidábanse en su alma todos los vicios que degradan nuestra naturaleza y la condenan. Era servil y cruel. Falso, hipócrita, lujurioso, venal, cínico, tenía todas las condiciones para ser verdugo y en su vida no fue otra cosa . . .”

Dupuy actuó solapadamente: No fue duro desde un principio con los prisioneros, o por lo menos, no lo fue en tanto grado como lo había sido antes con los infelices Carrera. Hizo algunas concesiones a sus víctimas. Como el pueblo todo era una cárcel, consintió en que los prisioneros vivieran con desahogo, en casas particulares o en el cuartel.

Así Marcó habitaba el mismo techo con González de Bernedo y Ordóñez vivía con Primo de Rivera y su sobrino Juan Ruiz de Ordóñez, un niño de diez y siete años a quien había traído de España haciéndole ayudante del batallón Concepción. En otra casa, propiedad de una familia llamada Poblete, vivía el capitán Gregorio Carretero, llamado a ser actor principal en la tragedia, el coronel Morla, el coronel Arias y el famoso Morgado, salvado con dificultad después de Maipú de la suerte que le había cabido a San Bruno un año atrás.

Esta habitación conocíase en el pueblo como “casa de los oficiales” y era el sitio más común de reunión para todos incluso Ordóñez y aún “el soberbio Marcó”. Los más jóvenes residían en el cuartel del pueblo, a pocos pasos de la humilde casa de la gobernación.

Dupuy había permitido a algunos jefes que conservasen sus ayudantes, así a Ordóñez, a Primo de Rivera. Se les toleraba también recibir cortos obsequios, convidarse entre sí para sus comidas y el uso de algún dinero. En suma, los tristes detenidos no lo pasaban del todo mal. Dupuy hasta recibía en su casa al coronel Morla.

Así pasaron los primeros meses de la confinación.

II

PERO HAY un segundo acto: Aparece Monteagudo. Vicuña Mackenna es, más que generoso, pródigo en su pintura: “Por desgracia para aquellos hombres —dice— llegó a San Luis, proscrito como ellos, un personaje que no había sido vencido, que nunca llevó espada a su cinto, pero que hizo derramar más sangre y más lágrimas en el curso de la revolución americana que los más feroces de sus caudillos. Ese hombre era don Bernardo Monteagudo. . . Refieren los naturalistas que los buitres y otras aves de rapiña acostumbran abastecer con exceso su apetito y abotagados después por la sangre, dejan pasar largos períodos de tiempo sin que necesiten de nuevo apaciguar su gula. Como esas fieras era Monteagudo”.

El historiador hace una ficha biográfica siniestra: saciado en 1818 con la sangre de los Carrera, “derramada por él”; expulsado de Chile por sus intrigas contra San Martín y O’Higgins, había llegado bajo una sentencia de des-

tierro a San Luis, en los primeros días de noviembre de 1818, a mendigar el favor de los que le humillaban. "El genio de Monteagudo, sumiso a los fuertes, terco con los caídos, junto con su historia de crueldades en Potosí, en Buenos Aires y en Mendoza, era una barrera de odio que le separaba inevitablemente de los demás confinados, pero que, por lo mismo, le acercaba al dócil y brutal Dupuy. El tigre y la hiena se habían juntado en aquella jaula del desierto".

Monteagudo venía ahora a Cuyo con ansias de nuevas víctimas. En un punto quiso rivalizar, sin éxito, con los prisioneros de Maipú: en la conquista de la mujer, "porque otra de las hondas pasiones que se encerraban en el alma de Monteagudo, arcano de tantas abominaciones, y que iluminaba a veces el destello de una sublime inteligencia, era la lujuria".

Muchos de los oficiales españoles eran jóvenes, hermosos, seductores por su educación o por su trato y solían encontrarse, con Monteagudo, en las escasas tertulias del pueblo y con más frecuencia, en las casas de las señoritas Pringles, jóvenes de extremada belleza, hermanas de aquel valiente alférez de granaderos a caballo que despertó la admiración de San Martín haciendo prodigios de valor con sus jinetes en los arenales de Chancay.

"Habíase enamorado de una de ellas locamente Monteagudo" y como en la lid llevábanle evidente ventaja los brillantes capitanes del Burgos, "recurrió al envilecido Dupuy para vengarse". Desde que Monteagudo se hizo amigo íntimo del gobernador, la suerte de los prisioneros cambió de aspecto. Comenzaron las sospechas, las restricciones, los castigos. "Lo que más interesaba a Monteagudo era apartar a sus rivales de cortejo y con este fin maquinó el que Dupuy prohibiese a los prisioneros el salir de noche de sus casas". Con este motivo, Dupuy publicó a principios de febrero un bando insultante al honor de los confinados.

El bando que contenía la prohibición produjo en éstos una impresión penosa y profunda. Ordóñez fue el más violento en sus quejas; Primo de Rivera, aún cuando más joven, templaba su rencor. El capitán Gregorio Carretero resolvió vengarse de sus carceleros y obtener para sí y sus compañeros o la libertad o una tumba. Concibió la idea de una sorpresa, mediante la cual, sin derramar la sangre de nadie, ni aún la de Monteagudo, podrían librarse y buscar en la fuga su remedio.

Un solo piquete de tropa cubría en San Luis la guarnición del cuartel donde vivían la mayor parte de los prisioneros españoles y la cárcel pública con reos y montoneros. Existiendo reunidos cerca de cuarenta oficiales valerosos, nada más hacedero que desarmar por asalto la guarnición del cuartel y de la cárcel; apoderarse de Dupuy y Monteagudo; soltar a los montoneros presos y con los recursos de movilidad y de armas que presentaba el pueblo, ganar la campiña para obrar según las circunstancias.

Carretero meditó su idea y la comunicó sigilosamente a Ordóñez, a Primo

de Rivera y a otros pocos que vivían con él. Aprobada por éstos, fijó la mañana del 8 de febrero para ejecutarla.

Como todos habían entregado sus espadas y las únicas armas que era posible adquirir sin causas sospechas eran cuchillos de gauchó, se compraron éstos en la tienda de un italiano llamado Rivelledo.

El capitán español y sus secuaces cometieron dos errores que iban a perderlos. Fue el primero su extremada reserva para con la mayoría de los conjurados a quienes el hecho tomó de sorpresa, infundiéndoles una natural confusión. Fue el segundo, el generoso propósito de no derramar la sangre de sus guardianes³⁹.

Acto final. En las matanzas del 8 de febrero en San Luis, como consecuencia de la abortada conspiración, perdieron la vida Ordóñez, Carretero, Morla, Morgado, "mientras el pundonoroso Primo de Rivera mordía la boca de una carabina prefiriendo morir suicida antes que ser despedazado por los asesinos de los suyos"⁴⁰.

III

MONTEAGUDO se encargó del resto. Proceso breve y sumario. Estaba acostumbrado a aquel género de trabajos. "El arte forense de matar había sido una de las preocupaciones predilectas de su vida y esta vez no puede negarse que puso una admirable expedición en su cometido". Inútil es decir que pidió la muerte para todos los oficiales españoles que sobrevivieron a la catástrofe del 8, sin perdonar ni a los moribundos. Y como Dupuy no hacía sino firmar los pliegos que aquél le presentaba, su dictamen era una sentencia inapelable. El 11 empezaron los fusilamientos. Cuatro días después "amanacieron veinticinco bancos puestos en hilera en la plaza pública de San Luis y a las 9 de la mañana, perecieron con entereza todos los que aún sobrevivían a aquella matanza a destajo, con la excepción sola del sobrino de Ordóñez y de su asistente Moya". Monteagudo hizo firmar a aquel niño una solicitud, en que renegaba todo lo que hay de más caro y de noble en la vida "renunciando a su patria y parientes y empleándose en publicar los crímenes de que había sido testigo". "La política —decía Monteagudo— aconseja ahorrar al menos una víctima".

Marcó del Pont y González Bermedo, aún cuando procesados, fueron por fin absueltos, como ya hemos dejado constancia en la biografía del primero; pues por mucho empeño y maldad que hayan tenido los actuarios, para inmiscuirlos en el proceso, constaba a todos que habían sido completamente extraños a los hechos señalados.

Vicuña Mackenna, de cuya tétrica y literariamente bella descripción de la matanza de San Luis hemos tomado los datos apuntados, concluye así su relación: "De esta suerte quedó consumado aquel tremendo castigo que aterró a América con su inaudito horror. Ciertamente fue que los prisioneros se hicieron

reos de un delito a que los forzó el despotismo de su perseguidor y la desesperación de su desgracia; pero la atroz carnicería que ejecutaron sus carceleros en nombre de la ley, consigna los nombres de éstos eternamente a la infamia y los de aquéllos a la compasión de las edades”⁴¹.

6. LA PLUMA, EL SAYAL Y LA MITRA

I. LA PLUMA

DEJEMOS un momento la espada, que no conoció el reposo en aquella gran lucha civil que fue la emancipación americana y recordemos a aquellos otros partidarios del Rey que, en la revolución chilena, usaron el arma de la persuasión.

Entre ellos, don *Manuel Antonio Talavera Duarte*, que no alcanzó a vestir sayal, pues fue estudiante de teología, graduado en la Universidad de Córdoba, en Argentina y torció su primitiva vocación para dedicarse al comercio.

Talavera había nacido en Villarrica del Espíritu Santo, Uruguay, en 1761. Hijo de don Bernardo Talavera y doña Josefa Duarte y Arce. En Chile hizo estudios de leyes; fue profesor del Convictorio Carolino. Realista acérrimo, al iniciarse el movimiento emancipador, pensó que la manera en que estaba más al alcance de servir al Rey, como fiel vasallo, era redactando un minucioso y documentado diario de los sucesos de que era testigo: abarca desde el 25 de mayo de 1810 hasta el 20 de noviembre de 1811, en el ejemplar más completo que se conserva, cuyo manuscrito alcanza a 1.033 páginas. El título general que le dio Talavera a su obra fue “Revoluciones de Chile”. Publicada en parte en dos ediciones sucesivas durante la República, una tercera, que vio la luz en 1937, ocupa un tomo de “Colección de Historiadores y Documentos Relativos a la Independencia de Chile”. Talavera casó en Santiago en 1794 con doña Agustina Garfias Patiño, dejando distinguida descendencia⁴².

Otro historiador de gran nota, fue el activo militar don *José Rodríguez Ballesteros*, nacido en Madrid a fines del siglo XVIII, hijo de don Juan Rodríguez de Ballesteros, Oidor de la Real Audiencia en 1790 y su Decano en 1808, quien reemplazó al Presidente Muñoz de Guzmán, fallecido ese año.

Don José Rodríguez Ballesteros hizo una larga vida activa en el ejército del Rey, participando en casi todas las acciones de la guerra de la Independencia hasta la rendición de Chiloé en 1826.

Terminada la guerra, Ballesteros se quedó en Chile. Había casado en Santiago con doña Mercedes Riesco y Medina y su hogar se había poblado de

numerosos hijos. En los últimos años de su vida, su situación económica era precaria.

A impulsos del recuerdo de su pasada actuación (y pensando con ello también obtener una ayuda económica) dióse a la tarea ímproba de redactar una crónica de la Guerra de la Emancipación⁴³.

La "Revista de la Guerra de la Independencia de Chile desde 1813 hasta 1826", es una obra escrita en un lenguaje dificultoso, que demuestra la ninguna preparación literaria del autor. Vio la luz, por primera vez, en noviembre de 1851, algunos meses después de su muerte. Rodríguez Ballesteros es verídico, refiere con exactitud lo que ha visto. No escribió en los días turbulentos de la defensa del Rey, cuando él era un militar valiente y arrogante. En la edad madura, los primeros rayos de la tarde, alumbran en su memoria aquel pasado tumultuario.

Y ya que mencionamos a doña Mercedes Riesco, recordemos que su familia figuró entre los realistas más empecinados. Fundada en Chile por don Manuel Riesco de la Vega, natural de la villa de Valderas, en el Reino de León, hijo del General don Santiago Riesco y Alonso y de doña Joaquina de la Vega y Peláez, se estableció en Santiago a principios de 1778 y tres años más tarde casaba con doña María Antonia de la Puente. Viudo en 1788 contrajo segundas nupcias, al año siguiente, con doña Pilar Medina Rodríguez, quien falleció en 1794, quedando don Antonio Riesco viudo por segunda vez. Pero casó por tercera vez con doña Mercedes Droguett y Ballesteros, natural de Rancagua, en 1804. De su primera esposa tuvo ocho hijos, de los cuales tres murieron en la niñez. Diez hijos tuvo de cada una de las otras dos. En la época de la Independencia, su hogar contaba con 25 hijos. Y como todos ellos hubieran preferido morir ahorcados, antes que transigir en un solo punto de sus convicciones realistas, fueron apodados por sus contemporáneos como los "veinticinco godos". Eran tan apasionados en sus actuaciones, como lo fue en el campo patriota la extensa y ramificada familia de los Larraín y Salas, a quienes los llamaban "los ochocientos"⁴⁴.

Don Miguel Riesco y Puente representó a Chile en las Cortes de Cádiz en 1810. Don Manuel Hipólito y don José María fueron funcionarios coloniales. Doña Tránsito, esposa del oidor don Feliz Baso Berri. Y don Mauricio, abogado en 1840, casado con doña Carlota Errázuriz Zañartu, fue padre del Presidente de Chile don Germán. (1901-1906).

Don *Judas Tadeo de Reyes y Borda*, no fue precisamente un defensor del Rey en el sentido militar o intelectual de la palabra. Pero si lo fue en el sentido moral, pues fue uno de los más eficientes, prudentes y activos funcionarios de las postrimerías del gobierno español, cualidades que indudablemente contribuyeron al prestigio del régimen.

Nacido en Santiago en 1756, fueron sus padres don Matías de los Reyes y doña Inés de Borda. Secretario del gobernador O'Higgins, le acompaña en sus viajes por la Frontera. Continuó siendo Secretario de Gobierno bajo los go-

bernadores Marqués de Avilés, Muñoz de Guzmán y García Carrasco hasta que la revolución de 1810 le alejó de su puesto. Osorio, el vencedor de Rancagua, lo hizo nuevamente llamar a la secretaría de la gobernación. Reyes solicitó al virrey le diese un puesto diferente ya que, habiendo nacido y convivido siempre entre chilenos, no quería solidarizarse con la política represiva de los últimos gobernadores reales. Continuó, sin embargo, en su cargo, bajo Osorio y Marcó del Pont.

Reyes no se limitaba a sus actividades funcionarias; tomaba iniciativas y sus informes son valiosos para el conocimiento del país y su época.

Casado con doña Ignacia Saravia Baltierra, dejó numerosa descendencia, entre los cuales se cuentan su nieto, don Antonio García Reyes, el político don Vicente Reyes Palazuelos; don Miguel Luis Amunátegui Reyes, historiador que le dedica casi todo el primer tomo de su obra titulada "Don Antonio García Reyes, y sus antepasados, a la luz de documentos inéditos"⁴⁵.

Y ya que de funcionarios se trata, recordemos a don *José Antonio Rodríguez Aldea*, uno de los más ilustres y que tuvo la particularidad de vivir y de actuar tanto en las postrimerías del régimen español, como en los comienzos de la República chilena, descollando por su clara inteligencia y por su vasta erudición, tanto en uno como en otro régimen. Naturalmente que una figura de esta índole estaba destinada a la discusión y a la crítica. Nacido en Chillán, el 6 de agosto de 1779, fueron sus padres don Agustín Antonio Rodríguez y Alvarez, oriundo de Galicia y doña María Rosario Aldea Canales de la Cerda, chillaneja, acaudalados vecinos de la región. Inició sus estudios en el colegio de misioneros de San Ildefonso, en Chillán. Luego pasó a Concepción, al colegio de San Carlos. En seguida a Lima, para estudiar derecho en la Universidad de San Marcos. En 1810 recibió el doctorado. Inició su brillante carrera de abogado en Lima, ganando un importante y sonado juicio de secularización, que le valió el nombramiento de Notario Mayor de la Curia Eclesiástica del Perú. El virrey le nombró Auditor de Guerra del ejército expedicionario de Chile, que comandaba el general Gaínza, a quien asesoró en Chile, especialmente en los pactos de Lircay.

Oidor Fiscal de la Real Audiencia de Santiago, durante la Reconquista, en aquel cargo, verdadero señor de vidas y haciendas, se mostró generoso con los patriotas vencidos. Su bondad acarreó la ira de Marcó del Pont, que quiso destituirle, no logrando su empeño, pues los oidores sostuvieron a Rodríguez.

Después de Chacabuco, no huyó, como otros realistas; tenía su conciencia tranquila, seguro que su actuación nada tenía de reprochable. Desterrado a Santa Rosa de los Andes, regresó poco después a Santiago por gracia especial de don Bernardo O'Higgins, entonces Director Supremo. Dos años más tarde, en 1819, por expreso encargo del gobierno, evacuó un documentado informe sobre la incorporación del Seminario al Instituto Nacional. Al año siguiente, el 2 de mayo, era nombrado interinamente Ministro de Hacienda.

O'Higgins, que sentía profunda admiración por Rodríguez, y que lo cono-

cía desde los tiempos de su juventud en Chillán, tomó toda clase de precauciones para llevarlo al gobierno, atendido el hecho de haber figurado entre los funcionarios realistas. Pero una vez en el Ministerio, su inteligencia y capacidad hicieron lo demás. Ministro de Hacienda en propiedad, es consejero omnipotente en los últimos años del gobierno de O'Higgins. Discutido y atacado, nadie le niega su capacidad. A la caída de O'Higgins, fue desterrado al Perú, de donde regresó en 1827. Posteriormente fue elegido senador por Concepción y Valdivia.

Tuvo activa participación en los sucesos de esos años, siempre con la mira de hacer regresar al país y al poder al desterrado O'Higgins. Cansado y decepcionado de la política, y habiendo hecho renuncia a su cargo de senador, se retiró definitivamente a la vida privada, dedicándose por entero a su profesión de abogado, en la que obtuvo gran prestigio de jurista, formándose a su sombra jóvenes abogados, como don Manuel Antonio Tocornal.

Rodríguez Aldea falleció el 3 de junio de 1841. Fue un funcionario eficiente y capaz; un político hábil, discutido y atacado; un jurista descollante. Le tocó actuar ante hechos consumados, sirviendo al Rey bajo cuyo régimen nació y se educó y a la República, en que se transformó, tras cruenta lucha, su patria. En su tumba se lee el siguiente epitafio, obra de su amigo y colega don Mariano Egaña: "Don José Antonio Rodríguez Aldea, sabio profundo, filósofo modesto, jurisconsulto y literato eminente".

Casó con doña Mercedes y con doña Rosario Velasco Oruna. De sus hijos, don Luis fue destacado poeta y don José Antonio casó asimismo con dos Velasco: doña Mercedes Velasco Almarza y doña Antonia Velasco Pérez Cotapos.

(Don José Antonio y doña Antonia son los abuelos maternos del actual Presidente de la República, (1958), don Jorge Alessandri Rodríguez).

Entre los miembros de la aristocracia santiaguina adicta al Rey, se destacó por su obstinada actitud, el caballero de Montesa don Santos Izquierdo Romero, oriundo de Nieva de Cameros, Obispado de Calahorra, en España, y avecindado en Chile en el último tercio del siglo XVIII. Fue uno de los más contumaces opositores a la formación del primer gobierno nacional. En 1781 había casado en Santiago con doña Tadea Jaraquemada⁴⁶.

I I . E L S A Y A L

AL HABLAR de la defensa de Chillán, señalamos al convento de propaganda fide que tuvieron allí los franciscanos y que era una verdadera ciudadela bien abastecida, que mantuvo material y espiritualmente el nervio de la defensa de la ciudad realista. El origen de este convento es digno de recordarse.

La evangelización de los indígenas chilenos, fue siempre un motivo de es-

pecial preocupación de los reyes de España, encontrando un renovado impulso en las postrimerías de los Austrias. Por Real Cédula de 11 de mayo de 1697, la Majestad de Carlos II ordenó la formación de una junta de misiones en Chile y el establecimiento en el país de un colegio para educar a los hijos de los caciques de Arauco, correspondiendo al gobernador don Tomás Marín de Poveda llevar a feliz término su instalación. La Junta fundó en Chillán un colegio para indígenas. Allí abrió sus puertas el 23 de septiembre de 1700, bajo la dirección del padre Nicolás Deodati, de la Compañía de Jesús, a quien por su larga experiencia misionera se entregó la regencia del colegio.

No era fácil reclutar el alumnado; los indios, endurecidos en la lucha con el español, miraban con recelo esta iniciativa. Un prestigioso vecino de Chillán, don Pedro Riquelme de la Barrera y Robles, capitán, apodado "El Viejo", los ayudó en su empresa. Venía don Pedro de una familia de abolengo de la Conquista: hijo de don Alonso Riquelme de la Barrera, capitán, alcalde de Chillán en 1640, nieto de don Francisco, hijodalgo, venido a Chile en 1570, y de doña Leonor de Toledo y Alfaro, de la familia Alvarez de Toledo, rama de la casa ducal de Alba.

Pero volvamos a don Pedro. En su juventud estuvo preso de los indios; aprendió su idioma; ello le llevó en la vejez a mantener amistosas relaciones con algunos caciques. Al cabo de muchas idas y venidas logró don Pedro juntar doce indios entre Buroa e Imperial y con ellos regresó a Chillán para iniciar las tareas escolares. Al cabo de pocos meses, se juntaron diecisiete jóvenes⁴⁷.

En el colegio los alumnos aprendían a leer y escribir y recibían instrucción religiosa, asistiendo a misa, frecuentando los sacramentos y la práctica del rosario.

La sublevación de 1723 puso término a la existencia del colegio regentado por los jesuitas. Pasaron años antes de que se reiniciara su tarea docente. Gobernando Chile don Agustín de Jáuregui, bajo el reinado de Carlos III, el colegio abrió sus puertas en Santiago bajo la dirección del presbítero don Agustín Escandón, que había acompañado a Jáuregui al parlamento con los araucanos en Tapihue y estaba habituado a su trato.

Por espacio de once años funcionó el colegio en Santiago, hasta que el Gobierno convino en su traslado a Chillán, donde se confió a los religiosos franciscanos que se habían ofrecido a dirigirlo en condiciones muy favorables para el erario real. Esta benemérita Orden se encontraba en Chile desde 1553 y al hacerse cargo en 1786 del colegio de naturales de Chillán, regentaba ya en esa ciudad el colegio de propaganda Fide que preparaba evangelizadores para Arauco.

El gobernador don Ambrosio O'Higgins miró con especial interés la acción del colegio de naturales y dispuso, en 1791, que la real hacienda le suministrara los víveres necesarios, amén de otras providencias protectoras. En pocos

años se pudo palpar el buen resultado de la acción pedagógica de los franciscanos: Del colegio de naturales salieron tres sacerdotes seculares: Juan Bautista Anicoyán; Francisco Quiñelicán y Pascual Requeante; y tres religiosos: un dominico y dos franciscanos. La mayor parte de los alumnos se dedicó al artesanado. No faltó quien se transformó en maestro de escuela en Yumbel y otros sentaron plaza en el ejército español "y ayudaron a mantener pacificada la misma región que sus connacionales amenazaron por espacio de siglos"⁴⁸.

A fin de educar a los hijos de las grandes familias criollas, los franciscanos se avinieron a abrir en el colegio de naturales una sección especial para ellos. Con otros vástagos de hogares criollos, llegó en 1788 hasta las puertas del establecimiento un niño a quien el Rector, Fray Francisco Ramírez, recibió con especial deferencia e interés: Se llamaba Bernardo Riquelme y todos supieron pronto que era hijo natural del Gobernador del Reino, don Ambrosio O'Higgins, Barón de Vallenar y de doña Isabel Riquelme de la Barrera y Meza. Razones había para tenerle afecto: Su quinto abuelo don Pedro Riquelme de la Barrera, había juntado los primeros alumnos para el colegio; su padre le había favorecido con largueza.

El padre Ramírez fue para el joven O'Higgins un maestro afectuoso y comprensivo; vino a llenar en parte su soledad de bastardo sin hogar.

Don Bernardo le llamaba "taitita". Con religioso respeto conservó una copia de la obra manuscrita "Cronicón sacro imperial de Chile" que el culto franciscano había redactado en sus horas libres para exaltar la obra de los colonizadores españoles en el país y la tarea evangelizadora de los misioneros de su Orden en Arauco.

Junto al Padre Ramírez proporcionaron también enseñanza a O'Higgins, Fray Blas Alonso, vice-rector, y Fray Gil Calvo, maestro de gramática, cuyo carácter alegre e imaginativo atrajo la amistad del joven discípulo. Años más tarde, fallecido su padre el virrey O'Higgins, el hijo, rico heredero de la gran estancia de las Canteras, en los alrededores de Los Angeles, invitaba a Fray Gil, que regentaba a la sazón la misión franciscana en Santa Bárbara, a pasar largas temporadas en su casa.

La rueda de la fortuna da vueltas completas. 1811: O'Higgins va al primer Congreso Nacional; es líder de la minoría insurgente o revolucionaria. 1817: vencedor arrogante en Chacabuco, es Director Supremo de la República. Los frailes franciscanos son en Chillán los más ardientes sostenedores de la causa del Rey. El Director Supremo ordena cerrar el Colegio de Propaganda Fide por estimarlo un peligroso foco de resistencia al nuevo orden de cosas.

En marzo de 1822, Fray Gil Calvo, en la guerrilla del capitán realista Vicente Antonio Bocardo, se presenta como parlamentario a ofrecer su rendición al capitán patriota don Manuel Bulnes. Los términos de la proposición fueron aceptados y con varios de los realistas se remitió al padre Calvo a la capital. Ya en Santiago, el viejo maestro de O'Higgins se convirtió de priso-

nero en huésped de honor: el Director Supremo, desafiando las críticas de los intransigentes, lo alojó en su palacio. "El corazón tiene razones que la razón desconoce". Aquel viejo fraile franciscano le traía al mandatario de Chile el recuerdo agradecido de su afecto, en los años lejanos de su niñez desamparada⁴⁹.

Pero hubo otros de gran envergadura, que conviene recordar.

FRAY JUAN ALMIRALL. Misionero catalán del colegio de franciscanos de Chillán, fue uno de los activos sostenedores de la causa del Rey. Barros Arana le retrata como a "un hombre activo y sagaz, realista fanático, pero artificioso e intrigante, que antes de mucho vino a ser el verdadero secretario del ejército".

Aún cuando la pintura esté hecha por el gran historiador republicano, por mucho que se la despoje de exageración, no queda lejos de la realidad.

Almirall, que tenía un profundo conocimiento de quienes eran los adictos y contrarios a la causa del Rey, sirvió mucho a los realistas en repetidas ocasiones.

Fue capellán de la tercera división del ejército real. Secretario de Pareja en 1813; de Sánchez, después de la muerte de Pareja; de Gáinza, más que secretario, fue su asesor.

Era de palabra fácil e insinuante, literato y orador. Fue un activo consejero de los jefes realistas. Intervino en la redacción de sus notas, de sus gestiones y comisiones ante el Gobierno patriota y ante las autoridades limeñas. Durante el sitio de los realistas en Chillán, mantuvo el fuego sagrado del entusiasmo por la causa del Rey. Convirtió a Chillán en una verdadera ciudadela bien abastecida. En el sermón de las solemnes honras fúnebres que pronunció a la muerte del brigadier Pareja, le comparó con los más célebres guerreros de la antigüedad⁵⁰. Su palabra ardiente llamaba a oficiales y soldados a la guerra santa y avivaba las brasas del entusiasmo, aventando como a ceniza la desilusión.

FRAY MELCHOR MARTÍNEZ, fue un religioso español que se había conquistado en Chile una gran reputación de teólogo y de misionero. Nacido en 1762 en la pequeña villa de Santo Tomás de Monteaiguado, en La Coruña, tomó muy joven el hábito franciscano y fue mandado al Perú a evangelizar indios. En el convento de propaganda Fide, de Chillán, terminó sus estudios sacerdotales a los veinticuatro años de edad. Desde entonces y por diecinueve años ininterrumpidos, predicó el Evangelio entre los araucanos. En 1805, a causa del mal estado de su salud, producido por muchos trabajos misioneros y por el rigor del clima, sus superiores lo trasladaron a Santiago. Por este tiempo redactó un interesante informe sobre las costumbres, la lengua y el

carácter de los araucanos, que conocía como nadie. Este escrito le dio cierto prestigio de hombre de ilustración y letras.

Realista de alma, su fidelidad al Rey le acarreó bastantes padecimientos durante la Patria Vieja. Cuando se produjo la Reconquista española, don Mariano Osorio lo llamó a su Consejo y gozó durante todo ese período de una alta y respetada situación.

“Martínez veía más claro que el común de los funcionarios realistas en el nervio y las causas profundas del movimiento revolucionario, y también tenía un nítido sentido de la situación política y militar del momento. Recordemos que su gran consejo a Osorio y después a Marcó, sucesor de aquel, fue de pasar los Andes y de atacar y destruir totalmente los restos del ejército insurgente que se había refugiado en Argentina”⁵¹.

Por real orden dada en Madrid el 31 de julio de 1814 se encomendó al Presidente de Chile que encargase “a uno o más sujetos de conocida literatura, sagacidad, madurez y criterio, el escribir en estilo sencillo y correcto unas memorias en que se describan imparcialmente y con toda verdad...” los sucesos ocurridos durante la cautividad de Fernando VII, sus causas, qué personas surgieron y figuraron en ellos, qué se propusieron, “que pactos formaron o intentaron formar con otras provincias de la monarquía o de reinos extraños; con todo lo demás que fuere del caso y conviniere para ilustrar la materia y dar una completa y exacta noticia de las ocurrencias militares y políticas que ha sabido en el largo curso de tan desgraciados acontecimientos...”

Osorio encargó esta delicada tarea al padre Melchor Martínez, dándole las facilidades del caso para que formase una completa colección de documentos con que ilustrar su labor. Nombró además una comisión consultiva que asesorase al historiador oficial.

Fray Melchor Martínez acometió la empresa con entusiasmo. “Acopió con paciencia los materiales de que pudo disponer en el país; pidió al Perú otros y recogió informes acerca de los sucesos de boca de varias personas que habían actuado en ellos”.

A fines de 1815 tenía el padre Martínez terminado, en bosquejos, una reseña histórica de los primeros tres años y medio de la Revolución, pero creyó necesario no darlo a la publicidad sin dejar pasar un tiempo que le permitiera decir toda la verdad sin recato. Pidió permiso para trasladarse a España. No lo obtuvo, ya por la lentitud de las tramitaciones que debía seguir su solicitud, ya porque Marcó del Pont, sucesor de Osorio, estimó indispensable la compañía de tan fiel consejero.

Después de la caída definitiva del gobierno español, el padre Martínez permaneció prisionero en San Luis hasta 1820. El vecino de Mendoza don Agustín Moyano consiguió permiso para llevarlo de capellán a su casa de campo. Después de 1825 pudo trasladarse a Buenos Aires y de allí a Europa. Se avercindó en Burgos, donde murió en 1840.

Después de la batalla de Chacabuco, cuando los patriotas ocuparon Santiago, hallaron en el Palacio de Gobierno el manuscrito de la obra que conocemos del padre Martínez, acompañado de un importante legajo de documentos que le servía de apéndice. Se publicó en 1846 con el título de "Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814. Escrita de orden del Rey por Fray Melchor Martínez".

Barros Arana dice que este libro "constituye una fuente utilísima y suficientemente abundante de informaciones casi siempre seguras; y aunque inspirado por un odio invencible contra el partido revolucionario, que parece excluir todo sentimiento de justicia, no es difícil descubrir en estas páginas algunos pasajes en que se percibe la razón y la necesidad de aquel movimiento. Además de este mérito, la "Memoria Histórica" tiene el de haber conservado un abundante caudal de documentos, algunos de los cuales se habrían quizás perdido sin la diligencia que este cronista puso para buscarlos y confeccionarlos".

Recordemos, por último, a FRAY JOSÉ MARÍA DE LA TORRE, religioso dominicano de Concepción, a quien tenía por ardoroso patriota, cuando en 1813, año de las primeras invasiones realistas, estuvo entre los que componían el consejo de guerra de Concepción. Carrera le mandó procesar por estar conspirando contra las nuevas instituciones. Después de la victoria realista de Rancagua, se afanaron los triunfadores en reorganizar la imprenta que había adquirido el Gobierno revolucionario y que don José Miguel Carrera había desmontado, llevándose una parte de su material. En los primeros días de noviembre de 1814 se consiguió reorganizar de algún modo la imprenta y se empezó a publicar un periódico de ocho páginas en octavo que se llamó "Gaceta del Gobierno de Chile" que llevaba por primer lema estas palabras: ¡ Viva el Rey!

La redacción de la Gaceta fue confiada a Fray José María de la Torre que era tenido por reputado literato y realista incontrastable. La "Gaceta del Rey" se publicó entre noviembre de 1814 y febrero de 1817 y constituye una valiosa colección de documentos para la Historia de Chile durante ese período, por más que las autoridades españolas no hicieren publicar más que una parte reducida de sus resoluciones gubernativas y escasas noticias sobre los sucesos de cada día.

A pesar de la colaboración pedida por el director del periódico, parece que, con muy escasas excepciones, la redacción fue íntegramente obra suya. Torre era un literato mediocre pero realista a machamartillo. La "Gaceta" del 8 de diciembre de 1814, nos da una muestra de su estro:

"Felices pechos, nobles y constantes,
mártires del rigor más inhumano,
recibid parabienes festivos,
pues ya empuñó su cetro el gran Fernando.

Cuanto habéis sufrido por su amor
ya tenéis que el tiempo lo ha pasado
y os dejó para todos los siglos
de triunfo y de glorias coronados"⁵².

III. LA MITRA: EL OBISPO RODRIGUEZ ZORRILLA

I

EL ILUSTRÍSIMO y Reverendísimo Obispo de la Concepción, don *Diego Antonio Navarro y Martín de Villodres*, quiso consagrar al Obispo electo de Santiago, don José Antonio Rodríguez Zorrilla, en la capital, no consintiendo que éste viajase a Concepción a fin de que la ceremonia se efectuase pronto, como el último quería. Habían empezado las lluvias y había pocas probabilidades de que el Obispo de Concepción pudiera salir de su diócesis antes de la primavera de 1816.

Gobernaba a Chile desde comienzos del año don Francisco Casimiro Marcó del Pont y el Obispo de Concepción, acérrimo realista, deseaba que el Presidente solemnizara la entronización del nuevo Obispo, asimismo, gran partidario del Rey.

Navarro Villodres era andaluz; en su patria había desempeñado varias cátedras universitarias. Se hallaba de canónigo en Córdoba cuando el Rey le presentó para la diócesis de Concepción, en 1806. Llegó a su sede en 1810 acompañado de su primo, don Diego María Martín de Villodres que le sirvió como su provisor.

Fue en 1813 el consejero más autorizado de Pareja. Intendente de Concepción al fallecimiento de este jefe, al saber la aproximación de los patriotas, había entregado el mando de la provincia al Conde de la Marquina, jefe de las milicias provinciales. El Obispo se embarcó para el Perú; no deseaba ninguna transacción con los patriotas. El Arzobispo de Lima le dio la parroquia de Pasco, para que tuviera medios de subsistencia. A mediados de 1815, reconquistado Chile por los españoles, el Obispo volvió a su sede, acompañado siempre de su primo. Después de Chacabuco, Villodres regresó al Perú, habiendo sido trasladado a la diócesis de La Paz. Poco después se le promovió al Arzobispado de La Plata; más tarde la guerra de la Independencia encendida en el Alto Perú le obligó a regresar a España, donde murió⁵³.

Durante las ausencias de Villodres fue gobernador del Obispado de Concepción el Pbro. don Joaquín de Unzueta e Ibieta, nacido en Concepción, en 1770, hijo de don Manuel de Unzueta e Isla, oriundo de Bilbao y de doña Isabel de Ibieta y Espinosa Velarde, nacida en Concepción. Fue cura de

Cauquenes en 1804; canónigo penitenciario de Concepción, en 1811. En 1813 el clero realista reunido en Chillán, le eligió gobernador del Obispado. En 1818 volvió a desempeñar dicho cargo. Fue un realista empecinado.

El Obispo Navarro Villodres dejó fama de su espíritu inquieto y su realismo irreductible. Mucho antes de lo que Rodríguez Zorrilla pensara, el Obispo de la Concepción llegó a Santiago, habiendo desembarcado el 17 de mayo de 1816 en Valparaíso.

El virrey del Perú había armado una escuadrilla para combatir a los corsarios, la que tocó en Talcahuano el 13 de aquel mes después de reconocer los mares de Chile hasta la isla de la Mocha. El movedido Obispo no desperdició la oportunidad que se le ofrecía para trasladarse a Santiago y se embarcó en una de esas naves. Ya en la capital fue huésped del palacio episcopal y Rodríguez Zorrilla no consintió le consagrarse inmediatamente, a fin de que Su Ilustrísima pudiera reponerse de las fatigas de tan prolongado crucero marítimo.

II

LA CATEDRAL de Santiago, el 29 de mayo de 1816, rebosaba de fieles. Tuvo el Gobierno necesidad de poner tropa dentro de las naves para mantener el orden. La Catedral, con colgaduras de terciopelo granate y oro, brillante de luces y pendones, presentaba un solemne aspecto. El clero regular, aún cuando en materias políticas se encontrara dividido, había acudido a la consagración del nuevo Obispo. Mercedarios y agustinos, dominicos y franciscanos, estaban representados por sus jerarquías.

Pálidos seminaristas, teólogos y bachilleres, diáconos y subdiáconos, clérigos de doradas casullas, canónigos de avanzada edad, pasaban bajo los arcos en dos hileras, en larga procesión: Rezaban con sordo rumor y sus manos cruzadas sobre el pecho oprímían los birretes mientras los flotantes hábitos rozaban las losas.

Servían de Obispos asistentes las dignidades del coro catedralicio don José Antonio Errázuriz y don Manuel José de Vargas, y de padrinos, el Presidente Marcó del Pont, don Francisco García Huidobro, marqués de Casa Real y don José Joaquín Rodríguez Zorrilla, que ya estaba nombrado oidor de la Audiencia de Quito⁵⁴. Los padrinos presentaron los regalos. Cantaban los coros de seminaristas y los latines litúrgicos resonaban bajo las naves entre el chisporroteo de los cirios y el olor del incienso. El Obispo de la Concepción entregaba al de Santiago las insignias episcopales. La Mitra que recuerda el tiempo de los persas; el báculo del pastor; el anillo del pescador. El más contumaz de los clérigos realistas recibía, después de tantas vicisitudes, la esperada consagración. Acto seguido, autoridades civiles, militares y eclesiásticas, títulos de Indias, y los españoles de mayor copete, pasaron al vecino palacio para besar la pastoral amatista de Monseñor.

HIJO DEL caballero español don Manuel Rodríguez Zorrilla y de la dama chilena doña María del Carmen Idoate y Pozo-Silva, don José Santiago Rodríguez Zorrilla nació en Santiago el 30 de diciembre de 1752. En su árbol genealógico había dos Obispos en ramas colaterales: Don Alonso del Pozo Silva y Alemán, Obispo de Concepción y Arzobispo de Charcas y Don Manuel de Alday Aspée Ruiz de Berecedo y Alemán Pozo Silva, que fue su protector y a cuyo lado pasó los primeros años de su vida eclesiástica.

Convictorio de San Francisco Javier: primeros estudios, bajo la dirección de jesuitas. Universidad de San Felipe luego: filosofía y teología. Bachiller, en 1770 acompaña a Lima al Obispo Alday. Regresa a Chile con su Obispo en octubre de 1773. En 1775, doctor en Teología; presbítero. Alday le nombra su mayordomo. En el coro catedralicio, en 1796. En 1802 la Real Audiencia le da el título de abogado. 1788: Rector de la Universidad de San Felipe, de la que ya había sido vicerector; en 1803, por tercera vez Rector. Como su familia era pobre, obtuvo en 1792 la parroquia de Renca, que podía servir desde Santiago. En 1807 fue elegido vicario capitular, por fallecimiento del Obispo Marán. Durante la lucha de la Independencia, siendo decidido realista, se le separó del gobierno de la diócesis, desde que el Obispo Martínez de Aldunate tomó posesión de ella, en virtud de las usuales cartas de "ruego y encargo"⁵⁵.

Durante la invasión realista de Pareja, en 1813, gobernaba la diócesis como vicario capitular el Obispo de Epifanía, Andreu y Guerrero, decidido partidario de la Independencia. En la memorable sesión del Cabildo eclesiástico en que aquél fue designado vicario capitular, Rodríguez Zorrilla estampó su protesta, alegando que había existido imposición de la Junta de Gobierno patriota.

Andreu y Guerrero exhortaba a los chilenos a defenderse de la invasión de Pareja en una Santa Pastoral que concluía así: "Quisiera, decía, no tener en estas circunstancias el carácter sacerdotal para ir al frente de vosotros. Mirad que os habla un verdadero sucesor de los apóstoles que no lleva otro interés que vuestra felicidad... Nada os acobarde; empuñad la espada y creed que el Dios de las misericordias protegerá la más justa de las causas"...

El general José Miguel Carrera, jefe del Gobierno de Chile, confinó a Colina a Rodríguez Zorrilla, quien se había negado a jurar la Constitución de 1812, dictada bajo su Gobierno, y que se había quejado al Arzobispado de Lima por la designación del Obispo de Epifanía. La Constitución de 1812 prohibía obedecer órdenes de cualquier autoridad de fuera del territorio chileno. El rigor y la adversidad del clima del invierno de 1812 influyeron en la delicada salud de Rodríguez Zorrilla y le postraron en cama. Uno de los vocales de la Junta de Gobierno de 1813, don Agustín de Eyzaguirre, que tenía su fundo en las inmediaciones, a pesar de la firmeza de sus ideas patriotas, pasó cierto

día a visitarlo, y hallándole enfermo, comunicó la noticia a sus colegas: la Junta, compadecida de él, le autorizó para residir en su quinta en los alrededores de Santiago, con prohibición de pasar a la ciudad, y en ella continuó residiendo hasta el año siguiente.

En 1812, el Consejo de Regencia de España lo había presentado para la mitra santiaguina. El Papa lo instituyó, pero los gobiernos patriotas le impidieron tomar posesión de la diócesis hasta que sobrevino la Reconquista española, triunfante el 1° y 2 de octubre de 1814. Rodríguez Zorrilla asumió la gobernación de la diócesis. En mayo de 1816, en pleno Gobierno de la Reconquista, fue consagrado en la Catedral de Santiago, como ya hemos visto.

IV

UNO DE LOS primeros pasos dados por Osorio, el vencedor de Rancagua, para el castigo de los eclesiásticos patriotas, fue pedir informes al Obispo electo acerca de los clérigos y frailes que hubiesen cooperado a la revolución. En el clero secular no eran muy numerosos los que habían tomado parte activa en ella. Los más notables habían sido los canónigos don Pedro de Vivar y Azúa y don Juan Pablo Fretes, y dos presbíteros: don Joaquín Larraín y Salas y don José Ignacio Cienfuegos. Para Vivar, anciano y achacoso, el castigo se redujo a recluirlo en el convento de la Recoleta Dominica. Fretes, más precavido, se había ausentado de Chile.

El Pbro. don Joaquín Larraín había querido huir a Mendoza; pero tranquilizado por el Obispo electo, que le aseguró que nada tenía que temer, engañado tal vez por las seguridades que le dio el gobernador Pizana respecto de las clementes intenciones con que llegaba Osorio, desistió de su viaje. Pero fue reducido a prisión y desterrado a Juan Fernández. El Pbro. Larraín atribuyó a perfidia de Rodríguez Zorrilla las seguridades que le había dado y le guardó por ello profundo rencor⁵⁶. A más de los nombrados, fueron sometidos a juicio los presbíteros don José Ignacio Cienfuegos, don Juan Pablo Michelot, don Juan Valero, don Nicolás Rojas, don Marcos Gallo, don Juan José Uribe y don Francisco José del Castillo. A todos ellos se les formó proceso, por un tribunal compuesto por el obispo y un juez real, como lo pidió el fiscal don Prudencio Lazcano.

Las comunidades religiosas informaron acerca de su personal y de sus conventos. En resumen, el Obispo informó que de los quinientos religiosos que había en Chile, unos sesenta y cuatro se habían señalado como patriotas. Los que quedaron en Chile fueron reunidos en algunos conventos bajo vigilancia de superiores de confianza. Tres religiosos y un corista agustino, que el provincial P. Lazarte declaró incorregibles y dignos del destierro en Juan Fernández, según el Obispo electo Rodríguez Zorrilla, fueron encerrados en los castillos de Valparaíso, por enero de 1815.

Y aquí viene una pequeña historia curiosa que le ocurrió al Cabildo ecle-

siástico de Santiago. Después de la muerte de Pareja, los patriotas se apoderaron de su equipaje, en el cual venía la venera de la Orden de Santiago, a la cual el general español pertenecía. La Junta revolucionaria dispuso que esta venera se pusiese con una cadena de oro a la imagen del apóstol Santiago, patrón de la ciudad y el cabildo eclesiástico accedió a ello sin dificultad. Osorio tomó todo esto muy a mal y el 12 de noviembre de 1814, al mes y días de su victoria en Rancagua, dirigió al Obispo electo una nota, en la que decía que "... había leído el oficio que en junio pasado dirigieron los mandatarios Pérez, Infante, Eyzaguirre y Egaña al V. Deán y Cabildo de esa Santa Iglesia Catedral con la venera de Santiago tomada por el llamado ejército restaurador en el equipaje del brigadier D. Antonio Pareja, general del ejército nacional, y que ha leído con bastante sentimiento y admiración la contestación dada por los canónigos, a quienes perdona su debilidad; y que para darles una evidente prueba de ello ha de merecer a US. I les prevenga que el próximo domingo, antes de darse principio a la función "se quite del busto del santo patrón con la misma ostentación y por la misma mano que la puso la referida venera y su cadena, que deseo remitir a mi señora doña Josefa Septien, viuda del citado brigadier, como alhaja que legítimamente le pertenece...".

El Obispo comunicó al cabildo la orden. Los canónigos, entre los cuales había algunos realistas, como Vargas, no recibieron en silencio esta reprensión y humillante perdón y expusieron en una nota al general las razones que habían tenido para acceder a lo pedido por la Junta.

V

RODRÍGUEZ Zorrilla era implacable; no conocía el miedo. El ejército de la patria, después del triunfo de Chacabuco el 14 de febrero de 1817, hizo su entrada triunfal en Santiago. El Obispo permaneció en su palacio. O'Higgins, Director Supremo de Chile, el día 25 recluyó en la Recoleta Dominica a los religiosos que durante la Reconquista habían predicado con mayor fuego contra los patriotas y ordenó al prior que no les permitiese celebrar, predicar ni confesar. Al día siguiente, 26, comenzó para el impertérrito Obispo la vía crucis. O'Higgins le desterró a Mendoza. Debían acompañarlo en su destierro los canónigos don Manuel José de Vargas, D. José Javier Garro, D. José Antonio Rodríguez y el provisor D. Juan de Dios Arlegui, sobrino del Obispo. Quedó como gobernador del Obispado don Pedro de Vivar, a quien sucedió aquel mismo año el canónigo don José Ignacio Cienfuegos, ambos decididos patriotas.

El Obispo permaneció en Mendoza cuatro años. Su salud estaba quebrantada; sin fortuna personal con que mantenerse, vivía en la mayor pobreza. No pudo, en los primeros tiempos en Mendoza, por oposición del intendente,

atender al ejercicio del orden episcopal, administrar el sacramento de la confirmación ni conferir órdenes sacerdotales.

El Obispo dirigió a O'Higgins amarguísimas notas sobre su situación penosa, reclamando sus derechos y protestando de las actuaciones del vicario Cienfuegos, que invadía en su diócesis sus atribuciones privativas.

El deán don José Antonio Errázuriz, su fiel amigo, le enteraba de lo que pasaba en Chile.

Sus sufrimientos y su entereza de carácter le habían ganado las simpatías de muchos que, en los primeros días del triunfo, miraron con indiferencia, si no con regocijo, su destierro. En el invierno del año 1820 sufrió el Obispo una grave enfermedad que puso en alarma al clero de Santiago.

El 1° de enero de 1821 escribía el Obispo al Director O'Higgins una carta en que le refería sus pobreza. Dos años hacía que reclamaba de Cienfuegos las cuartas episcopales, y éste ni siquiera contestaba sus cartas; debía un año de alquiler por la casa; sus compañeros estaban casi desnudos y concluía se le ayudase a salir de estos apuros con las rentas de la mitra.

El 20 de febrero siguiente, conociendo las noticias del triunfo del Ejército Libertador en el Perú, escribió al Supremo Director una carta en que le felicitaba por estos éxitos. La actitud del Obispo, tenido por realista indomable y cuyo carácter pundonoroso y entero todos reconocían y aún admiraban, fue recibida con suma satisfacción por el Gobierno chileno. El 3 de marzo de 1821 el ministro don Joaquín Echeverría comunicaba al Obispo que el Supremo Director accedía a que trasladase su residencia a Chile, a la ciudad de Melipilla, con tal que delegase "todas sus facultades jurisdiccionales en la persona que mereciese la confianza del Gobierno" "S. E. espera —añadía el ministro— que la presencia de US. y su amor a la patria y a su grey, acabarán de desvanecer todo motivo de precaución y acaso le proporcionarán pronto el placer de ver a US. I. reasumiendo el ejercicio de sus facultades, dirigir sabiamente su iglesia y edificarla con el ejemplo de sus virtudes".

El Obispo aceptó agradecido la propuesta que se le hacía y se alistó para emprender el regreso apenas lo permitiese su salud.

VI

YA EN CHILE respiró aliviado: sería por breve tiempo. En abril de 1821 ya estaba en San Vicente, fundo de la familia Rozas y en mayo hacía ordenaciones en el oratorio de Melipilla. Uno de sus primeros cuidados fue atender el gobierno de la diócesis, dándolo a persona de su confianza, que la mereciese también de la autoridad civil, la cual no se allanaba a permitirle gobernar personalmente. La persona elegida fue el deán de la catedral de Santiago, don José Antonio Errázuriz Madariaga, con quien había cultivado tan amistosas relaciones epistolares durante el destierro.

El deán Errázuriz era ya muy anciano y tenía la salud achacosa. Pocos

meses después del nombramiento falleció. También falleció en octubre de aquel año el presbítero don José Antonio Rodríguez, que había sido compañero de destierro en Mendoza. El Obispo se iba quedando solo.

Propuso para el gobierno de la diócesis al Pbd. don José Alejo Eyzaguirre, que gozaba de gran prestigio social, bastante instrucción y virtudes nada comunes; pero su actitud prescindente en los sucesos de la emancipación, le atrajo de parte de O'Higgins la acusación de realista, por lo que la proposición fue rechazada; eligiendo el Obispo para ejercer el cargo al chantre José Antonio Briceño. El Supremo Director dio el "placet". Las cosas iban mejor: En diciembre de aquel año, Rodríguez Zorrilla se hallaba instalado en su chacra a las puertas de Santiago. El 20 de agosto de 1822, era repuesto en su sede.

A principios del año siguiente, abdicaba el Poder el Supremo Director O'Higgins. Lo sucedía el general don Ramón Freire y Serrano. El Gobierno había enviado a Roma al canónigo Cienfuegos con una misión diplomática: obtener el reconocimiento de la Independencia. Roma le recibió como encargado de negocios, ya que no reconocía aún la Independencia de Chile, y envió al país, en calidad de vicario apostólico, ya que no podía hacerlo de nuncio, a Monseñor Juan Muzi, quien venía acompañado del canónigo don Juan María de los Condes de Mastai Ferratti, más tarde Papa con el nombre de Pío IX.

Mientras tanto preocupaba al Gobierno y al Congreso la actitud del Obispo con respecto a su fidelidad al Gobierno de la República. Unos y otros se daban seguridades que el Obispo había cambiado su opinión de realista fervoroso, convenciéndose que la independencia americana era ya un hecho definitivo.

Sin embargo, en agosto de 1824 el general Freire decretaba la separación del Obispo Rodríguez Zorrilla del gobierno de la diócesis, le ordenaba nombrar gobernador del Obispado a don José Ignacio Cienfuegos y salir desterrado a Melipilla dentro de tercero día. Se le asignaba para sustento la suma de seis mil pesos.

Por aquellos días Estados Unidos había reconocido la Independencia de Chile y en abril de 1824 los periódicos de Santiago publicaban la traducción del célebre mensaje del Presidente Monroe a los países americanos. El Gobierno de Chile se sentía fuerte.

El decreto de separación del discutido Obispo fundábase: en la constante oposición del prelado a la independencia nacional; en el favor que prestaba a los eclesiásticos que se habían distinguido por su odio a la revolución; en el empeño que ponía en colocar a la cabeza de las parroquias a eclesiásticos que, "por sus crímenes contra el país" habían sido castigados con extrañamiento y otras penas y en haber cometido el atentado de agregar a sus títulos el de "del Consejo de Su Majestad".

El oficio del Ministro don Francisco Antonio Pinto, que acompañaba al de-

creto, decía que el Supremo Director estaba persuadido que su permanencia en la silla episcopal comprometía "la tranquilidad del país y su seguridad".

Algunos vecinos de Santiago trataron de obtener la revocación del decreto; pero el Obispo lo impidió.

En diciembre de 1825, a raíz de una agria polémica entre el canónigo Cienfuegos, gobernador eclesiástico de la diócesis, el Obispo y el Gobierno civil, éste concluyó por extrañar a Rodríguez Zorrilla y enviarlo en una nave a México. Fue embarcado en la goleta "Moctezuma" para el puerto de Acapulco.

Ya en Acapulco, el clero y el pueblo acogieron al Obispo con grandes demostraciones de cariño: No así el Ministro, entusiasta revolucionario, que, no obstante y con la mayor deferencia, encargó al coronel José Manuel Izquierdo, a cargo de un piquete de caballería, que lo acompañara a través de todo el ancho de México hasta el puerto de Vera Cruz, para proporcionarle los medios de viajar cómodamente y que, si necesitaba recursos, estaba pronto a suministrárselos.

El Obispo, atravesando el territorio mexicano por el camino más corto, que siempre resultaba en aquella época interminable, llegó hasta el puerto de Vera Cruz, en el golfo de México y allí tomó pasaje para Nueva York, porque probablemente no le sería fácil embarcarse directamente para Europa. Detúvose unos días en Nueva York y luego se embarcó para el Havre.

En definitiva, se estableció en Madrid. Murió en abril de 1832, cuando estaba próximo a regresar a Chile.

No había claudicado de su fervor realista; pero el dominio español en América era ya un sueño que se había esfumado.

VII

RECUERDO una conferencia que dió un distinguido historiador en la Universidad de Chile. Trató del viaje del Obispo Rodríguez Zorrilla desde Acapulco a Vera Cruz. Por los terribles caminos mexicanos, cruzados de bandoleros y de torrentosos ríos, el septuagenario Obispo, molido y achacoso, daba tumbos de un lado para otro. Su comitiva le seguía penosamente. Todos carecían de dinero y les faltaba para el largo viaje que les sería forzoso seguir. Rodríguez Zorrilla solicitó ayuda al ministro mexicano, quien puso oídos de mercader.

El viaje era largo, pesadísimo. El Obispo iba, el Obispo venía. Llegaban casi al golfo de México; ya veían las pirámides de la antigua cultura maya. Villa Rica de la Vera Cruz, la ciudad dorada de los conquistadores, estaba ya cerca. Nada; vuelta atrás. Surgía un inconveniente. El Obispo enfermaba; la comitiva también. El público estaba impaciente: ¿Volvería el Obispo hasta Acapulco? La hora avanzaba. El conferenciante resumía; rápidas, pasaban hojas y hojas sin leerse, entre sus manos nerviosas. ¿Desharía otra vez el Obispo el largo, el interminable viaje? Larga, zarandeada, llena de obstáculos.

los y de inconvenientes, sin llegar nunca a puerto, había sido la vida del eminente, del venerable Obispo. La caravana se va acercando a Vera Cruz. Con un suspiro de alivio, todos ven llegar, por fin, al puerto de destino a Su Ilustrísima.

En la vida real, sin embargo, sus sufrimientos no terminaron allí: En Vera Cruz había fiebre amarilla. Su secretario y sobrino, don Juan de Dios Arlegui y un criado, enfermaron del terrible mal.

El Obispo tuvo el dolor de verlos morir de esa enfermedad durante la travesía y de que sus restos fuesen sepultados en el mar.

Con gran entereza, solo, proa al destino, seguía impertérrito el largo viaje de su vida, Monseñor.

7. PEQUEÑA HISTORIA DE DISENSIONES FAMILIARES

I

LA DIVISIÓN y la confusión más increíbles, reinaban en numerosas familias chilenas durante esa gran lucha civil que fue la emancipación. “Godos o sarrazenos”, como se llamó a los realistas, e “Insurgentes” o patriotas, disputaban en el seno de los hogares. Luego la guerra dividió a las familias, separó a padres de hijos, a hermanos de hermanos, destruyendo la paz familiar.

Ya hemos hablado de la extensa familia de los Larraín y Salas, llamada por sus vinculaciones “de los ochocientos”. Esta estirpe estuvo sin vacilar al lado de la República, mientras la rama mayorazga, que ostentaba el título de marqués de Larraín, formaba en las huestes del Rey.

Don José Toribio de Larraín y Guzmán, primer marqués de Larraín, fue de los que encabezaron, con los marqueses de Casa Real y de Montepío y con el conde de Quinta Alegre, la lista de adhesiones al Rey de España en el Cabildo abierto celebrado en Santiago el 9 de febrero de 1817, en vísperas de la batalla de Chacabuco.

Los marqueses de Casa Real, don Vicente García Huidobro y Morandé y doña María del Carmen Martínez de Aldunate y Larraín, fueron amigos y contertulios de los últimos gobernadores del Rey, Osorio y Marcó del Pont. El marqués de la Pica, Coronel don José Santiago Bravo de Saravia Irrarrázaval, nacido en su estancia de Pullally, en 1734, fallecido en Santiago en 1824, aun cuando se mantuvo ajeno al movimiento revolucionario de 1810, fue partidario del Rey. No así su hijo el mayorazgo don Miguel Antonio Irrarrázaval y Solar (1767-1831), quien fue un patriota decidido: dos actuaciones suyas bien notorias lo demuestran: sofocó un movimiento subversivo de

tendencia realista, en Illapel, en marzo de 1818, y decidido adversario de O'Higgins, tomó la dirección de las fuerzas que desde el Norte se dirigieron a Santiago para derrocarlo, en 1823.

II

EN LAS FAMILIAS del Sur la lucha provocó grandes divisiones: la actuación de algunas aparece confusa, pues muchos de sus jefes, ante el hecho consumado de la emancipación, aparentemente se avinieron al nuevo orden de cosas, aun cuando secretamente continuaron aferrados a su antiguo ideal.

DON RAFAEL ANGUITA Y RONDON, nacido en Los Angeles, en 1764, descendiente de una hidalga familia de Jaén, era Comandante del Fuerte de Tucapel, bajo el Rey. Casado con doña Josefina Henríquez en 1793, era padre de numerosa familia. Durante la Patria Vieja, abandonando sus antiguos afectos, abrazó la causa de los Carrera. Capitán en 1814, se encontró en el desastre de Rancagua, después del cual emigró a Mendoza. Luego de la victoria patriota de Chacabuco, se incorporó al ejército de Chile. Los realistas lo aprehendieron en Los Angeles, el 4 de enero de 1818, y a fin de vengar su desertión y abjuración a la causa del Rey, "lo amarraron de pies y manos y lo arrojaron al río".

Muy dividida estaba en esa época la familia fundada en Chillán por el vizcaíno don DOMINGO DE AMUNÁTEGUI Y ALDECOA, venido a Chile con factorías comerciales, a fines del siglo XVIII, quien había casado en Chillán con doña Mercedes Muñoz y Sotomayor, criolla, por línea materna, vástaga de conquistadores. Don Domingo y sus menores hijos José Gregorio y José María fueron realistas decididos; a raíz del triunfo de los patriotas se establecieron en Lima, donde los hijos aun residían en 1846. Don Domingo regresó a Chile antes de 1843, año en que otorgó su testamento en Chillán.

El hijo primogénito, don José Domingo Amunátegui y Muñoz, fue en cambio patriota de corazón: casado en Santiago con doña Carmen Aldunate Irrázaval, decidida partidaria de la República, formaron un hogar donde se respiraba el más ardoroso patriotismo. Ello explica el apasionamiento anti-español que bebieron en la cuna sus ilustres hijos, don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate, célebres historiadores de la República.

No faltaron, sin embargo, entre las mujeres chilenas, apasionadas defensoras del Rey. Recuérdase en Chillán a doña *Cruz Arrau y Santa María*, hija de don Lorenzo de Arrau, oriundo de Cataluña, dueño de la gran estancia de Cato, y de doña Isabel de Santa María Escobedo. En la defensa de la ciudad realista colaboró eficazmente con los jefes militares y ayudó después a los Pincheiras, pequeños propietarios, antiguos inquilinos de su padre, cuando enarbolaron, durante la "Guerra a Muerte", el estandarte español.

En Talca se tiñió de pasión realista la familia fundada por don JUAN ANTONIO DE ARMAS Y ARTEAGA, nacido en Lima, de padres oriundos de Canarias, y

que había formado su hogar con doña Feliciano de la Cruz y Burgos, talquina, en cuya ciudad se había radicado Armas y donde combatió pesadamente a los patriotas. Licenciado en Derecho, había arribado a Chile en 1800 como oficial de pluma de la Secretaría de gobierno de Chile. Los patriotas le desterraron a Mendoza después de Chacabuco, pero se le concedió carta de ciudadanía chilena, en 1822, después de abjurar de "la causa realista y sus faltas".

Entre los realistas exaltados que emigraron a Mendoza después de Chacabuco, se encontraba don José Miguel Varas Vallejo, nacido en Cauquenes, vástago de una antigua familia colonial. Sus bienes fueron confiscados por el Gobierno chileno. Algunos años más tarde pudo regresar a la Patria sólo para perecer víctima del puñal de un asesino que sus contemporáneos supusieron pagado por un litigante, con el cual pleiteaba.

De su matrimonio con doña Augustina de la Barra y Alarcón tuvo entre otros hijos, a don José Miguel, profesor de Filosofía del Instituto Nacional, y a don Antonio Varas de la Barra (1817-1886), célebre estadista de la República.

En Concepción formó en el bando del Rey la familia del coronel de Milicias don MARTÍN PLAZA DE LOS REYES Y SANTILLÁN, Alcalde de Concepción en 1807, descendiente de una familia oriunda del condado de Niebla, en España. Casado con doña Josefa Salcedo y Ugalde de la Concha, formó un poblado hogar muy adicto al Rey. Aun cuando con el correr de los años pidió ser considerado como patriota, cuando ya la Independencia era un hecho consumado, es lo cierto que su familia guardó por largo tiempo secretamente en su corazón la adhesión a la causa realista. En los primeros años de la República, cada 18 de septiembre se cerraban las puertas de su casona de Concepción y se reunía allí la familia huyendo de músicas y fanfarrias, como en los días de duelo.

III

AL CONTEMPLAR hoy, después de casi siglo y medio, todo este fuego y apasionamiento, debemos constatar la sinceridad, la terquedad y el orgullo con que mucha de esta gente mantuvo sus convicciones. Algunos querían prolongar su ardor más allá de la muerte; que no se detuviera su pasión en el límite de su vida.

En el Cementerio General de Santiago, hay una lápida de un Defensor del Rey, la única que envuelve una acusación contra la revolución patriótica y es como una apelación al futuro...

Dice así: "Don Antonio del Sol y Martorell, señor de la Torre del Sol de Gramanet, del hábito de Santiago, natural de Barcelona, 1760. Fiel a su Rey y patria, vio sus bienes confiscados durante la independencia. Despojado de ellos y anhelando volver a España, perdió la razón y murió legando a los suyos lo único que no pudieron quitarle... la honra. 1823"⁵⁷.

- ¹BARROS ARANA, *Historia de Chile*. T. VIII.
- ²BARROS ARANA, *Historia de Chile*. Tomo IX, págs. 516, 517, 518.
- ³MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 112.
- ⁴VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, págs. 213 y siguientes.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 113, 114, 115.
- ⁵MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 164.
- ⁶AMUNÁTEGUI SOLAR. *Nacimiento de la República de Chile*, pág. 164.
- ⁷BARROS ARANA. Tomo XI, págs. 631, 632, 633.
- ⁸BARROS ARANA, *Historia de Chile*. T. X, págs. 215, 216, 217. La reseña militar de la carrera de Marcó la tomó el historiador citado de su hoja de servicios.
- ⁹BARROS ARANA, *Historia de Chile*. T. X, pág. 218.
- ¹⁰*Caceta del Gobierno Real de Chile*. N° 84. 27 de septiembre de 1916.
- ¹¹MITRE, *Historia de San Martín y la Emancipación Sudamericana*. T. I, pág. 435.
- ¹²MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 120, 121.
- ¹³MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 120, 121, 122.
- ¹⁴MITRE. Obra citada. T. I, pág. 432.
- ¹⁵MITRE. Obra citada. T. I, pág. 550, 551.
- ¹⁶VICUÑA MACKENNA. *Vida de O'Higgins*, pág. 256.
- ¹⁷BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo X, págs. 621, 622, 624, 625, 633, 634, 635, 636, 637.
- ^{18/19}BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo IX, págs. 566 y sgtes. Tomo X, págs. 43 y sgtes. Tomo XI, págs. 47 y sgtes.
- ²⁰BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo XI, págs. 318, 334.
- ^{21/22}BARROS ARANA. Obra citada. Tomo X, págs. 469, 470.
- ²³BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo X, págs. 469, 470.
- ²⁴MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, pág. 130.
- ²⁵MITRE. Obra citada. Tomo II, págs. 33, 34, 25.
- ²⁶VICENTE DE CADENAS Y VICENT. *Revista Hidalguía*, Madrid. N° 12, págs. 191-192.
- ^{27/28}BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XI, págs. 148, 318.
- ²⁹MITRE. Obra citada. Tomo II, pág. 128.
- ³⁰BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XI, págs. 360, 368.
- ³¹VICUÑA MACKENNA. *La guerra a muerte*. Pág. 230.—BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo X, págs. 43, 44, 45, 47, 300, 301.
- ³²VICUÑA MACKENNA. *La guerra a muerte*, págs. 228 a 239.
- ³³BARROS ARANA. Obra citada. Tomo X, págs. 577, 578.
- ³⁴BARROS ARANA. Obra citada. Tomo X.
- ³⁵BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XI, pág. 528. Nota 1.
- ³⁶AMUNÁTEGUI SOLAR. *Mayorazgos y Titulos de Castilla en Chile*. T. 3, pág. 201.
- ³⁷Ver: Tomo VII de la *Galería de españoles célebres contemporáneos*, Madrid, 1845, formada bajo la dirección de don Nicomedes Pastor Díaz y don Francisco de Cárdenas. Esa biografía está escrita en lo que respecta a los servicios de Maroto en América, sobre datos suministrados por él mismo.
- ³⁸VICUÑA MACKENNA. *La guerra a muerte*, págs. 230, 231.
- ^{39/40}VICUÑA MACKENNA. *La Guerra a Muerte*, págs. 235, 236, 240 y 241.
- ⁴¹BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA. *La Guerra a Muerte*. 1819-1824. Memoria sobre las últimas campañas de la independencia de Chile. Leída en la sesión solemne, celebrada por la Universidad de Chile el 17 de septiembre de 1869. Publicada en el tomo 3 de *Historia General de la República de Chile, desde su independencia hasta nuestros días*. Cap. IV. Santiago. Imprenta Nacional. 1868.
- ⁴²GUILLERMO FELÚ CRUZ. *Vida de don Manuel Antonio Talavera, primer cronista de la Revolución de Chile*. Santiago, 1937, 426 págs.—ALAMIRO DE AVILA

- MARTEL. *Los estudios jurídicos en los primeros años de Chile independiente*. Santiago, 1947, págs. 28, 29.
- ⁴⁰BARROS ARANA. Obra citada. T. IX, págs. 633, 634, 628, 629.
- ⁴⁴LUIS THAYER OJEDA. *Los 25 godos*. En *Folletos*.
- ⁴⁵MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES. *Don Antonio García Reyes y sus antepasados a la luz de documentos inéditos*, ob. cit. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Don Judas Tadeo Reyes, por don M. L. AMUNÁTEGUI REYES. N.ºs 63, 64, 65, 66 y 67.
- ⁴⁶*Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, T. XXXVIII, *Biógrafos e Historiadores del Ministro de O'Higgins don José Antonio Rodríguez Aldea*. — GUSTAVO OPAZO MATURANA. *Familias del Antiguo Obispado de Concepción*. Stgo. Zamorano y Caperán. 1957. pág. 21. — GUILLERMO DE LA CUADRA GORMAZ. *Familias Chilenas*. Stgo., Zamorano y Caperán. T. I y II. 1948.
- ^{47/48/49}JAIME EYZAGUIRRE. *The Franciscan Teachers of Bernardo O'Higgins*. Reprinted from Volume XII. July, 1955. Number 1. *The Americas*. Artículo escrito a pedido de la *Academy of American Franciscan History*, de Washington, para ser incluido en el número especial de la revista *The Americas* destinado a conmemorar el IV centenario de la instalación de la orden Franciscana en Chile. Reproducido en *Estudios*. N.ºs 235-236, Santiago, 1954, pág. 34.
- ⁵⁰BARROS ARANA. Obra citada. Tomo IX, págs. 34, 36, 99, 127, 150, 259, 401, 498.
- ⁵¹ALAMIRO DE AVILA MARTEL. Obra citada, págs. 32, 36, 37, 38.
- ⁵²De la Torre fue Dr. teólogo de la Universidad de San Felipe.—DON LUIS FRANCISCO PRIETO DEL RÍO, en su *Diccionario del Clero Secular de Chile*, pág. 655, añade que Torre secularizó en 1824, por indulto del vicario apostólico Muzzi; que en 1826 fue elegido diputado propietario por Santiago al Congreso de 1826. En la misma fecha servía la parroquia de San Pedro, interinamente. En propiedad, en 1829. Fue también, por pocos meses, vicerrector, capellán y profesor de teología del Instituto Nacional, a principios de 1826 y en 1833 era profesor de religión y capellán del colegio de Zapata. Falleció en Santiago el 17 o 18 de marzo de 1840. — (Ver: LUIS MONTT, *José María de la Torre y la Gazeta del Rey*. *Revista Chilena*. T. V, págs. 578-588.—Ver *Viva el Rey. Gazeta del Gobierno de Chile*. En Colección de antiguos periódicos chilenos. Imprenta Cultura, Santiago, 1954, 2 tomos).—BARROS ARANA. Obra citada. Tomo VIII, págs. 409, 410, 423; IX, pág. 88; X, págs. 33, 99; XI, p. 319.
- ⁵³PRIETO DEL RÍO. *Diccionario Eclesiástico del Clero Secular de Chile*. 1535-1918. Imprenta Chile. 1922. 738 páginas.
- ⁵⁴CARLOS SILVA COTAPOS. *Don José Antonio Rodríguez Zorrilla, Obispo de Santiago de Chile (1752-1832)*. Imprenta San José, 1915. 426 págs.
- ⁵⁵OBISPO CARLOS SILVA COTAPOS. *Don José Antonio Rodríguez Zorrilla, Obispo de Santiago de Chile*. Obra citada.
- ⁵⁶PRIETO DEL RÍO. Obra citada, pág. 701.
- ⁵⁷*La Gaceta del Rey*, 10-11-1817.—AMUNÁTEGUI SOLAR DOMINGO. *Mayorazgos y Títulos de Castilla*. Stgo., 1901-1904. III Tomos.—FELIÚ CRUZ GUILLERMO. *Barros Arana. Historiador*, en *Anales de la Universidad de Chile*. N.ºs 109-110, pág. 326.—OPAZO MATURANA GUSTAVO. *Familias del Antiguo Obispado de Concepción*, ob. cit. — SILVA CASTRO RAÚL. *Los Irarrázaval de Chile, según Cronistas e Historiadores*. Buenos Aires, 1957. — J. ABEL ROSALES. *Historia y Tradiciones del Cementerio General de Santiago*. 1890.

Durante la Guerra a Muerte

(1819 - 1824)

1.—LA "GUERRA A MUERTE".—2.—BENAVIDES.—3.—LOS PINCHEIRA.—
4.—LOS GUERRILLEROS DE LA GUERRA A MUERTE.—5.—EL CORONEL
PICO.—6.—EL CURA FERREBU.

1. LA GUERRA A MUERTE

LA LUCHA va a recomenzar. Así como después de la victoria patriota de Chacabuco los realistas se rehacen y agrupan en Talcahuano alrededor del imbatible Ordóñez, mientras los chilenos ensayan la organización política y administrativa del país; así también después de la victoria patriota de Maipú nuevamente los gobernantes chilenos descuidan terminar con los últimos vestigios del ejército del Rey, ocupados como están en preparar esa magna empresa que fue la expedición libertadora del Perú.

Después de su derrota, Osorio se encerró en Talcahuano, pensando en salvar las reliquias del ejército real para llevárselas al virrey Pezuela, quien, lejos de enviar auxilios, los pedía. Los patriotas empezaban entre tanto a recuperar su territorio y el coronel Zapiola había ocupado Talca. Pero los realistas no dormían: Gobernaba Chillán el activo Lantaño, que conocía todos los senderos que llevan a las guaridas de los Andes, cuna y baluarte de montoneros, y se dispuso a amagar a Zapiola en su propio cantón recuperando la villa del Parral. Esto sucedía el 21 de mayo de 1818, cuarenta y seis días después de la victoria de Maipú. Y en Los Angeles, siempre llave maestra de las fronteras, se mantenía todavía impasible "el gallego Sánchez", que, viendo la inacción de los patriotas, comenzó a disciplinar día y noche los reclutas que se juntaban en toda la línea del Bío-Bío y aún mandó amansar potradas salvajes para sus jinetes.

El ejército chileno-argentino de los Andes eligió como su general en jefe al brigadier argentino don Antonio González Balcarce y al mismo tiempo el gobierno chileno nombró para intendente de Concepción, con facultades casi puramente políticas, al coronel don Ramón Freire y Serrano, que se había ilustrado en las campañas de la independencia. Freire era ídolo militar del Sur.

“Joven, gallardo, atrevido como nadie, llegaba, no sable en mano como debía llegar, sino con los brazos atados por la subordinación a un jefe que no conocía”.

Felizmente para Balcarce, Osorio, llamado por Pezuela, se había hecho a la vela cuatro meses antes (septiembre 8 de 1818), llevándose desahogados en siete buques los restos de la expedición, que trajo estrecha en doble número. En su lugar había quedado Sánchez con los restos de aquellos batallones que se habían hecho famosos en las campañas de 1813 y 1814.

Osorio se había llevado seiscientos ochenta y nueve soldados peninsulares y dejado a Sánchez mil seiscientos dieciocho chilenos, pero, de éstos, sólo cuatrocientos ocho estaban armados de fusiles y ciento catorce de lanzas. Luego se aumentó este número con seiscientos buenos soldados de la expedición de Cantabria convoyada por la fragata “María Isabel”, que escaparon del ardid con que el joven almirante chileno Blanco Encalada apresó a la mayor parte en la isla de Santa María, frente a Concepción¹.

Sánchez decidió retirar su gente al corazón de la Araucanía, en un movimiento retrógrado hacia el Sur. La razón de esta actitud parece haber sido la desertión incontenible de las tropas recién llegadas, que les llevaba a buscar abrigo en el territorio de los bárbaros. Sánchez, siempre postergado por jefes expedicionarios, por Gaínza, por Ordóñez, por Osorio, tomó la extraña resolución de desobedecer las órdenes del último y del virrey Pezuela, quien castigó su insubordinación o su error, despedazando los despachos de brigadier, que había firmado en su obsequio. Sánchez, desairado, atravesó con increíbles penalidades toda la Araucanía y se encerró en la plaza fortificada de Valdivia. Empezó a ejecutar su retirada mucho antes que Balcarce ocupara Chillán. El 14 de noviembre de 1818 evacuó Concepción arrastrando consigo hasta las monjas Trinitarias que vivían en perpetuo enclaustramiento.

Pero una serie de guerrilleros feroces e intrépidos van a enarbolar entonces por toda la frontera y por los bosques de la Araucanía, el estandarte del Rey. Se va a abrir una campaña feroz, una guerra horrenda y oscura de degüello, de incendios, de asesinatos y de desolación.

¿Cómo podía ocurrir ésto en los precisos momentos en que el jefe español se retiraba a la extremidad continental del país, llevándose no sólo las poblaciones enteras sino hasta los claustros de frailes y de monjas?

¿Quién ponía en juego y daba tan precisa y compacta unidad al movimiento que se advertía en defensa del Rey?

El que todo esto hacía era un soldado chileno a quien Balcarce, al recogerse a Santiago, había dejado en Angol a espaldas del fugitivo Sánchez para reunir sus soldados dispersos. Era Vicente Benavides.

La Guerra a Muerte va a empezar. Una guerra a sangre y fuego. No hay compasión. Los indios inquietan por todas partes. Mujeres, hombres, niños,

son devorados como la llama. Cadalsos y degollaciones. Robos e incendios. No hay ley de guerra. No hay hidalguía, ni consideración, ni humanidad.

Es la Guerra a Muerte. Al primer parlamenario que envían los patriotas, un muchacho, José María Torres, Benavides lo hace fusilar.

Al primer montonero realista que cayó en manos de Freire (un tal Baeza que mandaba una partida por Talcamávida) lo bajaron del caballo para sentarlo en el banco y fusilarlo. Benavides había dado orden con anterioridad de degollar a todo el que pudiese dar noticia del itinerario de sus destacamentos; y mientras sus lugartenientes, a falta de cañones, asediaban las plazas provistos de haces de heno con el fin de reducirlos a cenizas, el mismo salvaje caudillo de aquellas hordas daba los ejemplos más depravados de barbarie.

Vicuña Mackenna, el gran historiador de las glorias militares de la emancipación chilena, con aquella fantasía y arrebato lírico que caracteriza su literatura, nos dejó un libro precioso, en que nos relata estas campañas de 1819 a 1824 por las selvas de la antigua Araucanía, que cantó Ercilla. "La Guerra a Muerte" tiene el mismo escenario, pero no la grandeza épica, la altura de gigantes que cobran los héroes de "La Araucana".

A través de sucesivos cuadros, pintados más que descritos, Vicuña Mackenna nos va dando la visión de esa guerra feroz, en que para muchos, más que los ideales de lucha por la victoria de la causa, se combate por un obscuro instinto primitivo, sanguinario y cruel, vengativo y despechado, en que impera la ley del Talión. Sin embargo, fueron valientes. Con una valentía inconsciente. Y algunos, ¿por qué dudarlos? combatían por reivindicar su ideal perdido, su sueño roto, su esperanza muerta. Benavides, los Pincheira, Pico, Ferrebú, tras las apariencias siniestras de feroces e inhumanos guerrilleros, fueron los últimos románticos que en las viejas tierras de los reyes de España, en el extremo Sur del mundo, quisieron mantener a toda costa el estandarte del Rey.

2. BENAVIDES

LA ESPIGA crece si el grano no muere.

Vicente Benavides y Llanos nació en Quirihue en 1787, hijo de don Toribio Benavides y doña María Isabel Llanos. Su padre había sido alcaide de la cárcel de aquella villa, capital del antiguo corregimiento de Itata, estación del camino real de Concepción a Santiago, que fundara Ortiz de Rozas con el nombre de Villa del Dulce Nombre de Jesús de Quirihue, y que documentos antiguos llaman Villa de San Antonio Abad.

El abuelo, don Vicente Benavides y Gajardo-Guerrero, oriundo de Chillán, vecino de esa ciudad en 1737, Capitán en 1741, pasó a radicarse a

Quirihue por 1750; era cuarto nieto de don Salvador de Benavides y Poveda, nacido en España, de la familia de los marqueses de Cañada Hermosa, pariente de don Tomás Marín de Poveda, quién le dio "méritos y estimación" siendo vecino de Chillán, maestre de campo, encomendero de indios².

Vicente Benavides era sargento empleado del Real Estanco de Quirihue en 1810. Alistóse en el Regimiento de Granaderos de don Juan José Carrera y Verdugo en 1811. Sargento en 1812, en la guardia de don José Miguel Carrera. Pasóse a los realistas sin causa justificada.

La guerra no había dado tiempo para hacerle justicia. Todas las ordenanzas militares del mundo castigan la deserción y la traición en tiempo de guerra con la pena de muerte.

Prisionero de los patriotas contra quienes había vuelto sus fuegos, y a los cuales había atacado encarnizadamente, se fugó de sus filas y comunicó al general Gáinza los planes de O'Higgins para las campañas de 1814, que él había averiguado durante su prisión.

Como era extraordinariamente valiente, en el ejército realista alcanzó el grado de capitán, habida consideración además al importante servicio informativo prestado a Gáinza.

En uno y otro bando se empezaron a comentar las actuaciones de Benavides. Pero el decidido y voluntarioso capitán cayó prisionero nuevamente de los patriotas en la batalla de Maipú.

Sin embargo, no se le ajustició inmediatamente. Por más de tres meses cumplió trabajos forzados con otros prisioneros, entre los que se contaba su hermano Timoteo, en las calles de Santiago.

Un día ambos Benavides fueron conducidos por un piquete de cazadores, mandado por un oficial, a una chacra de los alrededores de la capital llamada "El Conventillo". El oficial ordenó a los Benavides desmontarse del caballo y les comunicó que tenían cinco minutos para arreglar sus cuentas con Dios porque iban a morir.

No hubo protestas ni súplicas atendibles.

Los Benavides oraron devotamente: Cuatro soldados se pusieron al frente de los prisioneros y apuntaron a sus pechos. Cayeron tendidos al suelo. El sargento a cargo del piquete, una vez ultimado Vicente Benavides, le dio dos tajos en cruz con el sable "entre la cabeza y la parte superior de la cara" a fin de cerciorarse que estaba bien muerto.

Sin embargo, el demonio funesto que era Benavides, no había muerto. Las balas le habían pasado rozando las costillas; habían quemado su ropa, pero ni siquiera habían tocado su piel. Tuvo la serenidad en aquel trance supremo de fingirse muerto; los sablazos del sargento no le hicieron dar un gemido, no le produjeron un movimiento.

Cuando el piquete se hubo alejado, se vendó la herida que le habían de-

jado los sablazos con tiras arrancadas a los vestidos de su hermano muerto, y huyó a pedir socorro a una casucha inmediata, contando una fantástica historia de ladrones.

Sin pensar en huir, Benavides ofreció sus servicios al General San Martín. La bravura y valentía de aquel hombre podía ser utilizada con provecho en la causa patriota. San Martín le perdonó y Benavides nuevamente empezó a servir en las filas chilenas: Balcarce y Freire utilizaron las disposiciones y las amistades de este cabecilla extraordinario en la pacificación de la provincia de Concepción. Benavides correspondió con confianza y con lealtad en la tarea que se le dio.

Cuando Sánchez se retiró de Concepción a Valdivia, Benavides fue comisionado para seguir las huestes reales a fin de reunir los desertores que iba dejando el ejército. Benavides se tentó; con aquellas huestes que iba reuniendo, abandonada la provincia de Concepción por Sánchez y por el ejército realista, ¿por qué no iba él a acaudillar la causa del Rey y a ser el sucesor del general español? Los patriotas habían fusilado a su hermano y quisieron a él ultimarlos y esta injuria le dolía en el alma. Su sangre clamaba venganza. Por otra parte, su mujer, la bella criolla de origen mallorquín Teresa Ferrer y Santibáñez Roa, había sido cortejada por un oficial patriota, mientras él servía en la causa de la Independencia. Aquel hombre feroz y resuelto, tenía dos grandes pasiones que le dominaban por completo: el amor por su mujer y la devoción a la Virgen de las Mercedes. Caracoleando en sus fogosos corceles, antes de entrar en guerilla, este capitán de bandoleros se santiguaba devotamente y se lanzaba a hacer toda clase de tropelías y desafueros al amparo de la protección de la madre de Dios.

Los celos le abrasaban: Benavides, al saber desamparada a su hermosa mujer y cortejada por un patriota, sintió renacer en su alma el antiguo odio por los soldados de Chile y bruscamente se pasó al bando enemigo, que antes con tanta saña había combatido.

Su sangre morisca no se desmintió en su agilidad para el caballo y en su destreza para la lucha. Rápido, veloz, parecía un jefe árabe, con su tez mate y su negra cabellera.

El audaz bandolero, con su hermosa mujer a la grupa de su caballo, capitaneó en las serranías del Sur su banda de desertores españoles, de indios brutales y sanguinarios, de ladrones, presidarios, reos, prófugos y bandidos.

La insignia de España nunca había sido defendida por manos menos dignas, aunque, dicho sea en honor de la verdad, eran manos de un valiente.

Sus bandas asolaban el Sur. Como aves de rapiña caían en las ciudades y en los pueblos, saqueaban, mataban; castigaban a los viejos, violaban a las mozas, incendiaban las casas de las haciendas, talaban las sementeras. La única defensa de los indefensos chilenos era el pago de gruesos rescates.

En la rosa del alba, el bandolero entraba por oír misa en las pequeñas iglesias de los pueblos, y, los brazos en cruz, rezaba a la Virgen de las Mercedes. En sus ojos de gitano se apagaba la visión púrpura de la sangre y del incendio y brillaban con ensueño las luces de los colores del estandarte del Rey.

II

DON RAMÓN FREIRE Y SERRANO era el hombre que había de combatir la insurrección realista que levantaban las bandas de Benavides, que asolaban la provincia de Concepción, de la que era Intendente.

Freire las derrotó, pero no pudo deshacerlas. La guerra duró tres meses y fue cruel.

Benavides esquivaba el ejército de Freire. Caía de improviso en los puntos desguarnecidos de la frontera.

El plan de Benavides no dio resultado por mucho tiempo: Freire lo encontró en Curalí y lo derrotó abiertamente. Parecía que la guerra de bandas y montoneros había concluído para siempre: sin embargo, no fue así: Benavides escapó con veinte de los suyos y huyó velozmente a refugiarse en sus madrigueras de la Araucanía.

Era el momento en que O'Higgins en Santiago y Valparaíso terminaba los aprestos para la empresa más gloriosa de su gobierno: La Expedición Libertadora del Perú.

Esta empresa demandó esfuerzos sobrehumanos: el erario quedó empobrecido, se sacaron soldados de todas las guarniciones, las tropas que resguardaban las fronteras quedaron deshechas.

La división de Freire quedó reducida a su más mínima expresión: la provincia quedó desguarnecida.

Fue el momento que aprovechó con saña el incansable Benavides. La Araucanía le proporcionó los refuerzos para rehacerse: organizó con indios y con algunos oficiales españoles subalternos sus nuevas bandas. Reunió cerca de dos mil hombres y algunas embarcaciones que pirateaban en las costas de la frontera. Los gobernadores realistas de Valdivia y Chiloé le enviaron armas y gente. El virrey del Perú le sostenía en su empeño: estaba decidido a fomentar estas montoneras a fin de impedir la formación de la Expedición Libertadora del Perú. Honró a Benavides con el grado de coronel del ejército español y le envió despachos en blanco para que hiciera nombramientos militares que premiasen a los subalternos que se hubiesen distinguido.

Benavides, sabiendo al país agotado, su ejército deshecho, los puntos álgidos desguarnecidos, pensó que era el momento de realizar una campaña en gran escala y puso como meta de sus pretensiones la toma de Santiago.

El 20 de enero de 1820, su segundo, don Juan Manuel Pico, derrotó en

Yumbel las tropas patriotas que comandaba el teniente coronel Viel, quien escapó de muerte segura huyendo a toda prisa con un puñado de patriotas. Tres días después, el mismo Pico derrotó en el Pangal la división del coronel O'Carrol, el que fue alcanzado por un indio y mandado fusilar. Otros tres días después el propio Benavides, que se unió al grueso de sus tropas, derrotó en Tarpallanca al mariscal don Andrés del Alcázar e hizo asesinar al jefe y a sus subalternos.

Freire, sin fuerzas para resistir en Concepción y en vista de estos descalabros, se retiró a Talcahuano.

O'Higgins empezó a preocuparse seriamente de la situación del Sur; remitió por mar a Talcahuano cuantos refuerzos le fueron posible, siempre bastante escasos; el 2 de octubre Benavides se apoderó de Concepción.

Freire, sitiado en Talcahuano, decide entonces salir de su encierro y atacar: prefiere la muerte combatiendo a morir con su gente sitiado por el hambre. Obliga a los realistas a replegarse sobre Concepción y el 27 del mismo mes los combate en la Alameda de la ciudad. Como en Curalí, otra vez Freire destroza en Concepción las bandas de Benavides. Pero otra vez éste se fuga, con veinticinco jinetes, dejando a los patriotas el único tesoro que verdaderamente mueve su endurecido corazón: su mujer, Teresa Ferrer había sido hecha prisionera. Benavides no puede vivir sin ella. Con increíble audacia, una noche cualquiera llega a Concepción, de incógnito, se la roba y huye con ella velozmente, en el mayor silencio, como un raptor de los tiempos heroicos, llevándola a la grupa de su caballo, camino de los bosques de la frontera³.

III

PARECÍA que aquel hombre, se levantara cada vez más fuerte de sus cenizas. En la primavera de 1821 reunió un ejército de tres mil hombres, compuesto de indios sacados de la Araucanía y de españoles traídos en embarcaciones desde Chiloé. El pensamiento dominante de este ejército era apoderarse de Santiago; ya no se estrellarían, como la vez anterior, con las huestes que Freire comandaba en Concepción.

Benavides atravesó el Bío-Bío en mayo de 1821 y se dirigió directamente a Chillán.

Freire, Intendente de Concepción, estaba en Santiago; pero en Chillán estaba el coronel don Joaquín Prieto, con la orden de detener por todos los medios a Benavides si intentaba marchar sobre la capital. El ilustre Coronel Prieto cumplió admirablemente las instrucciones que tenía. El 9 de octubre marchó sobre las bandas de Benavides y las derrotó completamente en las vegas de Saldías.

Pero Benavides se escapó de nuevo con algunos secuaces. La tropa de don

Manuel Bulnes le siguió y hostilizó en la huída; pero no le fue posible penetrar en las madrigueras que Benavides tenía en las selvas de la Araucanía.

Acosado por los patriotas, Benavides cayó a causa de la disensión que germinó en sus filas. Sus bandas empezaron a amotinársele; se le culpaba de la derrota de Vega de Saldías. Los españoles que había reclutado querían mandar con preeminencia sobre aquel caudillo criollo que defendía la causa del Rey.

Furioso de esta deslealtad de los realistas, deseó ardientemente pasarse a las filas patriotas, y así lo hizo.

Escribió una carta a Prieto proponiéndoselo; sus servicios serían importantes en la pacificación de la Araucanía, por nadie mejor conocida que por él. En la carta manifestaba a Prieto los móviles de su resolución: estaba disgustado porque Fernando VII había jurado una Constitución. El había combatido por un monarca absoluto. No estaba dispuesto a obedecer a un rey constitucional.

Opinan algunos historiadores que seguramente Benavides no sabía una palabra de estas cosas; pero algunos frailes realistas con quienes mantenía amistosas relaciones, seguramente habrían hablado en su presencia de estos temas que apasionaban sus controversias.

Desgraciadamente para él y felizmente para Chile, sin esperar la respuesta del Gobierno, que era favorable, Benavides fletó una barca y el 21 de enero de 1822 se embarcó desde la costa de la Araucanía con su adorada Teresa Ferrer y seis individuos más, incluso un niño, que formaban la inadestrada tripulación de la chalupa, rumbo al Callao. Los hombres iban armados como una expedición de guerra.

Traicionado frente a Topocalama por un plan de la tripulación, al bajar a tierra fue entregado a tres hacendados que lo hicieron prender por sus inquilinos. La tripulación de la chalupa donde embarcó Benavides estaba compuesta de gente perdularia que, a fin de hacerse perdonar antiguas faltas y conseguir olvido y recompensa, no vaciló en traicionar a su jefe y en entregarlo a los patriotas.

El 22 de febrero de 1822 Benavides fue sacado de la cárcel de Santiago "y arrastrado en un serón para ser ahorcado en la plaza principal". Después de la ejecución, le cortaron los miembros para que se clavasen en los parajes del Sur que habían sido teatro de sus principales crímenes y el tronco fue reducido a cenizas en el llano de Portales.

No dice la historia si las cenizas fueron aventadas. Pero seguramente creemos que así se haría a fin de que aquel hombre no resucitase de ellas, como había resucitado, después de baleado y sableado, en 1818.

Benavides fue uno de los últimos sostenedores de la causa del Rey en Chile. Su mujer, la bella Teresa Ferrer y Santibáñez Roa vivió largos años, durante la República, su solitaria y escondida viudez en Concepción⁴.

3. LOS PINCHEIRA: PABLO Y JOSE ANTONIO

ESTOS HERMANOS chilenos se hicieron célebres por sus hazañas fascinerosas durante los primeros gobiernos republicanos.

Nacidos en una pequeña hacienda, en los alrededores de Chillán, la historia ha recogido sus figuras como la de famosos bandidos.

Pablo, desde muy joven, se dedicó al pillaje, formando parte de una horda de malhechores en la que figuró también su otro hermano José Antonio. Tuvieron por guarida estos bandidos la cordillera de los Andes y en sus excursiones asolaron campos y aldeas del territorio del Sur de Chile. En el año 1817, gobernando O'Higgins, hace su primera aparición José Antonio, a la cabeza de una guerrilla realista que dirigía conjuntamente con José María Zapata. Pero es a contar de noviembre de 1825, cuando prestan oficialmente su ayuda a las armas de España, sin dejar por esto sus depravadas correrías en las provincias meridionales de Chile. Derrotaron en la hacienda Longaví a un escuadrón comandado por don Manuel Jordán. Animados con este éxito, su atrevimiento no encontró obstáculos y atravesando los Andes llevaron el terror a las provincias de la República Argentina. En 1829 el gobierno de Mendoza celebró con los Pincheira un tratado de amistad.

Tocó al general don Manuel Bulnes, después célebre Presidente de Chile, perseguir con su tropa a los Pincheira y derrotarlos en varios encuentros en 1832. Muerto Pablo en la ocasión señalada, José Antonio se rindió al General Bulnes. Este militar rescató en su campaña contra los Pincheira unas mil mujeres robadas a sus familias...

José Antonio aún vivía en Concepción, en 1846^s.

4. LOS GUERRILLEROS DE LA GUERRA A MUERTE

ENTRE LOS muchos guerrilleros chilenos que ofrecieron sus servicios a la causa del Rey, se recuerdan los que más se destacaron por su constancia y dedicación a la empresa.

DON GERVASIO ALARCÓN Y GODOY, venido de antigua familia de Itata y a quién Ordóñez recomendaba en su correspondencia oficial, en 1818, como a uno de los más útiles comandantes de guerrilla.

DON VICENTE ANTONIO BOCARDO Y SANTA MARÍA, hacendado de Chillán, de buena posición social y económica.

EL CAPITÁN VICENTE ELIZONDO, que figura como lugarteniente de Bocardo en las campañas de 1819. El capitán graduado de teniente coronel DON JOSÉ DE VILDÓSOLA, español, antiguo oficial del batallón de Concepción, que había sido jefe inmediato de Benavides de 1814 a 1817; y los hermanos Dio-

NISIO y JUAN DE DIOS SEGUEL, hacendados de Laja, de antigua familia de la frontera, que reunieron un pequeño cuerpo de soldados realistas y de indios, con el que actuaron en la primavera de 1819 en las márgenes del Bío-Bío.

5. EL CORONEL PICO

EL CORONEL don Juan Manuel Pico era un comerciante español, antiguo residente de Huasco, donde había desempeñado cargos públicos en el período de la reconquista. Estaba destinado a adquirir una terrible nombradía en las campañas de la Guerra a Muerte. Con Benavides, en Arauco y sus cercanías, y con la ayuda de los guerrilleros Bocardo, Elizondo y Zapata, había reunido cerca de seiscientos hombres, entre soldados fusileros e indios de lanza y, a su cabeza, pasaron los ríos Bío-Bío y Laja por las faldas de la montaña, y dando a toda prisa un largo rodeo, cayeron en la mañana del 9 de diciembre de 1819 sobre el pueblo de Yumbel, donde no esperaban hallar mayor resistencia. Sin embargo, el capitán patriota don Manuel Quintana, oficial joven, de un valor probado en todos los combates de la independencia y a quienes sus compañeros apodaban "el moro" por el color oscuro de su cutis y la fogosidad de su carácter, les opuso con sus tropas una tenaz resistencia que obligó a los realistas a retirarse al Sur atravesando todo el territorio conocido con el nombre de la isla de la Laja.

Al acercarse a una legua de Los Angeles, tuvieron otro contratiempo. Les salió al encuentro el coronel Alcázar con sus tropas de caballería en el sitio denominado "El Avellano". En el pequeño combate, los patriotas dieron muerte a un guerrillero realista llamado Pedro Sánchez que se había hecho célebre y temible capitaneando las bandas de indios en sus empresas de muerte, de robo y desolación. Los comienzos de las campañas de Pico no fueron, pues, muy felices.

El famoso jefe patriota Pedro Nolasco Victoriano, sorprendió en dos ocasiones a los montoneros el 13 y el 16 de febrero de 1820; logró matar algunos de ellos y tomar a otros prisioneros, los que, según las prácticas de esa guerra feroz, fueron fusilados inmediatamente. Estos actos de rigor que los excesos y depravaciones de los montoneros habían hecho necesarios, daban a la guerra un carácter de crueldad que, excitando los odios y avivando el deseo de venganza, iban a ensangrentar durante algunos años la provincia de Concepción. El mismo intendente, hombre naturalmente generoso y humano, se había visto forzado, después de los inauditos crímenes cometidos por los montoneros, a aceptar la guerra a muerte, a aprobar las ejecuciones de los prisioneros, a disponerlas él mismo y a emplear procedimientos que no son admisibles en la guerra regular.

ERRATAS ADVERTIDAS

<i>Pág.</i>	<i>línea</i>	<i>dice</i>	<i>debe decir</i>
8	25	Quillén	Quillín
9	15	Tállez	Téllez
14	13	13-VIII-1914	13-VIII-1814
15	11	Oriente	Norte
23	28	general patriota	jefe patriota
31	14, 15 y 16	premo de Chile, O'Higgins, el me- jor obsequio, por las ventajas que se esperaban de los acontecimientos, e influjo en el cita- do reino de tan esforzado jefe, co- mo era Lantaño.	(se suprime)
49	40	Manuel	Miguel
50	31 y 45	Gomaz	Gormaz
96	15	Uruguay	Paraguay
97	33	Feliz	Félix
100	22	Buroa	Boroa
101	15	Vallenar	Ballenari
146 (nota 1)	14	Miranda Arias	Miranda Aris
146 (nota 3)	17	Luis Barros Arana	Diego Barros Arana

DESDE ENTONCES Pico va a ser el lugarteniente de Benavides y le va a acompañar como su segundo en todas sus famosas campañas, de las cuales ya hemos dado noticia en la biografía del "tigre de Quirihue". Pico, improvisado militar, iba a demostrar notables dotes para la guerra.

Benavides lo utilizó como emisario: en una lancha tripulada por buenos remeros, había partido de Arauco, a mediados de marzo de 1820; llegó a Arica casi un mes más tarde y allí encontró un pequeño buque que hacía el comercio costero y que lo transportó al Callao para presentar al virrey las comunicaciones de que era portador.

Pezuela, amenazado por la expedición libertadora que se preparaba en Chile, alentaba la mantención de la guerra en la frontera del Bío-Bío con la esperanza que ella embarazara los aprestos bélicos que en Chile se hacían. A pesar de que el tesoro real se hallaba en extrema penuria, que las tropas que estaban bajo sus órdenes eran insuficientes para guarnecer las costas del virreynato y que aún si hubiera dispuesto de ellas era imposible transportarlas, pues en Chile se hallaba la Escuadra que mandaba Lord Cochrane, los auxilios que podía prestar a Benavides eran muy limitados, recibió al emisario Pico, con grandes y señaladas atenciones. Muchas alabanzas; mucho entusiasmo; algunos oficiales subalternos; veinticinco mil pesos en dinero; algunos centenares de fusiles y carabinas; otros artículos militares en limitada proporción, y muchas medallas para que fueran distribuídas a los que más se hubieran distinguido en la guerra, fue todo lo que pudo proporcionar el virrey.

Con largas y deferentes comunicaciones y explicaciones para Benavides y con los pocos socorros virreynales, se embarcó Pico antes de mediados de mayo en un buque ballenero inglés fletado por el virrey y el 15 de junio desembarcaba en Arauco, en medio de las expansiones de júbilo de Benavides "y de los frailes y oficiales que formaban su estado mayor"⁷.

Aunque estos auxilios fueran insuficientes para equipar un ejército regular, sirvieron por lo menos para dar alguna organización a las bandas desordenadas de Benavides.

Y Pico le acompaña como su segundo en la feroz campaña que va a abrirse en la primavera de 1820 y que termina cuando Benavides sube a la horca en la plaza principal de Santiago el 23 de Febrero de 1822.

En marzo de aquel año, el gobierno chileno quiso tratar directamente con los realistas del coronel Pico negociaciones de paz. Estas fueron entabladas por el coronel Lantaño con el coronel Bocardo y comenzaron el 22 de marzo de 1822 en Quilapalo, hablándose los dos jefes Bío-Bío de por medio (que allí corre muy angosto como torrente de montaña), Lantaño, del lado de Santa Bárbara, Bocardo, de Quilapalo. Bajo la salvaguarda de aquella frontera, tres siglos disputada, entendiéronse al fin los dos rivales solici-

tando Bocardo un armisticio previo de veinticuatro horas para reducir la obstinación de su aliado el cacique *Mariluan*. Como el término llegase sin que Bocardo contestara, Lantaño mandó en la tarde del 23 que se cañoneara la orilla ocupada por los realistas y en seguida pasó el río obligando a Bocardo a una capitulación de guerra, que garantizaba a él y a los suyos la vida y sus propiedades. Entregáronse junto con el jefe realista trece oficiales, casi todos criollos, siete frailes, dieciocho soldados armados de carabinas y no menos de cuatro mil desventuradas personas, la mayor parte de condición acomodada, que habían padecido en aquellas breñas, hambres y dolores sin cuento "en nombre de una noble pero mal comprendida fidelidad".

Los nombres de las personas más notables que capitularon en Quilapalo son: el coronel Bocardo, del que ya hemos dado noticia; el comandante Pedro Pablo Villouta; los capitanes Raimundo Arias, José María Acuña, José Ignacio Zabala; ayudantes: Nicolás Rute, Antonio Ibar. Curas: Mateo García, Pedro Espinosa, Gil Calvo. Frailes: Antonio Curiel, Ramón Manrique y Juan Silva.

¿Cuál había sido entre tanto la suerte de Pico después del desenlace de Quilapalo? Obstinado, sombrío y terrible, el noble godo habíase retirado, con su lealtad inmaculada, a las tolдерías de su fiel compadre *Mariluan*, situadas en Collico, de donde aquel era señor. Enviaron los patriotas en su seguimiento cincuenta tiradores al mando del ayudante don José Ignacio García (Pizorro). Pero tanta diligencia habíase dado el jefe perseguido, que una semana escasa después de la rendición de Bocardo, presentaba de nuevo batalla a sus rivales en la orilla del estero de Pile, uno de los afluentes del Bío-Bío⁸.

III

PICO CAPITANEÓ a uno y otro lado del Bío-Bío varias guerrillas realistas, después de la muerte de Benavides. La suya era la más numerosa y terrible.

Pico añadía a su bravura la dureza sanguinaria a que se había acostumbrado en los años de la guerra a muerte. Varias tribus araucanas le acompañaban en sus correrías, halagadas por el incentivo del robo y la matanza.

La guerrilla de Pico ni daba ni pedía cuartel: el incendio y toda clase de atrocidades dejaban marcados los sitios de sus campamentos, los teatros de sus ataques y las huellas de sus marchas y contramarchas. En aquella fecha ya no se trataba de reconquistar el país. Una rabia infernal, la sed de sangre y de venganza, el instinto exterminador del tigre mantenía la lucha y agitaba a los combatientes⁹.

Don José Joaquín Vallejo, el gran escritor costumbrista de medio siglo XIX, nos ha dejado un impresionante retrato de Pico. Dice: "Era un espa-

ñol de cuarenta años, de rostro atezado y de maneras y hábitos salvajes, lo mismo que la vida que llevaba y la profesión que ejercía. Su mirar misántropo descubría al montonero, dos hondas cicatrices desfiguraban su cara. Sus fuerzas habrían hecho honor a cualquiera otro hijo de Castilla, a cualquier cacique araucano y era el único prestigio que mantenía alguna subordinación en la horda que se hallaba bajo sus órdenes. Desconfiado por carácter o más bien por las circunstancias y hombres de que se veía rodeado, no tenía otro amigo que su perro, al cual no obstante había puesto el nombre de "Insurgente" y era este animal su sola guardia cuando dormía, la sola escolta que cerca del español marchaba".

El 31 de agosto acampó nuevamente esta montonera en Quilapalo, lugar inmediato a la cordillera donde nace el caudaloso Bío-Bío, río histórico por excelencia, que cantó Ercilla. Habían pasado las lluvias. Pico se proponía abrir una campaña para conseguir, sino una capitulación, que no se atrevía a esperar, una salida por mar, del territorio de Chile, donde ya no le quedaba sino peligros infructuosos que correr. Pico no se hacía ilusiones: No estaba a precio su cabeza; pero él sabía que sería la suya el mejor botín de victoria o el mejor pago de una traición.

Cien infantes, únicos restos del lucido y gran ejército de Osorio, vencedor en Cancha Rayada y abatido en Maipú, cubiertos con piezas andrajosas de todos los uniformes usados por ambos ejércitos en la guerra de la independencia, formaban la flor de la guerrilla de Pico.

Sus huestes ocuparon Quilapalo. En una choza, antigua morada de un vaquero, estableció su cuartel.

Pico distribuía a su gente a la vanguardia y retaguardia de su campamento. En su morada no aceptaba más compañía que la de "Insurgente". Su caballo, sin freno, esperaba amarrado a uno de los postes del rancho. Un catre de fierro, una cama. Un brasero donde ardían encendidos carbones de espino, daban luz y calor a la humilde choza. Un gran poncho, a la puerta, a guisa de colgadura. En la quincha, Pico había abierto un hueco capaz de dar salida a un hombre: daba al huerto, para el caso de una sorpresa. Pico, luego de quitarse las espuelas, se iba a la cama, hacía la señal de la cruz sobre su frente y besaba la de su rosario. "Insurgente" se acurrucaba al pie del catre. La llama del brasero, al surgir levemente, ponía un resplandor sangriento en la cara del jefe que dormía con un ojo abierto como las liebres y la débil luz recortaba en la pared, aumentadas, las duras facciones del valiente y siniestro guerrillero español.

Pico no quería centinelas ni guardas. Sus guerrilleros nunca le juzgaron por ello sino como doblemente impávido y valiente.

LA TROPA del capitán Luis Salazar, guerrillero patriota, ocupaba el 2 de septiembre la plaza de Nacimiento, que se había hecho célebre por el “contingente de leones” que aportó a la lucha de la independencia.

Amanecía. Sobre el río ancho, de un azul frío, la bruma se abatía como un velo. Luego, al disiparse con los primeros rayos del sol, el caudal sinuoso, dejó ver unos islotes lejanos que semejaban una flotilla quimérica e ingrávida.

Salazar auscultaba las orillas. Un centinela despertó su atención. Entraron en plática. Coronado era el nombre del soldado.

“Pico —dijo Salazar— según he tenido noticias, se dirige a estos lugares con más de cuatrocientos hombres entre indios y españoles. Nosotros somos treinta y dos y no hay esperanzas de refuerzos...”

“De repente, al cabo de un rato de silencio, la respiración de Coronado se agitó visiblemente, alzóse con orgullo su cabeza, brillaba en sus ojos un rabioso coraje, su rostro tomaba gradualmente un color obscuro de sangre y se sacudía su labio superior cubierto apenas del bozo de los veinte años”.

—Mi Comandante —gritó de pronto el centinela—. Es preciso que ese demonio muera...

—¿Quién?

—El godó Pico, lo juro por la madre que me parió. El infame va a ver que no necesita sino una vida para acabar con la suya...

—¿Coronado ¿estás loco?

—Sí, mi Comandante, si no lo mato muero de rabia: siento unas ganas irresistibles de cortale la cabeza. Y se le he de cortar como que hay Dios en el cielo...

—Pero, ¿dónde, muchacho bárbaro?

—En medio de sus matuchos, mi comandante. Pues que, ¿hay algún mar entre ese godó y yo, que me impida alcanzarle con mi puñal?

—Las treinta lanzas de Pico jugarán con tu cadáver como las golondrinas que se disputan la cabeza de ese insecto...

—No, Comandante. Si usted no pone a mi disposición cuatro soldados bien montados, me tiro al foso y moriré como un mentecato, porque usted no ha querido que muera como un valiente...

—Bien, te conozco, amigo mío. Lorenzo Coronado es el más bravo de cuantos encierra y han visto nacer estas murallas. Pero temía que fueras a morir inútilmente. Dime, muchacho, ¿qué piensas hacer?

—A punto fijo no pienso otra cosa que matar al godó. En cuanto a elección de los medios...

... “Salazar despidió al centinela como el sacerdote se despide de un condenado a muerte, cuando, al pié del suplicio, se lo reclama el verdugo. Al ponerse el Sol, cinco jinetes salían por el puente levadizo de la fortaleza. Des-

filaron por la izquierda sobre el Vergara y después de pasar este río en un barquichuelo, Salazar les vio desaparecer entre las montañas de Negrete”¹⁰.

V

ERA UN POCO antes de la medianoche del 3 al 4 de septiembre. A dos tiros de fusil del campamento de Pico, cuatro hombres estaban agazapados en unos espesos matorrales. La guerrilla de Pico, la Santa Bárbara, que al día siguiente debía cumplir su misión, dormía silenciosa en el campo. Pico roncaba en su cama el primer sueño; pero un ladrido de “Insurgente” le hizo saltar del lecho y tomar las armas.

Puso el oído; no distinguió ningún ruido sospechoso. Pensó que se trataría de algún indio que quería robarle su caballo. El perro, con el hocico vuelto hacia el huerto, refunfunaba instintivamente. Pico escrudriñó la noche oscura. Poco después volvió, tiritando de frío; castigó al perro para que se tranquilizase y se metió a la cama.

En el brasero, los tizones quemaban sus últimas llamas.

Don José Joaquín Vallejo describe en forma maestra el fin del obstinado jefe español;... “Aún ardían los tizones que el jefe guerrillero añadió al acostarse y su luz alumbraba escasamente el rancho. Un hombre, de cabeza y pies descubiertos, entreabrió la cortina que pendía en la puerta y sin hacer más ruido que una hormiga, siguió adelante hasta ponerse a dos varas de la cama de Pico. Saltóle encima el perro de éste; pero el bruto se ensarta en un largo puñal que le recibe por la mitad del cuerpo; su grito de ataque se confunde con los ahogados aullidos de la muerte. Un instante después, Pico y el agresor luchan cuerpo a cuerpo; aquél por tomar sus armas, éste por herir con la suya: el español da voces y recibe puñaladas. Hubo un momento en que a impulsos de un rodillazo que dio a su contrario en el estómago, se vio libre, de sus forzudos brazos; y aprovechándose, metióse herido y atolondrado bajo el catre, buscando el agujero practicado tres noches antes, en la quincha. Pero el atrevido independiente volvió a la carga y a cogerle con furor frenético: sus cuerpos rodaron juntos en el nuevo terreno, juntos se arrastraron y juntos salieron por la brecha. El último campeón de Fernando en las tierras de Araucanía, lanzó, al fin, un quejido de muerte, al perderse en su garganta el puñal patriótico.

A este tiempo, toda la guerrilla se hallaba en movimiento. Alarmada por las voces extrañas que se habían oído en el campamento, la confusión llegó a su colmo con algunos tiros que salieron en ese mismo instante de unos matorrales a la izquierda. Todos fijaron su atención en aquel punto: nadie daba razón de lo que era, aunque ninguno dejaba de repetir: ¡La Patria!, ¡el enemigo!, ¡el enemigo!

Coronado, llevando en la mano izquierda, de los cabellos, la cabeza en-

sangrentada de Pico, se retiró del campo por entre los guerrilleros, que atarrados, considerándose rodeados de patriotas, no atinaban más que a montar a caballo y ganar el bosque.

Una hora después, los cinco nacimentanos, que se habían reunido en un punto señalado, galopaban de vuelta de su expedición heroica y, espantados de la magnitud de su triunfo, iban en pos de Coronado, que llevaba la cabeza de Pico a la grupa...¹¹.

6. EL CURA FERREBU

APENAS había vuelto la primavera con sus tempranas mieses y forrajes para el hombre y la bestia y con su renacer de esperanzas, cuando la guerra ya había recommenzado otra vez en toda la línea de la baja frontera desde Tucapel Viejo hasta San Pedro. A Benavides había sucedido ahora aquel terrible Cura Ferrebú que hacía diez años no se desmontaba del caballo haciendo a los republicanos una guerra de sangre y fanatismo, en nombre de su Rey y su Dios. El suplicio de su hermano, en Santa Juana, en los primeros días de noviembre de 1821, no había hecho sino ahondar la sima en que se agitaban sus indomables pasiones.

Mediante su influjo entre los bárbaros, ensoberbecido todavía por la forzosa retirada desde Cupaño, lanzáronse aquellos en los primeros días de octubre de 1822, en número de más de ochocientos, contra las plazas de la costa, embistiendo a la vez a Arauco, Colcura y San Pedro¹².

Batido por las tropas del coronel Picarte, el 18 de octubre de 1822, a dos leguas al Sur de Lota, Ferrebú se retiró a Cupaño con su montonera y sus indios, resuelto a sostener una guerra de exterminio y venganza.

El pbdo. don Juan Antonio Ferrebú, hijo de Mateo Ferrebú y de Josefa Escobar, bautizado en Rere, diócesis de Concepción, había sido cura de su pueblo cuando empezó la guerra de la independencia. En 1822, cuando Benavides con sus hordas assolaba la provincia de Concepción, Ferrebú, a la cabeza de una guerrilla, atacó el pueblo de su parroquia.

Después de la muerte de Benavides, Ferrebú continuó la guerra a la cabeza de los indios de Arauco. Las tropas del gobierno le hicieron sufrir desastres el año 1824 en Tucapel, la Albarrada y Laraquete. Pero sus huestes, por donde pasaban iban dejando la devastación. El cura capitaneó una montonera que hizo la guerra a muerte. Su nombre era repetido con terror y aún se repite, en las viejas villas de Arauco, para asustar a los niños pequeños: ¡Que viene Ferrebú!

II

EL CABECILLA pasaba por sobre la sangre y el saqueo, anhelando un amane-

ter de paz para aquellas tierras verdes y húmedas que refleja en su espejo el caudaloso Bío-Bío. Era su pensamiento constante el de la guerra; "revolaba con la violencia del pájaro que bate en lo oscuro".

Su Dios era el Dios de los ejércitos y su conciencia le mandaba hacer la guerra santa por noble fidelidad al Rey. "Era su crueldad como la del viñador que enciende hogueras entre las plagas de su viña". Se acordaba de cuando era cura de su iglesia de Rere, con sus campanas que dicen eran templadas con oro, llamando a misa de alba en las madrugadas brumosas, llenas de paz.

Aquel cabecilla sobrio, casto y fuerte, jamás sintió escrúpulos de conciencia. Necesitaba saber que obraba bien para conservar su fuerza. Las torturas, los incendios, las muertes, eran males de la guerra, no pecados del hombre. Como tantos curas españoles que se destacaron en la guerra, él había salido de su iglesia puro y con las manos inocentes. "Jamás había tomado venganza de los enemigos ni derramado sangre mientras fue pastor que guiaba un rebaño de almas".

Todos estos caudillos de la guerra a muerte sentían una gran inquietud mística y rezaban en la sombra de las largas noches de vigilia. La oración era un alimento que los fortalecía para seguir en la guerra y hacer frente a los enemigos. Antecesores de aquellos guerrilleros de la guerra carlista, como ellos, de la oración "salían mejor armados, con el alma fuerte y resplandeciente, dispuesto a pasar entre las foces enemigas como el acero de una hoz"¹².

III

FERREBÚ fue el último sostenedor, en el territorio continental de Chile, de la causa del Rey. Quintanilla seguirá bregando, solo, en la isla de Chiloé.

Clemente González, uno de los secuaces del Cura, le apresó traidoramente mientras dormía en un enmarañado bosque de la frontera y lo entregó al jefe de las tropas nacionales, don Hilarión Gaspar, quien lo hizo fusilar bajo la gloria del Sol, el 2 de septiembre de 1824. Ferrebú afrontó la muerte con gran valor y serenidad; fueron sus últimas palabras: "¡Mi vida, y otras mil que tuviera, las daría gustoso por la causa del Rey!".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

QUINTANILLA

DON ANTONIO de Quintanilla y Santiago, el último gobernador del Rey en Sudamérica, nació en Pánames, provincia de Santander, de padres nobles, en noviembre de 1787.

Siendo niño, se le quiso destinar al sacerdocio; pero la falta de vocación que demostraba por ese estado, no obstante sus conocimientos de latín y la cultura adquirida, decidió a sus padres a dejarlo marchar a América en compañía de uno de sus parientes. Había muerto en Concepción don Juan Quintana, rico comerciante y propietario, natural de Penagos, dejando por heredera universal, por no tener hijos, a una sobrina suya casada con don Juan de la Maza y Quintanilla, residente asimismo en Concepción, ambos primos de don Antonio.

Como De la Maza no tenía los conocimientos suficientes para atender los asuntos del comercio y haciendas que heredara su mujer, escribió a su primo Quintanilla y a su hermano Lorenzo de la Maza, para que viniesen a América a trabajar de consuno, ofrecimiento que ambos aceptaron. El cargo no le produjo a Quintanilla remuneración pecunaria por considerársele uno de la familia, —a quien, por aquella época, se pagaba en techo, comida y vestuario—, por lo que el joven comerciante solicitó se le diese a él y a su primo Lorenzo de la Maza, una carta de crédito para el apoderado de la firma en Lima, a fin de comerciar por su cuenta.

Instalado en Chile desde los catorce años de edad, trabajando directamente en oficios mercantiles, se hizo de una buena posición económica.

Se encontraba en Concepción cuando empezó la revolución de la independencia. El Obispo Navarro Villodres y el general Pareja lo invitaron a alistarse en las filas del ejército del Rey. "Yo no pude menos de echarme a reír de que me querían enganchar —confiesa Quintanilla— y me propuse resistirlo a toda costa, pues que nunca me había pasado por la imaginación ser militar y menos entonces que tenía mi capital, buen crédito y libertad para hacer y residir donde me pareciese. Sin embargo, yo fuí a la cita y tanto el Obispo como el Brigadier Pareja me instaron de tal modo que hube de aceptar a condición de que mi servicio no debía durar más que hasta la llegada del ejército a la capital de Santiago, distante 150 leguas y, que según el general, era obra de uno o dos meses, pues aseguraba que el ejército enemigo al mando de Carrera no haría oposición, y, que si la hacía,

sería derrotado inmediatamente, como lo había sido la fuerza en Concepción . . .”¹.

Esto ocurría en abril de 1813. El destino tiene sorpresas increíbles; abre inesperados caminos desconocidos; empuja al hombre como a la nave el viento sobre la vela; le señala, de pronto, el puerto de arribada. Aquel pacífico comerciante que fue enrolado de mala gana, con la condición de servir dos meses en una profesión que le era desconocida, iba a servir en Chile durante 13 años la causa del Rey, o sea hasta enero de 1826, y ser uno de sus más bravos, infatigables e intrépidos capitanes, el último de los gobernadores reales en Sudamérica, el más noble y digno defensor de la bandera de España.

Quintanilla siguió paso a paso cada una de las acciones militares de la reconquista que los españoles desarrollaron en aquellos turbulentos días de la llamada “Patria Vieja”. Yerbas Buenas, San Carlos, Chillán, Cancha Rayada y Rancagua, nombres famosos en el historial de la independencia chilena, fueron combates memorables en que Quintanilla por su valor y su intrepidez, por su resistencia inagotable, se impuso a la admiración de españoles y chilenos.

En el combate de San Carlos fue herido y la guerra lo marcó para siempre: “Como en el ejército no quedó facultativo alguno, por hallarse éstos en Chillán —dice en sus Memorias— fuí curado entonces de mi herida, que si bien no era de peligro, me inutilizó toda la parte de la cara (es decir, el oído izquierdo por el cual no oigo, el ojo izquierdo, que no cierro desde entonces, y la boca torcida sobre el lado derecho)”.

Señalada su cara en forma tan siniestra, que le obligaba a afrontar la vida con un rostro grotesco, su posición económica quedaba también destrozada. “Yo proseguía en cama con mi herida —dice— cuando vino el aviso que los enemigos en Concepción habían confiscado todas las propiedades de los que estábamos en el ejército real, así que a poco más de un mes que era militar había perdido toda mi fortuna, que consistía en los efectos que dejé en Concepción, como he dicho antes, y que mi imprevisión los sacó del poder del consignatario bajo cuyo nombre los había traído de Lima. Me ví, pues, pobre, sin más camisa que la puesta, herido y próximo a un sitio y lo peor, sin más medios para subsistir que la ración que se daba en el ejército, de carne y pan, pues no había pago porque el erario absolutamente no tenía un cuarto y hasta para racionar el ejército era preciso acudir a requisa de ganado de campo”.

Lugarteniente infatigable durante toda la campaña de Sánchez, que precedió a la llegada de Gaínza, en ningún instante decayó su ardor combativo. “Yo no tenía un real en dinero ni nadie exigía pagas; ni había pan, y tanto yo como los oficiales y tropa, no comíamos sino carne de vaca salada y muchas veces sin sal, por carecer también de este artículo; ni teníamos más ropa que la puesta ni más camisa; era necesario estar sin ella mientras se

lavaba y secaba. Todo faltaba menos entusiasmo y decisión por la causa del Rey de España”².

Después de la batalla de Chacabuco, primera victoria del ejército libertador de los Andes sobre las armas reales, Quintanilla se retiró al Perú donde el virrey Pezuela proveyó, el 20 de marzo de 1817, su nombramiento de gobernador político y militar de Chiloé en reemplazo del coronel don Ignacio Justis que acababa de solicitar su relevo.

II

EL ANTIGUO gobierno de Chiloé, la austral Nueva Galicia de los conquistadores, se extendía al Sur de Chile, ocupando las actuales provincias de Llanquihue y Chiloé, entre los grados 41.46 y 43.26 de Latitud Sur y 73.30 y 74.23 Oeste, formando, aparte de dos pequeñas zonas continentales, una de ellas totalmente virgen en aquel entonces, un extenso archipiélago cuyo centro es la isla grande de Chiloé, de más de 350 kilómetros cuadrados de superficie, rica en maderas y tierras aunque hasta entonces inexplorada, virgen y despoblada¹⁶.

La gran isla está rodeada, como prolífica madre junto a sus pequeñuelos, por innumerables islotes que la circundan por el Este “con sus verdes y suaves lomajes recortados sobre las ensenadas y caletas del mar interior” —un mar de jade, inmóvil y liso como un espejo encantado—, sobre los cuales, gigantesco, como telón de fondo, demasiado cercano y grandioso, surge el inmenso roquerío de agudos picachos, cubiertos de espesa vegetación, manchados de nieve eterna de los Andes.

Hacia el Oeste, las islas y rocas son azotadas por las grandes olas del Océano y allí comienza el mar sin término; al Sur, los hielos eternos.

La vasta extensión contaba con todos los recursos para ser gobernada independientemente, como en el hecho lo era. Las autoridades virreynales habían hecho grandes esfuerzos para obtener en la práctica su propia sustentación, evitando la constante sangría que su mantención artificial producía al erario público, pero faltaba en el engranaje de su administración ajustar las piezas necesarias, que sólo un gobernante de verdadero talento, en el terreno mismo, podía captar y decidir sin recurrir al viejo procedimiento de esperar todo de la última resolución de lejanas autoridades.

A pesar de su inmensa riqueza potencial, Chiloé era pobre, pobrísima. Sus riquezas estaban inexploradas. La guerra había arrebatado sus mejores hombres. No obstante lo cual, los gobernantes del siglo XVIII estimaban que si Chiloé se perdiera, quedaría sin resguardo todo el reino de Chile y aún toda la costa del Sur; “que no hubiera puesto seguro, pues es la llave de todo, aunque no conocida por lo pobre que es”.

El Despotismo Ilustrado trajo hasta allí sus ansias de renovación administrativa y de resurgimiento de la economía. Varios proyectos se suceden en busca del mejor medio: ya se piensa en obligar a los barcos que entran por el estrecho a recalar en San Carlos de Ancud; ya a despoblar a Valdivia y “hacer del archipiélago un triple centro comercial de intercambio, no solo con Europa y el Perú, sino extensible incluso a la población indígena de la nación”.

III

QUINTANILLA se encargó del mando de la provincia no sin haber tenido antes disputas acaloradas con el gobernador propietario de ella, coronel don Ignacio Justis, el cual se hallaba arrepentido de haberle solicitado al virrey ser relevado bajo una licencia que había pedido.

La situación en que Quintanilla encontró a la isla no podía ser más desastrosa: despoblada por los continuos enganches de gente que se había hecho para el ejército real de Chile y con una porción de viudas y de huérfanos de los muchos que habían muerto en la guerra. “La guarnición de los fuertes y puertos consistía en algunas compañías de milicias que se relevaban periódicamente y que nada podían servir para la defensa —recuerda Quintanilla—. El armamento poco y malísimo, fusiles viejos antiguos y su número no pasaba de doscientos. En fin, no se podía contar con elementos para resistir una pequeña fuerza si era atacado el puerto; no había un real en Tesorería y sueldos de los que servían se pagaban en billetes o bonos que daban los ministros y que los oficiales y soldados debían negociar con ellos, con los comerciantes”.

“En el puerto se estaba construyendo una goleta por orden de Justis y con la intención de fugarse en ella si fuese atacado”. Quintanilla no vaciló: emuló con su gesto a Hernán Cortés. Lo dice sin énfasis alguno en su mala prosa castellana: “Yo luego me recibí del mando; la hice quemar, protestando que moriría con ellos antes que abandonarlos. Este principio de mi gobierno mereció el aprecio que hicieron de mí los habitantes”.

El primer objetivo de Quintanilla fue la formación de una fuerza fija, y procedió a la organización de un batallón que reemplazase al que había quedado en Chile. El virrey le remitió un Comandante, don Saturnino García, varios oficiales y doscientos fusiles nuevos. Quintanilla no solo organizó sus huestes, sino que auxilió a Ordóñez, en Talcahuano, con dos compañías. No tenía recurso alguno, salvo algunos derechos aduaneros que dejaban buques extranjeros y la venta de terrenos realengos. “Entretenía” la guarnición con un duro al mes por plaza y ración de patatas y algún trigo. A fin de recibir buques extranjeros, abrió el comercio, que hasta entonces estaba prohibido, fijando el derecho de un 30% a los efectos de entrada, que pagaban en

mercancías a cambio de maderas, pues en el país no había ningún dinero. La preocupación por las camisas de su gente y por la suya propia no abandona nunca a Quintanilla. “Estos efectos —dice— se daban a la tropa y por este medio se lograba el que se hiciesen camisas”.

A fines de cada mes los Ministros pasaban una relación de las cantidades que habían entrado, tanto en efectos como en dinero y víveres, en Tesorería. Esta relación o estado la hacía fijar en paraje público “para que todo el mundo supiese lo que existía y con vista de los presupuestos se hacía la distribución con igualdad a todas las clases que tenían derecho a sueldo, incluyendo a las viudas y retirados. Semejante proceder —dice— me acreditaba de pureza y justicia. Así, la fuerza recibía instrucción con ejercicios diarios y yo procuraba aumentar el armamento, tomando de los buques extranjeros cuantos fusiles tenían para su uso, pagándolos en lo que debían dar por derechos”.

Como la principal defensa de Chiloé era por el mar, Quintanilla formó una escuadrilla de lanchas cañeneras; consiguió que cada partido, de los seis en que se dividía la provincia, construyese su lancha propia, dándoles el hierro y como había en las islas muchos carpinteros de ribera, “las hicieron y me las presentaron muy luego, procediendo yo a montar con ellas cañones sobre colisas”.

“En este estado seguía —dice Quintanilla—, cuando fue tomada por los enemigos la plaza inmediata de Valdivia, bajo el mando del nombrado inglés Lord Cochrane”.

Entretanto, Quintanilla había formado su hogar con una dama de la vieja aristocracia chilota: doña Antonia Alvarez Garay, quien era hija del capitán Francisco Alvarez y de Bartola Garay, la cual lo era de Francisco Garay Gallardo y de María Mercedes Pérez de Vargas Andrade. Los Garay sirvieron en Chiloé, en las huestes de Quintanilla, y en forma heroica, la defensa del Rey.

Quintanilla captó las esencias fundamentales del carácter de los isleños y en base a ellas armaría el plan de su gobierno, encuadrando en la justa medida cada una de sus piezas que habrían de constituir su pequeño estado, que por espacio de largos nueve años había de enfrentar sólo el final de la guerra de la independencia⁴.

*

QUINTANILLA defendió el archipiélago en 1820 y en 1824, manteniendo la soberanía del Rey, hasta la capitulación de 1826.

El primer ataque de las fuerzas de la República de Chile se realizó en 1820 y estuvo dirigido por el almirante Lord Tomás Alejandro Cochrane,

conde de Dundonald, uno de los más célebres marinos de todos los tiempos, de quien Archibaldo Nelson, tory, su enemigo político, escribía: "Lord Cochrane era después de Nelson el más notable comandante naval de aquella época de gloria. Igual a su gran predecesor en el coraje personal, en el ardor entusiasta y en la adhesión a su patria, Cochrane era, sin embargo, superior en su genio original, en su poder inventivo y en sus inagotables recursos. La destreza e infatigable perseverancia con que, durante la guerra de España, cuando no mandaba más que su sola fragata, alarmó e inquietó toda la costa desde Tolón hasta Barcelona, no ha sido jamás sobrepasada"⁷⁵.

Reveses políticos le decidieron a aceptar las proposiciones del gobierno de Chile para que mandara su naciente escuadra, desechando una proposición de almirante de la Escuadra de España, contra la que antes había combatido, y que le formalizó, a nombre de Fernando VII, el duque de San Carlos.

No es el momento aquí de relatar las hazañas de Cochrane, almirante de la Escuadra de Chile, en el Pacífico Sur. Pero diremos que la toma de Valdivia, en febrero de 1820, plaza inexpugnable de los realistas, su nido de hierro, último punto de Chile continental donde aún se enarbolaba la bandera del Rey, es una de las más célebres hazañas navales del famoso historial del almirante inglés.

Deslumbrado con su éxito ante aquella difícil plaza que ostentara durante dos siglos el indisputado nombre de "antimural del Pacífico", pensó Cochrane que Chiloé, mal fortificada y casi indefensa, sería presa segura.

No contó Cochrane con que las circunstancias variaban totalmente al estar la defensa de Chiloé a cargo directo del gobernador Quintanilla y con tropas que, si bien eran escasas, poseían una disciplina y adiestramiento larga y cuidadosamente ejercitados. Su rechazo por aquellas cortas fuerzas, la pérdida de gran cantidad de sus hombres, e incluso uno de sus barcos, no logran empañar su célebre figura, pero confirmaron a Quintanilla tanto ante las autoridades chilenas como en el ánimo de sus propios gobernados, con la certeza de que su postura era única y definida y que tanto unos como otros se encontraban ante un hombre capaz de llevar hasta sus últimos extremos la actitud de más decidida resistencia.

El segundo rechazo tuvo más importancia y, además de ser un golpe fuerte para la Patria, fue proporcionalmente enaltecedor para la figura de Quintanilla. El gobernador español de Chiloé había puesto sobre las armas a todos los hombres en edad de cargarlas, aprovechando la fidelidad de la población al Rey, al mismo tiempo que armaba dos buques corsarios: el "General Valdés" y el "General Quintanilla", cuyas correrías a lo largo de la costa del Pacífico estaban demostrando cuanto había decaído el poder naval de Chile desde los tiempos de O'Higgins y de Cochrane.

Chiloé se convirtió en el arsenal de recursos para los capitanes que mantenían la guerra de montoneras en la Araucanía.

El nuevo Director Supremo de Chile, don Ramón Freire y Serrano, resolvió expedicionar sobre Chiloé, a fin de anexarla al territorio de la República. El Senado prestó su aprobación a los proyectos de Freire y al empréstito que financiaría la campaña. La expedición, que iba comandada por el propio Director Supremo, se componía de poco más de 2.000 hombres y, embarcada en Talcahuano en las naves de la escuadra, a fines de marzo llegaba a la costa noreste de la isla grande donde Quintanilla había concentrado el grueso de sus fuerzas y la población de las pequeñas islas del golfo y de los canales. No obstante la superioridad de las fuerzas de la República, por la mala división y empleo de ellas, hubo de retirarse oportunamente del archipiélago, asegurando los restos del ejército después que Quintanilla hubo derrotado en los llanos de Mocupulli el contingente más valioso de él. Tan pronto como la escuadra abandonó aquellos mares del Sur llevando los restos de las fuerzas expedicionarias, llegaban a Ancud dos barcos de guerra españoles procedentes de Cádiz.

IV

FUERON en la isla los colaboradores más cercanos de Quintanilla don José Hurtado, su ayudante mayor, de quien ya hemos hablado; el coronel don José Rodríguez Ballesteros, célebre cronista de la revolución y de la guerra de la independencia del Perú, a quien hemos citado con frecuencia en las notas; y don José María Artigas y Cabrito, nacido en Concepción, asesor de Quintanilla desde 1818 hasta 1826.

En menor escala, el capitán Isidoro Vásquez de Acuña, oriundo de Relocío, en Galicia; el capitán Cipriano de Grille y Haro, asimismo gallego, y el capitán Manuel Antonio de Garay Gallardo, natural de Trujillo y establecido en Castro aproximadamente en 1753 de quien el coronel Ballesteros dice: "El capitán de cazadores veteranos don Manuel Antonio Garay, a la hora del ataque (se refiere a la batalla de Mocupulli) se retiró cargado de sus soldados, por herido, para la plaza de San Carlos (Ancud) pero el 4 de abril (de 1824) tres días después de la batalla, se presentó sin novedad".

V

DESPUÉS de la victoria americana de Ayacucho, cambia bruscamente el giro de la situación de la isla. Liquidado el ejército real, las miradas triunfantes de las autoridades patriotas se vuelven a los dos últimos baluartes de España, el Callao y Chiloé, que cifran solo en la llegada de una expedición de la península no sólo su subsistencia, sino aún, con optimismo irreductible, la

reconquista de todo lo perdido para la causa de España. La correspondencia entre los dos principales actores de este drama es de una sinceridad conmovedora. Rodil comunica siempre a Quintanilla que, por su parte, no habrá claudicaciones; igual es el pensamiento de éste último, que ahora no sólo ha de resistir el bloqueo, sino la propaganda contraria enviada sistemáticamente por agentes clandestinos, las tentadoras ofertas del gobierno de Chile y, por último —lo que nunca antes—, los primeros gérmenes de vacilación y resistencia dentro de su propio territorio.

Entretanto Bolívar, que gobernaba dictatorialmente en el Perú, insinuaba al gobierno de Chile la conveniencia de expulsar pronto a los españoles de Chiloé, a fin de privar de un centro de operaciones al ejército y a la escuadra que el Rey pudiese enviar contra los países americanos del Pacífico. Después de ofrecer 2.000 hombres, en su vehemencia, llegaba a decir “que si Chile se demoraba en expedicionar al archipiélago, él lo ocuparía con sus tropas y lo incorporaría al Perú”⁷. Llegó hasta tratar de obtener la rendición de Quintanilla para efectuar tal incorporación, por tener aquel país “derechos incontables” sobre esa parte del continente”⁸.

Todo esto obligó al gobierno a arbitrar los recursos necesarios para expedicionar otra vez sobre Chiloé. La expedición iba nuevamente bajo el mando directo del General Freire, Director Supremo de Chile.

La escuadra, compuesta de cinco buques de guerra y de cinco transportes, con un ejército de más de 2.500 hombres, se concentró a principios de enero de 1826 frente a la punta de Huechucui, para iniciar el desembarco en la vecina bahía del Inglés. Un ataque frontal contra Ancud no era posible ahora, dado el buen pie de las fortalezas que lo defendían. Siguiendo el plan que formularon los jefes chilenos Blanco Encalada y Borgoño, el ejército atacaría por la espalda las fortificaciones y baterías, mientras la escuadra penetraba con menor dificultad en el puerto. Al mando de las diferentes secciones del ejército de la Patria figuraban los más brillantes oficiales, veteranos no sólo en todas las campañas de Chile, sino en las últimas jornadas del Alto Perú.

Las fuerzas invasoras doblaban a las sitiadas, que tenían a su favor las estratégicas fortalezas de la bahía. No deseando responsabilizarse de una acción que a todas luces era desfavorable, el gobernador había convocado a un plebiscito a todos los habitantes de la provincia, exponiendo las dos disyuntivas que quedaban para seguir. Por aplastante mayoría había sido aprobada la defensa hasta el final y solo quedaba ahora encarar la situación en su etapa decisiva. “La convicción general, no obstante, de que iba a ser infructuosa la defensa y de que, aún siendo feliz, no podía tener otra terminación que la de prolongar por un tiempo más su sufrimiento, auguraban el

resultado de la jornada y no eran, por cierto, los mejores elementos para disputar a Freire la victoria”.

Luego del desembarco de las fuerzas chilenas y bajo el constante bombardeo del puerto, los días 13 y 14 se desarrollaron las batallas de Pudeto y Bellavista a las puertas mismas de San Carlos de Ancud. No obstante la hábil defensa, la victoria pertenecía a los sitiadores, que el día 5 conseguían la rendición del formidable castillo de San Miguel de Agui.

Quintanilla, con los restos del ejército, había abandonado la capital, retirándose al interior. Sin recursos de ninguna especie y sin esperanza del más remoto auxilio, viendo ya el desaliento total en el ánimo de su gente, se decidió, con el acuerdo unánime de sus jefes, a tratar una honrosa rendición. El Tratado de Tantanco, firmado el 19 de enero de 1826, “una capitulación de las más brillantes y honrosas a las armas del Rey”, venía a sellar, con broche de oro, el final del episodio de Chiloé.

“Ocho días antes —dice Fernando Guarda, historiador de los días finales del gobierno de Quintanilla— unidas las circunstancias por esos lazos inexplicables de la Providencia, habían comenzado en el Callao los actos preliminares a la rendición de aquella heroica plaza. Eran las últimas banderas de España que caían hidalgamente en América del Sur, cerrando con brillo inigualado un largo ciclo de tres siglos de rica tradición”⁹.

VI

QUINTANILLA se trasladó a España con su familia, a su costa, “por no haber querido el gobierno de Chile costearme los pasajes si no nos juramentábamos para no tomar más armas contra los países de América, lo cual rehusamos...”²³ en un buque francés, pasaje en el cual gastó sus últimas pesetas, a más que “tengo una deuda con el erario, así como me debe éste 22 mil pesos de sueldos devengados y no pagados en todos los años que estuve en Chiloé de Gobernador y Comandante General y me debe las partes de las presas que como juez declaré y que todo tuvo entrada en el erario como se manifestó en la certificación de los ministros, tesorero y contador de Chiloé...”.

“Ya he concluído mi historia de América —dice Quintanilla en sus Memorias—. Llegué, pues, a España, donde empieza mi segunda parte que ya no es tan interesante como la de América donde, sin excepción de ninguno de los que han hecho la guerra en aquellos países, puede contarme como el que más ha trabajado por su conservación hasta el último extremo y siendo el último que permanecía en mi puesto”...

Brigadier, le toca actuar en la turbulenta España de las postrimerías fernandinas y en la que sobrevino “a la muerte del Rey Señor Don Fernando VII”. “Con la muerte del Rey —dice— se desencadenaron las persecuciones

y yo en parte fuí una de las víctimas, injustamente". Mariscal de Campo, cargado de condecoraciones, falleció en 1862.

Cuando tenía sesenta y seis años había escrito unas Memorias, dedicadas a su hijo único, Antonio, abogado en Madrid. Declara entonces sus años, "muy pocos me quedan de vivir a pesar de mi robustez y muy poco podré servir con utilidad a la Reina y al Estado. Moriré con la conciencia tranquila...".

VII

EL GOBIERNO de Chile hizo levantar un monumento en Chiloé, en el centenario de la incorporación del archipiélago al territorio de la República.

Es un obelisco de unos tres y medio metros de altura, con tres gradas en su base, con esta inscripción en bronce: "Después de cinco días de batallar por tierra y mar, las tropas chilenas a las órdenes del Director Supremo del Estado, General don Ramón Freire, vencieron en la rada de Ancud y en los campos de Pudeto y Bellavista al ejército de Quintanilla y lo obligaron a firmar una capitulación honrosa en este sitio fuerte de San Antonio, el 19 de enero de 1826, consolidando así la independencia de Chile, la unidad de su territorio y absoluta libertad de América.

"Erigió esta pirámide para perpetua memoria el Consejo de Monumentos Nacionales y se inauguró solemnemente durante las fiestas centenarias de la incorporación de Chiloé a la República de Chile".

"Enero de 1926".

Luce el monumento sendos medallones, uno, del Brigadier Quintanilla, el último de los gobernadores reales; otro, del general Santiago Aldunate, primer gobernador chileno de la isla. El de Quintanilla mira hacia el Oriente... ¡hacia España seguramente!; hacia la tierra madre desde donde nos vino la sangre, la lengua, la civilización. Mirando hacia las altas montañas por donde nace el Sol, la efigie del último de los gobernadores españoles contempla a través de los obstáculos de la naturaleza y de los hombres, del tiempo y del olvido, las dos tierras que él quiso ver siempre unidas, como en el pecho de la madre el hijo dormido, sin pensar que hay gestos de una magnificencia suprema, que sólo perduran en el desarrollo de la vida un momento. Su nombre en aquel territorio que él defendió palmo a palmo —y donde se puso el Sol de Carlos V— es como un adiós al pasado, encarnado en el recuerdo del último de los defensores del Rey.

Mirando hacia el océano, al mar que aprisiona la angosta faja del territorio de Chile y que es el camino de su futuro, la efigie del general chileno saluda el porvenir.

- Muchos de los oficiales de esta última expedición española, se radicaron en Chile y fundaron aquí ilustres familias republicanas. Entre ellos recordaremos a don Victorino Garrido, más tarde célebre funcionario al servicio de la República, gran colaborador de los gobiernos portalianos, que casó, a mediados del siglo XIX, con doña Rosa Falcón Ramírez; don Francisco Rivas, catalán, que casó con doña Nieves de la Cruz; don Andrés Lamas, oriundo de Puentedeume, Galicia, que casó con doña Isabel Miranda Arias.
- ²GUSTAVO OPAZO MATURANA. *Familias del antiguo Obispado de Concepción*. 1957.
- ³MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI y LUIS BARROS ARANA acogen esta versión que Vicuña Mackenna niega.
- ⁴VICUÑA MACKENNA, *La Guerra a Muerte*, obra citada. Cap. V y siguientes.—MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI. *La Dictadura de O'Higgins*, págs. 266-281, 349-362.—OPAZO MATURANA. *Familias de Concepción*. Obra citada (1957).—BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XII, XIII, XIV.
- ⁵BARROS ARANA. Tomo XI, págs. 183, 272, 273, 328. XIV, 637. XVI, págs. 100 a 110. — VICUÑA MACKENNA. *La Guerra a Muerte*. Obra citada.
- ⁶BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XII, págs. 498, 546.
- ⁷BARROS ARANA. Obra citada. Tomo XII, págs. 551, 552, 553.—Ver *Benavides*, párrafo 1º del Capítulo I. Tercera Parte.
- ⁸VICUÑA MACKENNA. *La Guerra a Muerte*, págs. 625. 626. *Gaceta Ministerial* de 13 de abril de 1822.
- ⁹JOTABECHE (José Joaquín Vallejos). *El último Jefe Español*. En *Biblioteca de Escritores de Chile*. Tomo VII, págs. 275, 276, 277, 278.
- ¹⁰JOTABECHE. Obra citada, pág. 281.
- ¹¹JOSÉ JOAQUÍN VALLEJOS. *El último jefe español*. En *Biblioteca de Escritores de Chile*, tomo VII, pág. 283.
- ¹²VICUÑA MACKENNA, *La Guerra a Muerte*, págs. 659 y siguientes.—PBD0. LUIS PRIETO DEL RÍO. *Diccionario Biográfico del Clero Secular de Chile*, Obra citada, pág. 236.—*Archivo Nacional. Escribanos*. E. Formón. Volumen 1765, pág. 112.
- ¹³VALLE INCLÁN. *Gerifaltes de Antaño*, pág. 210.
- ¹⁴*Autobiografía de Antonio de Quintanilla. Anales de la Universidad de Chile*. Año 1955. N° 100.
- ¹⁵QUINTANILLA. *Autobiografía*. Obra citada, pág. 130.
- ¹⁶FERNANDO DE LA GUARDA GEYWITZ. *En torno al General Quintanilla*.—En *Guadalupe*. Revista del Colegio Mayor Hispanoamericano, 1955, pág. 70.
- ¹⁷FERNANDO GUARDA. Obra citada, pág. 72.
- ¹⁸BARROS ARANA. *Historia de Chile*, Tomo XII, pág. 96.
- ¹⁹ISIDORO VÁSQUEZ DE ACUÑA GARCÍA. Archivo particular.
- ²⁰BARROS ARANA. *Historia de Chile*. Tomo XIV, pág. 612.
- ²¹BARROS ARANA. Obra citada. T. XIV.
- ²²FERNANDO GUARDA. Obra citada.
- ²³QUINTANILLA. Obra citada, pág. 132.

BIBLIOTECA NACIONAL
DIRECCIÓN CHILENA

INDICE ONOMASTICO

A

- Abascal, Fernando, Marqués de la Concordia, 15, 48, 85.
 Acuña, Isidoro Vásquez de, 142.
 Acuña, José María, 130.
 Alaix, Isidoro, 76.
 Alarcón Godoy, Gervasio, 77, 127.
 Alava, Luis de, 16.
 Alcázar Diez, Navarrete, Andrés, V. Marquina, Conde de la, 77.
 Alcázar y Rodríguez Zapata, Andrés, 125, 128.
 Alday y Aspec, Manuel de, 107.
 Aldunate y Toro, José Santiago, 145.
 Alejandro, José, 29, 88.
 Alejandro VI, 11.
 Almirall, Fray Juan, 22, 101.
 Amunátegui y Aldecoa, José Domingo, 114.
 Amunátegui, familia . . ., 114.
 Amunátegui Reyes, Miguel Luis, 98.
 Andreu y Guerrero, Rafael, 107.
 Anguita y Rondón, Rafael, 114.
 Arangua, José, 77.
 Argomedo . . ., X, 83.
 Arias, Raimundo, 130.
 Arlegui Rodríguez Zorrilla, Juan de Dios, 109.
 Armas Arteaga, Juan Antonio, 114.
 Artigas y Cabrito, José María, 142.
 Arrau Santa María, Cruz, 114.
 Arriagada, José María, 30.
 Arriagada, Juan Manuel, 43.
 Atero, José María, 85.
 Avilés, marqués de, 98.

B

- Baeza . . ., X, 121.
 Baeza, José María, 76.
 Baidés, Marqués de, 8.
 Ballesteros, José Rodríguez de, 22, 74, 96, 97, 142.
 Barañao, Manuel José, 29, 31, 32, 33, 45, 69, 70, 79, 88.
 Bayón, Manuel, 77, 82.
 Benavente y Bustamante, Diego José, 19, 45.
 Benavides, Genealogía, 120.
 Benavides Llanos, Timoteo, 122.
 Benavides Llanos, Vicente, 25, 31, 120, 123, 124, 125, 126, 128, 129.
 Berganza, José María, 77.
 Besa, coronel, 82.
 Blanco Encalada, Manuel, 120, 143.
 Bocardo y Santa María, Vicente Antonio, 101, 127, 128, 129, 130.
 Bolívar, 143.
 Borgoño Núñez, José Manuel, 143.
 Bulnes Prieto, Manuel, 30, 101, 126, 127.
 Bulnes Quevedo, Manuel, 29.

C

- Cacho, Fernando, 73, 85, 88.
 Calvo, Angel, 89.
 Calvo, fray Gil, 101, 130.
 Campillo, Juan José, 77, 88.
 Campos Ceballos, Miguel, 42.
 Carvajal y Vargas, Melchor de, Conde de Montes de Oro, 42, 77.
 Carvallo, Juan Nepomuceno, 77.
 Carrera Verdugo, José Miguel, 18, 20, 23, 24, 44, 47, 48, 63, 93, 103, 122.
 Carrera Verdugo Luis, 20, 23, 28, 34, 47, 93, 122.
 Carretero, Gregorio, 93, 94, 95.

- Casa Real, Marqués de (Vicente García Huidobro y Morandé), 106.
 Cáscara, José, 76.
 Cerdán y Campaña, José, 27.
 Cienfuegos Arteaga, José Ignacio, 108, 109, 118.
 Cochranne, Lord Alejandro, 129, 141.
 Contreras, José, 77.
 Coronado... (soldado), 132, 134.
 Cortés y García, Antonia, 90.
 Cortés, Hernán, 7.
 Cortés y Madariaga, José Joaquín, 90.
 Cruz y Goyeneche, Luis de la, 34.
 Cruz y Prieto, José María de la, 41.
 Curiel, Antonio, 130.

D

- Deodati, Nicolás, 100.
 Díaz de la Puente Darrigrande, María Cruz, 34.
 Dupuy, Vicente, 92, 93, 94, 95.

E

- Echeverría Larraín, Joaquín, 110.
 Egaña del Risco, Juan, 109.
 Elizalde, Juan Antonio, 28, 66.
 Elizondo, Vicente, 127, 128.
 Elorriaga, Ildefonso de, 22, 23, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 45, 70, 71, 89.
 Ercilla y Zúñiga, Alonso, 7, 8.
 Errázuriz Madariaga, José Antonio, 106, 110.
 Escandón, Agustín, 100.
 Espartero, General, 91.
 Espinosa, Pedro, 130.
 Eyzaguirre Arechavala, Agustín de, 107, 119, 110.
 Eyzaguirre Arechavala, José Alejo de, 113.

F

- Felipe II, 7, 8.
 Feliú, Francisca Olaguer, 28.
 Feliú, Manuel Olaguer, 28, 77, 87.
 Fernando VII, 11, 12, 28, 46, 66, 103, 126, 141.
 Ferrebú y Escobar, Juan Antonio, 134, 135.
 Ferrer y Santabáñez, Teresa, 123, 126.
 Figueroa, Tomás de, 13.
 Freire y Serrano, Ramón, 111, 119, 120, 123, 124, 125, 142, 143.
 Fretes, Juan Pablo, 108.
 Fuente Matías de la, 22.

G

- Gainza, Gabino, 24, 31, 35, 43, 44, 46, 47, 48, 49.
 Gallo, Marcos, 108.
 Garay Gallardo, Marco Antonio de, 142.
 García de Aro, Antonio, 75.
 García, José Ignacio, 130.
 García Mateo, 130.
 García del Postigo, Carlos, 76.
 García, Ramón Alonso, 8.
 García, Saturnino, 139.
 García Reyes, Antonio, 75, 98.
 Garro, José Javier, 109.
 Gaspar, Hilarión, 135.
 González Balcarce, Antonio, 119, 123.
 González Bernedo, Ramón, 73, 92, 95.
 Grille y Haro, Cipriano de, 142.
 Guerrero, Elías, 30.

H

Hernández . . . , 32.
Hurtado, José, 142.

Hylliard, Santiago, 46.

I

Ibar, Antonio, 130.
Ibieta Benavente, Ignacio, 57.
Infante Rojas, José Miguel, 109.

Izquierdo, José Miguel, 109.

Izquierdo Romero, Santos, 99.

J

Jáuregui, Agustín, 100.
Jiménez Navia, 22, 82.

Jordán, Manuel, 127.

Justis, Juan Ignacio, 17, 22, 138.

L

Lantaño del Pino, Clemente, 22, 23, 28,
30, 31, 39, 41, 119, 129.
Lantaño del Pino, Ramón, 22.
Larraín y Salas, familia, 97, 112.
Larraín y Guzmán, José Toribio, Marqués
de Larraín, 113.
Larraín y Salas, Joaquín, 108.

Lasso de la Vega, Francisco, 9.

Lastra, Luis de la, 46, 47.

Latorre, Comandante . . . , 82.

Lavín, Antonio, 83.

Lazcano y García de Zúñiga, Prudencio,
73, 85, 108.

Lozano, Ramona Antonia, 24.

M

Mackenna, Luis, 45.
Manrique, Ramón, 130.
Marcó del Pont, Francisco Casimiro, 29,
30, 32, 38, 43, 63, 64, 67, 69, 70, 72,
73, 74, 83, 85, 86, 87, 89, 92, 93, 95,
98, 103, 106, 113.
Mariluan, Cacique, 130.
Marqueli, Antonio, 78, 84, 89.
Marquina, Conde de la, 23, 77, 105.
Maroto y Cortés, Margarita, 91.
Maroto y Serns, Rafael, 32, 38, 70, 71, 72,
78, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91.
Martín de Villodres, Diego María, 105.
Martínez, Melchor, 77, 102, 103, 104.

Maza, Lorenzo de la, 136.

Mellet, Jullien, 38.

Meneses y Echáñez, Juan Francisco, 85.

Michelot, Juan Pablo, 108.

Molina, Lucas de, 77.

Monteagudo, Bernardo, 89, 92, 93, 94.

Montepío, Marqués de (Juan Fermín de
Aguirre y Boza), 113.

Montes de Oro, conde de (ver, Carvajal y
Vargas, Melchor de), N^o 42, 77.

Montoya, Manuel, 17.

Morgado, Antonio, 30, 33, 69, 77, 82, 83,
84, 86, 92, 93, 95.

Morla, Comandante, 82, 92, 93, 95.

Moyano, Agustín, 103.

N

- Navarro Martín de Villodres, Diego Antonio, 22, 105, 106, 136.

- Napoleón, 23, 30, 70, 80, 88.
Necoechea, Eugenio, 72.

O

- O'Carrol, coronel, 125.
O'Higgins, Ambrosio, 44, 100.
O'Higgins, Bernardo, 19, 24, 30, 31, 35, 41, 42, 44, 45, 46, 48, 71, 74, 75, 79, 82, 93, 101, 109, 110, 125.
O'Higgins, Rosa, 23.
Olate, Juan Antonio, 22, 23, 30, 35, 39, 40, 41, 42, 43, 70.

- Olavarrieta, Juan Francisco, 85.
Ordóñez, José, 33, 70, 78, 79, 80, 81, 82, 92, 93, 94, 95, 119.
Ordóñez, Juan Ruiz de, 93, 95.
Osorio Mariano 28, 30, 32, 37 53, 54, 55, 56, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 76, 77, 78, 80, 81, 82, 83, 95, 103, 119, 120.

P

- Palma, Cipriano, 30, 77.
Pareja y Serrano, Antonio, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 23, 34, 39, 105, 107, 136.
Parga, Manuel López de, 32.
Pasquel, Antonio, 29.
Pereira, Luis Antonio, 76.
Pérez Salas, Francisco Antonio, 109.
Pezuela, Joaquín de la, 119, 120, 122.
Pica, Marqués de la (José Santiago Bravo de Saravia Irarrázaval), 113.
Pico, Juan Manuel, 128, 129, 132, 133, 134.
Pincheira, José Antonio, 77, 127.
Pincheira, Pablo, 127.
Pino, Apolinario del, 30.

- Pinto y Díaz de la Puente, Francisco Antonio, 111.
Pinuer, Julián, 77, 88.
Piquero, José, 30.
Plaza de los Reyes y Santillán, Matín, 115.
Poblete, familia . . . , 93.
Poinsett, Robert Joel, 19.
Poveda, Tomás Marín de, 100.
Prado Jaraquemada, Pedro, 65.
Prieto y Vial, Joaquín, 40, 125.
Primo de Rivera, Joaquín, 76, 78, 81, 84, 92, 94, 95.
Pringles, señoritas, 94.

Q

- Quinta Alegre, conde de (Juan Agustín Alcalde y Bascañán), 113.
Quintana, Juan, 136.
Quintana de la Maza y Bravo Villalba, Manuel, 128, 140.

- Quintanilla y Santiago, Antonio de, 12, 22, 29, 34, 35, 69, 70, 88, 136, 138, 140, 141, 142, 143, 144, 145.

R

- Ramírez de Arellano, Juan Pablo, 32.
Ramírez, Fray Francisco, 101.

- Reyes y Borda, Judas Tadeo de, 97.
Reyes Palazuelos, Vicente, 98.

Ribera, Alonso de, 8.
Rioseco San Cristóbal, Manuel de, 27.
Riquelme de la Barrera, Isabel, 23, 44.
Riquelme de la Barrera y Robles, Pedro, 100.
Rocafuerte, Gregoria, 43.
Rodríguez Aldea, José Antonio, 28, 45, 98, 99.

Rodríguez Ordaiza, Manuel, 32, 69.
Rodríguez Zorrilla, José Antonio, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112.
Rodríguez Zorrilla, José Joaquín, 106.
Rojas, Nicolás, 106.
Romero Daza, Manuel, 73.
Rozas, Juan Martínez de, 31.
Rute, Nicolás, 130.

S

Salas, Francisco, 69.
Salazar, Luis, 132.
Salcedo y Muñoz, Domingo Díaz de, 33.
Salinas . . . , 32.
San Bruno, Vicente, 67, 72, 83, 87, 89, 93.
San Carlos, Duque de 141.
Sánchez, Juan Francisco, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 33, 45, 69, 70, 79, 119, 120, 126.
Sánchez, Pedro, 128.

San Martín, José de, 31, 68, 69, 70, 73, 75, 78, 80, 89, 93.
Santa María Escobedo, Manuel, 30.
Seguel, Dionisio y Juan de Dios, 128.
Serrano Alfaro, Gregorio, 18.
Serrano Arrechea, Manuel, 18.
Septien, Joseja, 16.
Silva, Juan, 130.
Sol y Martorell, Antonio del, 115.
Sotta Manso de Velasco, Rafael de la, 18.
Spano y Padilla, Carlos, 36.

T

Talavera Duarte, Manuel Antonio, 96.
Toro Zambrano y Dumont, José Gregorio, 76.
Toro Zambrano y Ureta, Mateo, 15.
Torre, Bernardo de la, 76.

Torre, fray José María de la, 77, 103, 117.
Torres, José María, 121.
Traslaviña . . . , 32.

U

Unzueta e Ibieta, Joaquín, 105.
Uribe, Juan José.
Urréjola Leclerc de Bicourt, Agustín, 27.

Urréjola Leclerc, Luis de, 22, 23, 39, 40, 47, 66, 83.
Urréjola Peñaloza, Alejandro de, 26, 27.

V

Valero, Juan, 108.
Valdivia, Pedro de, 9.
Valdivieso, Francisco, 77.
Valenzuela Santibáñez, M. Josefa, 31.
Varas Vallejo, José Miguel.
Vargas, Manuel José de, 106, 109.
Vega, Manuel, 29.

Vergara, Juan Tomás, 17, 18.
Vial y Santelices, Juan de Dios, 41.
Victoriano y Vásquez de Ojeda, Pedro Nolasco, 34, 128.
Vildósola, José de, 127.
Villalobos, Francisco, 74.

Vivar y Azúa, Pedro de, 108, 109.

Villavicencio, Antonio María, 77.

Villouta, Pedro Pablo, 130.

Villota, Francisco, 69.

Y

Yrarrázaval Solar, Miguel Antonio, 113.

Z

Zabala, José Ignacio, 130.

Zapata, José María, 79, 127, 128.

Zapiola, coronel, 119.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA**

BIBLIOTECA NACIONAL
1 6 DIC. 1958
Secc. Control y Cat.

Indice

Introducción	7
------------------------	---

Primera Parte

DURANTE LA PATRIA VIEJA — 1810 - 1814

1. Pareja	15
2. Sánchez	21
3. Los defensores de Chillán: Los Urréjolas. Lantaño. Barañao, el Intrépido. Elorriaga, el bravo. Olate, el guerrillero	26
4. El General Gaínza	43

Segunda Parte

LA RECONQUISTA — 1814 - 1817

1. Osorio	53
2. El mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont	64
3. El ejército de Osorio: 1) Regimiento de Talaveras; San Bruno y Villalobos. En el Regimiento de línea; 2) Ordóñez; 3) Primo de Rivera; 4) Morgado; 5) Marqueli	74
4. Maroto	85
5. La matanza de San Luis, una página negra de la historia americana	92
6. La Pluma, el Sayal y la Mitra	96
I. La Pluma	96
II. El Sayal	99
III. La Mitra: El Obispo Rodríguez Zorrilla	105
7. Pequeña historia de disensiones familiares	113

Tercera Parte

DURANTE LA GUERRA A MUERTE — 1819 - 1824

I) 1. La "Guerra a Muerte"; 2. Benavides; 3. Los Pincheira; 4. Los guerrilleros de la guerra a muerte; 5. El coronel Pico; 6. El cura Ferrebú	119
II) Quintanilla	136
Indice onomástico de personajes históricos	147